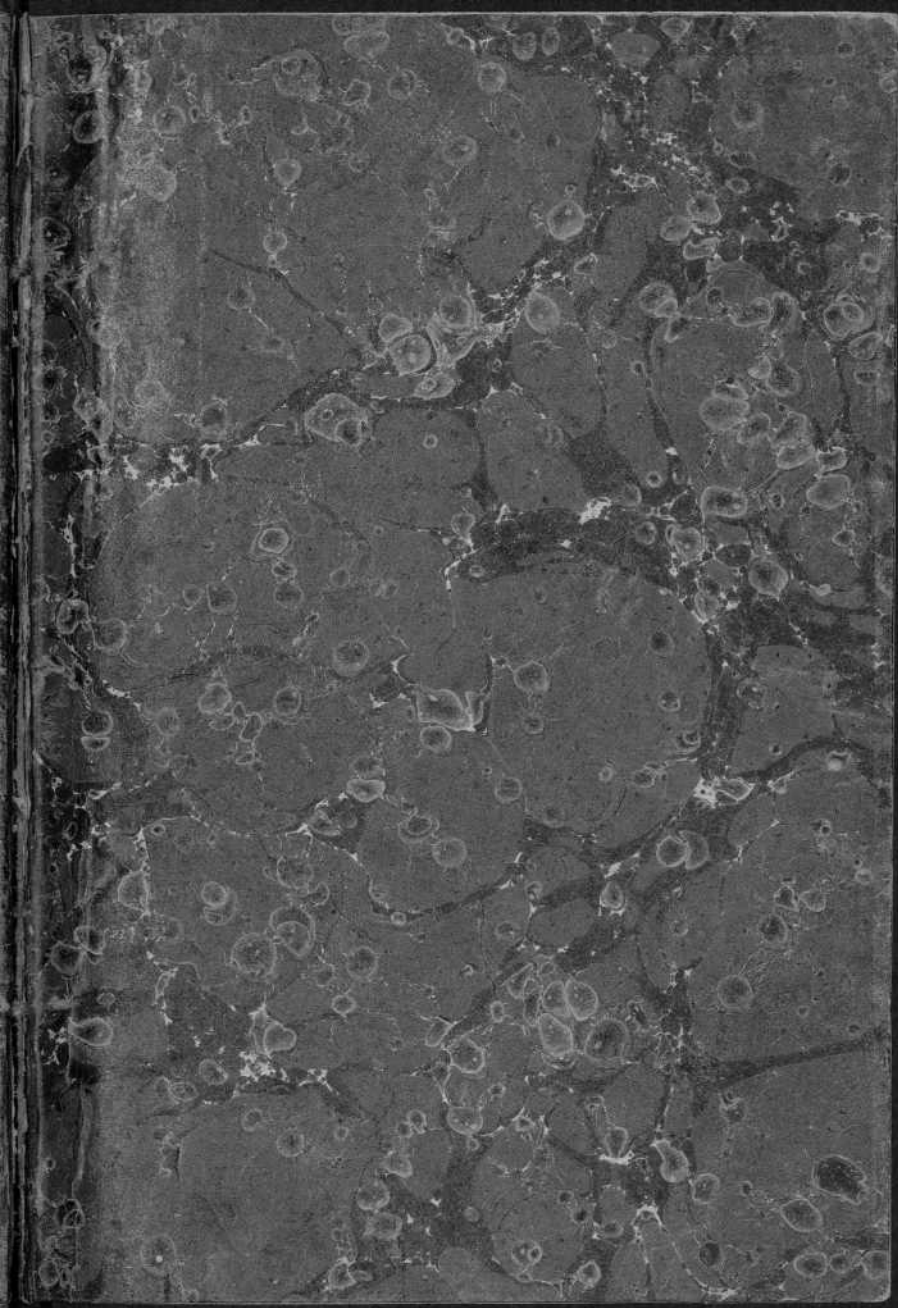


853

LIBRERIA

16853

[Handwritten signature]



~~92~~
72

17205

LA CONDESITA.

Obras del mismo autor.

MISERIAS IMPERIALES,

ó

LA GLORIA EN UN ATAUD,

CRÓNICA NOVELESCA

de los últimos tiempos de Carlos V.

Un tomo en 4.º mayor, con láminas.—40 reales.

JAIME EL BARBUDO

ó

LOS BANDIDOS DE CREVILLENTE.

Un tomo en 4.º, con láminas.—26 reales.

LOS GITANOS,

SU HISTORIA, SUS COSTUMBRES, SU DIALECTO,

CON UN VOCABULARIO CALÓ-CASTELLANO.

Un tomo en 8.º—4 reales.

LA CHULA,

HISTORIAS DE MUCHOS.

Un tomo en 8.º—4 reales y 1 de porte.

72

LA CONDESITA

(MEMORIAS DE UNA DONCELLA).

Estudio fisiológico no ménos interesante al facultativo que al
hombre de mundo,

POR

DON FRANCISCO DE SALES MAYO.

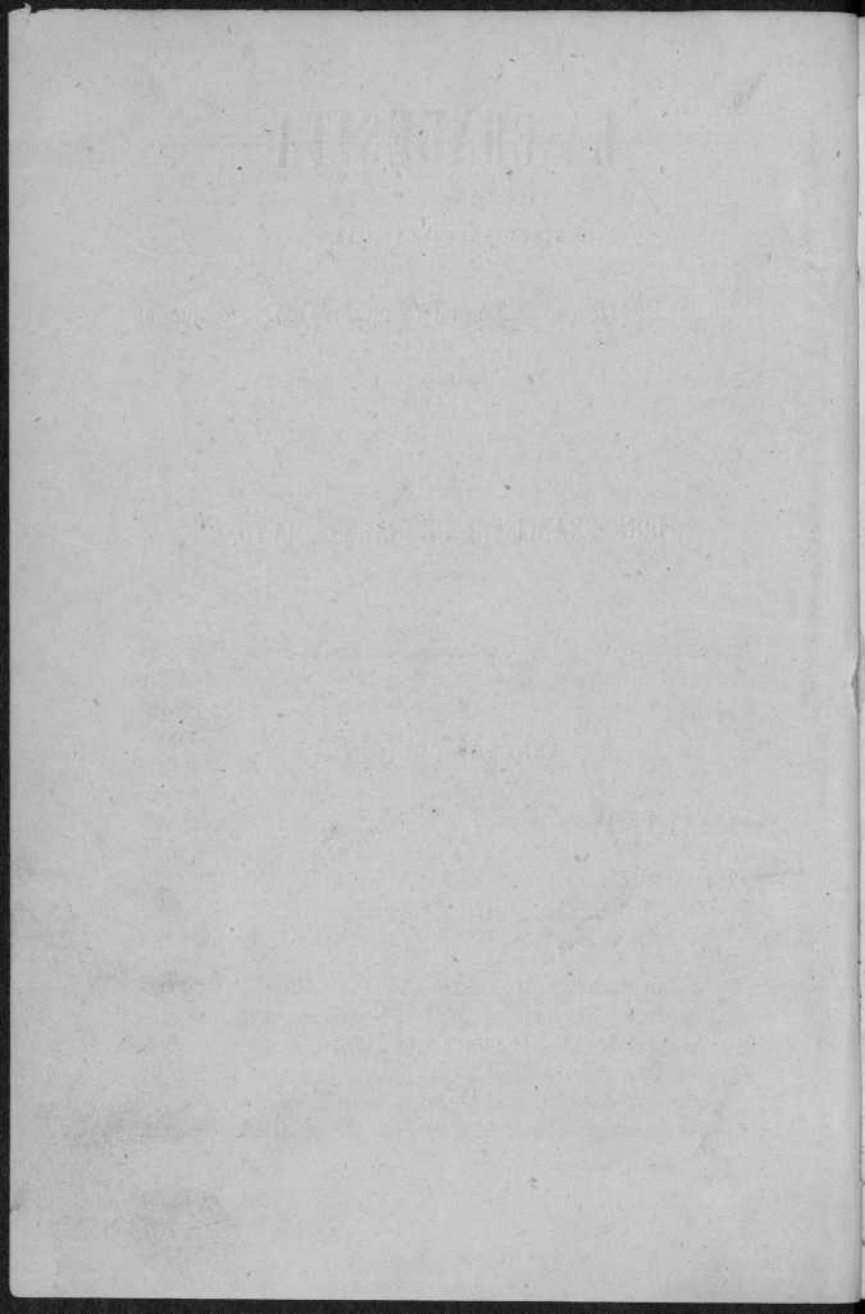
TERCERA EDICION.

MADRID:

OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.

1870.





LA CONDESITA.



I.

EL AUTOR.

Dos amigas que ya no existen, doncella la una, casada la otra, ámbas de tipos diferentes, aunque dotadas de peculiar atractivo y hermosura, sufrieron en su físico y en su moral una larga série de síntomas y aberraciones, á que dió origen una misma causa fisiológica: el gran desarrollo de su facultad de amar. El abuso individual de las funciones que corresponden á esa facultad,—ó de las manifestaciones del órgano de la amatividad, como diria un frenólogo,—hizo pasar á aquellas dos amigas una de esas existencias al parecer raras y extraordinarias por las penas y alegrías que las acompañan, por sus arrebatos y desfallecimientos, por sus extravíos y desengaños.

Mas en realidad, la historia de esas existencias nada tiene que no sea muy frecuente y ordinario en todos los rangos de la sociedad. Pero hay pocos ojos que las vean bajo su verdadero prisma fisiológico; y aquellos que las ven tal cual son, guardan para sí los resultados de ese estudio, que es una de las grandes fruiciones del filósofo investigador.

De ahí nace que, así como la generalidad no comprende ciertas demostraciones del amor intuitivo y ciertas consecuencias del amor físico personal, así también los escritores en historia ó biografía, en novela ó poesía, haciéndose eco de la manera de ver y apreciar de esa generalidad, no aciertan á profundizar tampoco la verdadera razón fisiológica de los hechos que narran, de los caracteres que juzgan, de las circunstancias sociales que explican ó de los accidentes sentimentales que describen.

Caracteres hay en la historia que llenaron un largo período de la vida de algunas naciones, tal España por ejemplo, á la cual hicieron retroceder tres siglos en la senda de la civilización, para ludibrio entonces de sus contemporáneos y compasivo desde hoy día de los extraños; caracteres, decimos, cuyas incomprensibles aberraciones no tuvieron más origen que el abuso de la sensualidad individual.

El escritor fisiologista que quiera reconstruir tantos cuadros históricos, lastimosamente bosquejados por el espíritu de ignorancia más quizá que por el espíritu de bandería, hallará en esa tarea uno de los goces filosóficos más acendrados que puede dar el estudio y exámen de los seres humanos.

Pero semejantes estudios y trabajos no salen á luz en esa forma de aplicación práctica; quedan circunscritos bajo la forma doctrinal y de mera especulación en los libros y lecciones de medicina. ¿Es por egoísmo de quien se dedica á ellos? ¿Es por escrúpulo de revelar á la multitud ciertas flaquezas humanas? ¿Es por temor de que las convicciones de la ciencia no puedan penetrar en la limitada y pervertida comprensión del vulgo?

No pretendemos responder á ninguna de esas cuestiones. Sólo diremos que, por nuestra parte, jamás hemos sentido el menor egoísmo para reservarnos los frutos de un estudio, que así hemos aplicado á grandes personajes históricos como á individualidades de la vida social moderna.

Bien alcanzamos los sinsabores de esa espontaneidad y

el valor moral que se necesita para sacarla á luz. Y, no obstante, conociéndolo, nos arriesgamos á dar á la prensa este ensayo fisiológico, ó más bien fragmento de otro trabajo que pudiera parecer biográfico, y que no estamos decididos todavía á ordenarle en la forma exigida para esta clase de publicaciones.

Sus elementos están sacados de una correspondencia epistolar entre las dos amigas citadas al principio.

Hay en ese epistolario, venido á nuestras manos por una de esas circunstancias legales de la vida íntima y de las relaciones civiles, cuya circunstancia nos autoriza á hacer uso de él, con sujeción sin embargo á todas las responsabilidades morales,... hay en ese epistolario, decimos, algunas cartas que son trozos enteros de un diario de ansias y dolencias, de goces y afectos de muy opuesta índole, á que podríamos llamar en rigor SENSACIONES DE UNA DONCELLA y SENSACIONES DE UNA CASADA.

Hemos adoptado, no obstante, para este fragmento, el título de MEMORIAS DE UNA DONCELLA, por entrar en el cuadro otros personajes que se mueven con impresiones suyas propias, independientes de las de nuestra heroína, aunque derivadas de la misma causa fisiológica.

Hechas estas indicaciones, el lector que recorra las páginas que siguen comprenderá de qué modo hemos podido llegar á trazar toda una serie de intuiciones mentales, toda una cadena de desfallecimientos físicos que no es dado al escritor el inventar, sino meramente referir, si sabe observar y si acierta á coordinar.

Y es esto tan positivo, que hemos conservado capítulos íntegros de los materiales que teníamos á la vista, salvo pequeñas modificaciones de lenguaje y aquella amalgama de narraciones de origen diferente, que el orden del relato hacía indispensables.

Esas narraciones, pues, son las que designamos repetidamente con el paréntesis de MANUSCRITO DE FELISA, nombre de nuestra heroína.

II.

IMPRESIONES DE LA NIÑEZ.

(Manuscrito de Felisa.)

Mi padre habia adquirido una buena fortuna en el comercio. La aumentó despues con contratas para el abastecimiento de las tropas isabelinas en los campos de Vizcaya, y siguió acrecentándola con operaciones de Bolsa.

Viéndose rico, introducido en el gran mundo, solicitado de más de un noble decaído que buscaba colocacion para sus hijas, determinó casarse.

En aquella época, en que habian hecho irrupcion las ideas *igualitarias*, era fácil escoger entre las herederas de la grandeza.

Eralo tanto más, cuanto que en nuestra España ha habido siempre más de un punto de contacto entre todas las clases y categorías sociales.

Quizá no sea así en todas las provincias. Capital hay donde los que poseen un título aristocrático son insoportables por su desden y su ridícula vanidad; mas ¡poseen tambien tan raquítica inteligencia! ¡Se aburren tanto aislados entre sí mismos!

Pero en Madrid no hay esfuerzo ninguno que pueda impedir esa confusion, esa mezcla de rangos en que se ven reunidos en obsequiosa sociedad el marqués con el torero, el conde con el arbitrista, el duque con el funcionario.

Además, como la aristocracia española se ha desdeñado siempre de aplicarse al estudio, de ocuparse en el trabajo, de administrar sus haciendas..., su riqueza ha ido viniendo tan á ménos, que hace treinta años apenas podia citarse un mayorazgo que no tuviese sus rentas empeñadas.

Vino la ley de desvinculaciones, y para desempeñarse comenzaron á vender los nobles...

¡Hoy día se han fraccionado tanto los títulos de mayorazgo!... Pero ¡se van fraccionando asimismo tanto y tanto sus rentas!...

Y hé ahí cómo el plebeyo rico puede abordar sin empacho al hidalgo pobre, más hoy que en ningún tiempo antiguo.

El conde de Negroponte, con cinco hijas casaderas y sin medios para sostener su rango, tuvo un hallazgo feliz en mi padre, que le pidió la mano de su heredera.

Y mi abuelo, después de haber casado á la sucesora de su título con un rico negociante, que prometió ayudar á la colocacion de sus cuatro cuñadas, murió dichoso volviendo al seno de la tierra, donde habia cumplido su mision multiplicadora.

De ese enlace nacimos tres hermanas. Como la generacion precedente, tampoco la actual de Negroponte tuvo hijo varon.

Y aún la desdicha fué tanta, que mis dos hermanas anteriores murieron, con pocos meses de intervalo, precisamente cuando por su edad eran ya dos jóvenes floridas, que cual rosas fragantes se marchitaron por consuncion.

Mi madre me concibió en medio del dolor por la pérdida de sus hijas, y ansiando otro sér que las reemplazara.

Yo nací con un físico débil y una cabeza cuyo desmesurado tamaño contrastaba con lo diminuto de los demás miembros. Aunque con el progresivo crecimiento corrijióse este defecto, aún hay de él algun vestigio que se revela perceptiblemente en mi cráneo.

La facilidad con que mi padre, el conde consorte de Negroponte, habia ganado su caudal, le hacía ser más espléndido en sus gastos de lo que fuera menester.

Así, teníamos berlina, tilburí, varios troncos de caballos, abono en la Opera y en los Toros, casa de recreo en Pozuelo, gran número de lacayos inútiles; en una palabra, toda la ostentacion del aristócrata moderno que quiere hacer honor á su nuevo rango.

Mientras tanto, tardaba en desarrollarse mi naturaleza. Entonces no se había introducido todavía la moda de recetar el aceite de hígado de bacalao, y los médicos aconsejaron buenamente que me hiciesen dar largos paseos para distraerme... que me llevasen al campo... que bebiese leche de cabras en Pozuelo...

Como mi madre era de un temperamento indolente, y le gustaba muy poco el ejercicio pedestre, sólo me sacaba á paseo en carruaje. Llegábamos hasta la iglesia de Atocha ó hasta las Delicias del Canal, lo más lejos, y allí bajábamos breve rato.

Las más veces, la buena señora no se sentía con ánimos para apearse, y el lacayo era mi único acompañante.

De todos modos el paseo á pié no era nunca muy largo.

Tuvo mi padre que encargarse de mis ejercicios higiénicos, y me hacía ir hasta la quinta del Espíritu Santo, ó por las tapias exteriores del Retiro, ó en el interior hasta la Fuente de la China y la Casa de fieras, ó hacía los plantíos que se ejecutaban en la naciente Fuente Castellana.

Toda una primavera duraron estos paseos, y de vuelta de ellos dejaba á mi padre en la Bolsa, situada á la sazón en la antigua iglesia de Vallecas, en la calle de Alcalá, donde ya me aguardaba el señor Próspero, un criado viejo de la familia, para conducirme á casa.

Y en efecto, fuí adquiriendo vigor. Mi temperamento fué alcanzando su natural desarrollo; con las fuerzas del cuerpo fueron agrandándose igualmente las disposiciones del espíritu.

Tenía entonces poco más de doce años.

También me llevaba mi padre algunas veces al café; y allí, mezclada con los hombres, oía sus dichos y conversaciones.

Me consideraban como niña, y no se recataban delante de mí. Además, mi padre terciaba asimismo en cuanto allí se hablaba.

En aquella época no era costumbre todavía que el bello

sexo formase tertulia en los cafés. Entraban las mujeres como de escapada; refrescaban, y se detenían apénas.

Las de rango más elevado se paraban en sus carruajes delante de los cafés de Solís y Amato, en la calle de Alcalá, y en ellos tomaban un sorbete ó un quesito; pero siempre como el relámpago.

Noche hubo que Amato despachó en solos tres cuartos de hora 600 quesitos á las damas de las carretelas estacionadas á su puerta.

Concurriamos al café del Principe, centro de reunion de personajes en ciernes. Más de un leguleyo charlatan, más de un político camaleon, más de un capitalista taimado, más de un periodista difamador, más de un literato rap-sodista, más de un artista pintador, más de un músico petulante, más de un actor tabernario, más de un militar de salón, más de un funcionario sándio, han dejado oír su voz, ántes que el mundo los conociese, en ese prosáico café de mezquinas proporciones, de nauseabunda atmósfera.

Uno de los grupos tertuliantes, inmediato al en que yo estaba, solia disolverse algunas veces muy temprano; y cuando los que le componian se levantaban de su asiento, los vecinos les decian en tono burlon:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Se va de alemanas?

—¡Já! ¡já!—era la carcajada con que unos y otros acogian semejante pregunta.

¡Alemanas! Yo tenía una curiosidad grandísima de saber lo que eso significaba. Pero, no queriéndola mostrar á mi padre, me dirigí á mi profesor de gramática y escritura, que me daba leccion en casa.

—¿Qué acepciones tiene la palabra *aleman*?—le dije.

—¡Aleman! ¡Aleman!—exclamó mi dómine calzándose las gafas, para meditar mejor sin duda su respuesta.

—Sí, sí, aleman... ó alemana,—repuse vivamente.

—Aleman es el varon natural de Alemania, y...

—Y alemana, la hembra... ¿verdad? Pero... el que va á visitar á los alemanes... ó á las alemanas... ¿qué objeto

lleva?... ¿Qué hay en casa de las alemanas? Diga usted, maestro.

El profesor, hombre ya entrado en años, me miraba atónito, y creía que mi pregunta era alguna malicia infantil.

—Si fuera en casa de los Alemanes, en la calle de la Montera,—contestó socarronamente,—y en tiempo de ferias...

—¡Ya! Se iría á comprar juguetes. ¿No es eso, maestro mio?... Pues suponga usted que no son los alemanes hombres de la calle de la Montera, sino alemanas mujeres de otra calle... Vamos, usted debe saber qué calle... Diga pues.

Al decir yo esto, ya no fueron ojos atónitos, sino espantados los de mi buen profesor.

—¡No entiendo!—fué su única muy meditada respuesta.

Comprendí que, en efecto, el viejo señor nada entendía, y que con cándida fe me ocultaba lo que no sabía explicar.

Esto acrecentó mi curiosidad, pero un secreto instinto me aconsejaba siempre no informarme de mi padre.

Algunas semanas despues, uno de los tertuliantes del café, un periodista, hombre de extraña catadura, desaliñado en su vestir, mal compuestos sus largos y rojizos cabellos, de ojos saltones y desmesurados dedos, y que formaba parte del consabido corro, le dijo á mi padre:

—¿Y usted, no viene de alemanas?

—¡Pero... y la niña!—prorumpió el autor de mis dias.

—¡Bah!.. No comprende todavía,—respondió el del rojo cabello, fijando en mí su cinica mirada.

Y sin hacerse rogar más, salió mi padre llevándome del brazo y en compañía de los otros.

Fuimos caminando por la calle del Príncipe, y salimos á la Carrera de San Jerónimo.

Despues de algunas palabras de consulta entre sí, uno de los tertuliantes exclamó:

—Sí, sí, la veremos. Vamos á casa de doña María Documentos.

Mi curiosidad por las alemanas parecia que iba á quedar satisfecha.

III.

UNA SESION DE FRENOLOGÍA.

En las primeras páginas del manuscrito de Felisa de Negroponte ha visto el lector que, cuando aún era niña de doce años, salió una noche del café del Príncipe en compañía de su padre y otros concurrentes al dicho café, y que tomaron por la Carrera de San Jerónimo.

Apénas hubieron llegado á la esquina de la calle de la Victoria, les cortó el paso un grupo de otros amigos que venian en direccion opuesta.

—¿Adónde bueno con tanto afán?—les preguntaron los del Príncipe.

—A casa del frenólogo inglés,—respondieron.—Esta noche da una sesion especial, y ha prometido examinar todas las cabezas que se presenten, y emitir su dictámen *gratis*.

—¡*Gratis!*—prorumpieron los tertuliantes del café.

—*Gratis*,—contestaron los otros.—Y siendo así, pronunciará su fallo con toda imparcialidad.

—¿Quién no se arriesga á inquirir lo que hay dentro de su cráneo?—dijo uno.

—¿Y saber cuáles son las capacidades de cada individuo?—añadió otro.

—¿Y qué norma de conducta indican las protuberancias de nuestros órganos?—manifestó un tercero.

—Vamos tambien á casa del inglés,—exclamaron varios.—Luégo iremos de alemanas.

Y con no poco disgusto de Felisa, cuya curiosidad se veia aplazada, su padre y los demás tertuliantes entráronse por la calle de la Victoria, donde moraba el frenólogo Dr. Bucket.

Hacia pocos dias que no se hablaba de otra cosa que del

frenólogo recién llegado á Madrid, el cual habia dado dos grandes sesiones en el vasto salon de una sociedad dramático-literaria.

Todo lo más eminente de la corte habia concurrido á escuchar al doctor inglés; pero como en aquel entónces eran poquísimos todavía los que estaban al corriente de los progresos humanos, sobre todo entre aquellos cuyas carreras, segun el antiguo plan de estudios, podian ejercerse sin tener el más mínimo conocimiento de ciencias físicas ni exactas, por eso las doctrinas del frenólogo, los sistemas que indicó, los nombres que citó y demás enseñanzas que desenvolvió, habian llenado de asombro á sus oyentes... jurisconsultos, teólogos, canonistas, literatos y funcionarios del Estado.

Los concurrentes á la sesion particular de aquella noche, salvo dos ó tres excepciones médicas, participaban de la general ignorancia; y eso que entre ellos habia algunas notabilidades... si sólo del café del Principe entónces, muy célebres más tarde en las esferas del mundo.

El Dr. Bucket recibió á los nuevos visitantes,—pues ya los habian precedido otros curiosos,—en su reducida sala y gabinete, con toda esa gravedad inglesa que no excluye ciertamente á la cortesía.

Tenia sobre la mesa un cráneo natural y una gran cabeza ó busto de pasta hábilmente dispuesto para demostrar el interior anatómico del cerebro y las prominencias exteriores correspondientes á los diferentes órganos mentales, segun el sistema frenológico; y con notable facilidad de lenguaje, si bien con peculiar acento británico, explicaba los principios fundamentales de la doctrina del alemán Gall, ampliada por el inglés Spurzheim.

—La frenología,—estaba diciendo el Dr. Bucket,—es la ciencia que trata de las facultades especiales del entendimiento, y de las relaciones entre sus manifestaciones y el cuerpo, con particularidad el cerebro. Sin entrar en la cuestion acerca de la índole del entendimiento ó del núme-

ro ó naturaleza de sus facultades originales, está fuera de toda controversia, como resultado de la observacion y como un hecho sobre el cual se hallan de acuerdo todos los fisiologistas, que el cerebro es la parte del cuerpo por cuyo medio se manifiestan todas las potencias ó facultades del entendimiento...

Y de esta suerte, recalcando en cada frase, y expresando cada idea con giros diversos para mejor hacerse comprender de su auditorio, el doctor inglés explanó la doctrina frenológica.

Hizo ver que el principio fundamental de esta doctrina y demás en que principalmente difiere de los otros sistemas fisiológicos, estriba en que la manifestacion de cada una de las várias facultades del entendimiento depende de una porcion particular del cerebro; y que el grado ó fuerza con que cada facultad se manifiesta en cada individuo, depende del volúmen de esa parte correspondiente del cerebro, ó sea, en términos frenológicos, de su órgano respectivo.

Con gran copia de razones, fué demostrando la existencia de la pluralidad de esos órganos en la masa general del cerebro; y que cada órgano era el representante de una facultad primitiva del entendimiento; y que cada una de estas facultades ocupaba su asiento especial; y que cada asiento ó sitio especial en el cerebro tenía un desarrollo proporcionado á la intensidad de su facultad respectiva; y que produciendo ese desarrollo una prominencia, fácilmente distinguible al exterior, la base práctica de la frenología consistia en deslindar por el tacto ese sitio especial del cerebro, para deducir de ahí la propensidad, la disposicion, la aptitud, la facultad mental más ó ménos predominante en cada individuo.

En seguida enumeró las treinta facultades mentales primitivas descritas por el Dr. Gall, fundador de la doctrina, número fijado hasta treinta y cinco por el Dr. Spurzheim, dividiéndolas en morales ó afectivas é intelectuales.

El Dr. Bucket hizo acercarse á sus oyentes á la mesa,

y con un lapicero, cual varita de prestidigitador, les fué señalando sobre la cabeza de carton todos los diferentes órganos, dibujados y marcados con números.

Explicó las veintiuna facultades afectivas: amatividad, filoprogenitividad, habitividad, adhesividad, combatividad, destructividad, secretividad, adquisividad, constructividad, estimacion personal, amor de aprobacion, cautelosidad, benevolencia, veneracion, firmeza, concienziosidad, esperanza, maravillosidad, idealidad, jocosidad é imitacion; y las catorce intelectuales: individualidad, configuracion, tamaño, peso y resistencia, color, localidad, cálculo, orden, eventualidad, tiempo, melodía, lenguaje, comparacion y causalidad.

Esta parte de la leccion comenzó á producir ciertas exclamaciones. Antes habia reinado el más completo silencio, sólo interrumpido por algunos invencibles bostezos.

Oyente habia, y de notable posicion sin embargo, que oia hablar por primera vez de manifestaciones del entendimiento, de facultades primitivas, de órganos del cerebro. Por eso, cuando de la exposicion de la doctrina pasóse á aplicaciones más vulgares, el auditorio se mostró más expansivo y animado.

El doctor inglés dijo:

—Aquí, por cima del oido, se hallan los órganos de la destructividad. Todo asesino tiene muy prominentes estas partes, que á modo de óvalos se extienden por detrás de las orejas.

—¡Ah!—exclamaron casi todos; y alguno hubo que instintivamente llevóse la mano á la parte posterior de su oreja.

Debiólo advertir el frenólogo, porque añadió seguidamente con cierta sorna flemática:

—Gall habia llamado á este órgano el órgano del asesinato, porque, al designar los órganos, tuvo más en cuenta las acciones á que conducia el predominio de cada uno de ellos, que la índole de las facultades. Por el contrario, Spurzheim, atendiendo más bien á esta índole y no á la ac-

cion resultante, llamóle el órgano de la destructividad, pues aunque haya muchos en quienes este órgano se halle grandemente desarrollado, y hayan cometido asesinatos, existen, sin embargo, muchos otros que, dotados asimismo de esa propensidad á la destruccion, no han destruido jamás vidas humanas ni han sentido á ello inclinacion.

Con esta explicacion desarrugóse más de un entrecejo; pero el frenólogo, á quien tampoco debió esta circunstancia pasar desapercibida, añadió con nueva socarronería:

—Definida así la propensidad á la destruccion, aquel individuo en quien se halle desarrollada, si es hombre benévolo y concienzudo por educacion, dirigirá el ejercicio de esa facultad á fines útiles é inocentes. Individuo habrá que será aficionadísimo á la caza, y matando animales, los matará para procurar alimento á sus semejantes. Pero otro habrá en quien la influencia de una educacion ménos esmerada, no sirviendo ya de contrapeso, le inducirá á mirar con indiferencia los sufrimientos y calamidades ajenas, y hasta á contemplar el mal del prójimo con positivo placer.

—Siempre y cuando que el supuesto desarrollo de un órgano peligroso,—observó el mismo oyente que se habia llevado la mano á la oreja,—no conduzca á más que á sentimientos especulativos y no á hechos prácticos..., es muy acomodaticia la doctrina frenológica.

Esto fué dicho con cierto aire de petulante suficiencia, á que replicó el frenólogo, mirando á su interlocutor con flemosa sonrisa:

—¡Oh! ¡Oh! Individuos hay en quienes ciertas pasiones de la vida social, agravadas por esa propensidad, les hacen romper por todo y cometer actos de violencia y derramamiento de sangre bajo todas las formas inventadas por el hombre para destruir á sus semejantes.

—¿Tanto imperio ejerce el órgano de la destructividad?—preguntó otro de los concurrentes.

—Tanto,—respondió el Dr. Bucket,—que cuando por su desarrollo llega á una condicion que podemos llamar en-

firmiza, da origen á un deseo irresistible de destruir vidas. Muchos ejemplos lamentables se han visto de este estado, vulgarmente conocido con el nombre de monomanía homicida, ya en bandidos que se lanzan á la montaña, ya desalmados que se echan á la plaza, ya militares que se arrojan en la batalla, ya fiscales que se afanan en pedir sentencias de muerte, ya jueces que se muestran aún más activos en enviar reos al patíbulo...

El frenólogo hizo alto. Parecía como que su auditorio le escuchaba con ahogado aliento.

Después de una pausa, qué pudiera llamarse anhelosa, prosiguió el doctor explanando las demás facultades frenológicas; pero la animación de sus oyentes no subió de punto hasta que se pasó á otra aplicación más efectiva, esto es, á la parte gráfica, al terreno sensitivo.

—Voy á hacer aplicación,—les dijo,—en la cabeza humana de la doctrina frenológica. Hánme informado que entre ustedes se halla lo más notable de la sociedad madrileña. A ninguno tengo la satisfacción de conocer particularmente; pero me prometo que por la inspección de su cráneo entraré en conocimiento intelectual con quien me haga el honor de someterse al simple tacto de mis dedos. ¿Quién de ustedes gusta pasar á este sillón, donde con más comodidad pueda yo proceder á mi examen?

Y mientras esto decía, avanzaba el doctor una butaca de ruedas hacia el medio de la sala, mirando en su derredor á que alguno la ocupase.

Todos ardían en deseos de ser examinados, pero ninguno osaba ser el primero.

Mr. Bucket, viendo que nadie se decidía, invitó cortesmente á un personaje de grande calva, pero diminuto cuerpo, cuyo desaliñado traje indicaba, más que necesidad, indolencia de carácter.

Pero este segundo acto de la sesión requiere capítulo aparte, aún cuando quizá al lector le parezca excesiva prolijidad.

IV.

EL PORVENIR EN EL CEREBRO.

Habiendo ocupado la butaca el calvo personaje, todos los demás circunstantes se agruparon en derredor, harto excitados de la curiosidad para permanecer sentados.

El Dr. Bucket, abarcando con el medio y el pulgar de su izquierda mano un lado de la cabeza del examinando, como punto de apoyo, y pasando suavemente las yemas de los dedos de su derecha por toda la superficie cerebral, estuvo algunos instantes meditando, mientras todos los ojos fijos, todas las bocas entreabiertas, todos los oídos atentos, estaban en suspenso mirando su acción y aguardando su voz.

—La amabilidad de este señor,—dijo por fin el frenólogo,—me permite empezar por un *sugeto* digno de estudio y fácil de estudiar. Este cráneo sin cabello presenta todas las prominencias de los órganos, por decirlo así, al descubierto; y ustedes, señores, van á ir siguiendo conmigo todos sus desarrollos exteriores.

Estrechóse el círculo de los curiosos; y ávidas miradas se fijaron en las evoluciones de las yemas del doctor recorriendo la calva del personaje.

—Veán ustedes, señores, aquí, por cima de las sienes, donde comienza la desnudez del cuero cabelludo, vean ustedes qué perceptibles son estas protuberancias... Son los órganos de la idealidad, esto es, de la aptitud para las concepciones poéticas, para la composición de las obras de imaginación. Este señor, si no lo es ya, será un gran poeta; pero... ¿qué observo?

Esta última palabra suspendió el primer murmullo suscitado por las frases del doctor, y con el cual los oyentes manifestaban su admiración, porque, en efecto, el personaje

de la calva era un poeta dramático de todos muy conocido.

—Aquí más arriba,—prosiguió el doctor,—en lo alto de la frente, se nota un gran desarrollo en los órganos de la imitación. Las obras poéticas de este señor serán notables por la manera con que estarán basadas ó arregladas sobre las concepciones de otros autores.

Esta observacion produjo más que murmullo aprobativo. Casi todos los presentes no pudieron comprimir sus sonrisas malignas. El literato calvo era efectivamente un traductor de comedias.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó el frenólogo.—Aquí, en el centro, en la parte superior de la cabeza, por detrás, se advierte muy abultado el órgano de la estimacion personal. Ya expliqué ántes, señores, que este es el sentimiento que da al individuo una alta opinion de sí mismo, y cuyo exceso produce orgullo y arrogancia... Cualquiera puede cerciorarse de ello: toquen ustedes aquí; la prominencia es notable. Toquen ustedes, toquen ustedes...

Pero el literato calvo no dió lugar á que ninguno le palpara el bulto acusador. Levantóse veloz de su asiento, en medio de una general carcajada que confirmaba la verdad de la revelacion frenológica.

Sin embargo, como las circunstancias del personaje en cuestion eran sabidas de todos, pudo sospecharse que el Dr. Bucket las supiera tambien, lo cual quitaba el prestigio á su revelacion; y no tanto el prestigio, que entre gente poco científica era lo de ménos, como el temor de verse uno descubierto y publicado en igual manera.

Así, ninguno se sintió acobardado, ántes bien nació un mayor deseo de someter cada cual su cabeza á la inspeccion del frenólogo.

Sucesivamente fueron otros examinados, quedando más ó ménos satisfechos de las propensidades germinadas en sus cerebros y de cuyo ulterior desarrollo aguardaban su porvenir en bien ó en mal, en dichosa ó adversa fortuna á través de las vicisitudes de la vida.

Hubo un individuo que tardó en decidirse á pasar por la prueba frenológica; mas al fin, incrédulo tal vez, ocupó el banquillo.

De alta estatura, de carnes gruesas, de ojillos orondos, de grave aspecto, de pausado ademan, de sonrisa disimulada, parecia como que desafiaba la ciencia del doctor.

Mr. Bucket verificó su exámen, y en vez de anunciar desenfadadamente, como hasta entónces habia hecho, cuáles eran los órganos prominentes que descubria por el tacto, dijo como á modo de exordio:

—Creo, señores, haber explicado con suficiente claridad que, en el estado actual de la doctrina frenológica, debe atenderse, para interpretar el desarrollo de los órganos, á la índole de las facultades que cada uno representa, y no á la accion que resulta del ejercicio de ellas. Lo que he dicho anteriormente respecto al órgano de la destructividad, se aplica con mayor fuerza al de la adquisividad. El doctor Gall le llamó el órgano del robo, considerando que todos los ladrones le tienen más ó ménos desarrollado; pero el Dr. Spurzheim le llamó más propiamente de la adquisividad, esto es, la facultad de que nace la propensidad á adquirir sin atender á los medios.

Durante el anterior exordio, que, aunque muy natural en una explicacion teórica, debia parecer singular en el momento de una aplicacion práctica, produjose en los oyentes cierto malestar, cierta ansiedad, porque el individuo sobre quien recaia era conocido como un antiguo empleado en rentas, de alta posicion, muy gastador, y cuyos gastos no estaban en consonancia con su sueldo.

Todos esperaban anhelosos la conclusion del doctor, quien, señalando con los dos índices sobre la cabeza del grave personaje, prorumpió en solemne tono:

—Aquí, en ámbos lados, por detrás de las sienes, ocupan un ancho lugar los órganos de la adquisividad. En este sugeto el predominio de esta facultad es enorme.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo con sonrisa forzada el personaje.—

¿Cree usted, señor doctor, que yo tengo instintos de ladrón?

—¡Oh! no digo eso,—replicó imperturbablemente mister Bucket.—Segun la buena doctrina frenológica, si junto con el desarrollo de la adquisividad se encuentra tambien el de la concienziosidad, los medios que el sugeto emplee para adquirir serán honrados. Mas si no acompaña esa otra facultad, entónces... los medios á que acudirá serán los del robo, la estafa ó fraude de cualquier género.

Para un empleado en hacienda, esta explicacion frenológica era ciertamente poco grata. Así, perdiendo su anterior prosopopeya, levantóse bruscamente con ridículo gesto.

—Aguarde usted, señor,—dijo el inglés,—aún no he inspeccionado en su cabeza el órgano de la concienziosidad; y merece observarse.

—No, no es menester,—replicó mohino el personaje.—Yo le doy por encontrado y observado.

El doctor se encogió impasiblemente de hombros.

Con el movimiento que produjo la accion brusca del empleado *adquiridor*, atravesando por en medio de los circunstantes, hubo de volverse de espaldas Felisa de Negroponte, viniendo á tropezar con Mr. Bucket, quien de esta suerte no sólo la echó de ver entónces, sino que pudo notar la configuracion algun tanto extraordinaria de su cabeza.

—¡Ah! Esta niña... ¿no querria ser examinada?

El conde de Negroponte acogió benévolo esta invitacion del doctor, é hizo sentar á su hija en la butaca, quitándole antes el ligero velo de tul que la cubria.

Las circunstancias del nuevo *sugeto* puesto á examen, acrecentaron la curiosidad de los concurrentes...

Y para que el lector apreciara tambien esas circunstancias, es por lo que hemos juzgado no poder prescindir de la, al parecer, ociosa prolijidad en el anterior relato.

—Señores,—dijo el Dr. Bucket,—hè aquí un sugeto en quien está desarrollado de un modo notable el órgano de la amatividad, esto es, la facultad mental que produce la propensidad hácia el amor físico.

Este anuncio excitó naturalmente nueva y más vehementemente curiosidad.

— Es tan notable, — insistió el frenólogo, — que se advierte á la simple vista.

El peinado de Felisa consistía en dos largas trenzas sueltas que le caían por detrás, partiendo la raya desde el centro de la cabeza hasta la nuca. El doctor, separando y alzando al propio tiempo ámbas trenzas, continuó explicando:

— La raya que divide estas trenzas sigue la misma dirección de la espina del hueso occipital... El occipucio, señores, es el colodrillo, es la parte trasera de la cabeza.

Por impertinente que pareciera esta definición, más de uno de los presentes se alegró de aprender lo que no sabía.

— A uno y otro lado de esta línea central, — prosiguió el doctor, — y por detrás de los oídos, hay unas eminencias huesosas, por bajo de las cuales, en el interior del cráneo, se hallan dos anchas cavidades donde está colocado el cerebro... el celebrillo, la pequeña sesera que llamaban los antiguos.

«Ahora bien, el cerebro es el órgano de la amatividad, y su energía la indica el volumen que se extiende por la parte más inferior de la cabeza, de oído á oído, dando á la nuca cierta especie de periferia abultada, cierta redondez espesa y prominente. Véanlo ustedes, señores...

Y el doctor recorría con la punta del índice la nuca de Felisa, cuyas encendidas mejillas y brillantes ojos daban á conocer la impresion extraña que todo aquello producía en su mente.

El círculo de los curiosos se estrechó en gran manera, ávidos todos ellos de aprender un signo que tan fácilmente revelaba al exterior el instinto amoroso en la mujer.

— El famoso cerviguillo de los frailes jerónimos, — siguió diciendo el doctor, — asunto de jocosidades para los burles, habría dado motivo á malicias más positivas, si los burles hubiesen sabido que un cerviguillo muy desarrollado pone en evidencia las propensidades eróticas.

El círculo de curiosos se ensanchó, resonando una exclamacion prolongada. El frenólogo hizo una pausa.

Los oyentes, durante esta pausa, comenzaron á cuchichear entre sí, repitiendo los más avisados á los más rudos el sentido de la última observacion del doctor, pero con esa fraseologia vulgar, grosera é indecente que distingue por desgracia á los españoles en su lenguaje familiar, desde las clases más elevadas á las más ínfimas.

Quizá el Dr. Bucket no habria continuado en aquella explicacion, á no ser por la rogativa cortés de un jóven médico, que se habia hecho ya notar en la facultad por su aficion á estudiar los autores extranjeros; cosa no muy comun entónces.

Con aquel ruego, el doctor inglés prosiguió:

—La anatomía ha venido á confirmar la doctrina frenológica en este punto. He dicho que el cerebelo es el órgano de la amatividad. Pues bien, el Dr. Spurzheim ha designado distintamente los nervios que, desde las dos cavidades donde yace el cerebelo, comunican con los órganos de la procreacion. Una vez trazada esa comunicacion nerviosa, le ha sido fácil explicar los vários fenómenos que se verifican al crecer y desarrollarse dichos órganos en la edad de la pubertad, así como las diversas manifestaciones que tanto influyen en la pasion animal.

«Y esa conexion es tan íntima, que en los niños la parte superior del cuello forma una misma cosa con el centro de la base del cráneo donde existe el cerebelo, y á medida que la edad avanza, esa parte del cuello se desenvuelve hácia atrás considerablemente. Pero, al propio tiempo, es cuando se opera tambien el desarrollo orgánico de la pubertad, coincidiendo por lo mismo las manifestaciones mentales con las físicas; ó vice-versa, junto con esos cambios tan variados en las funciones y organismo de la facultad procreativa, van acompañados nuevos deseos é inclinaciones morales.

«Llega la edad de la vejez, y obsérvase el fenómeno inverso. Así como los órganos viriles decrecen, así tambien

va decreciendo el amor físico, y con ellos disminuye igualmente el cerebelo, pero éste en proporcion más notable. El viejo se ha hecho niño.

Todos escuchaban en profundo silencio al frenólogo, que de pié, apoyado un brazo en el respaldo de la butaca, extendía el otro accionando por cima de la cabeza de Felisa.

Y ella, con la frente hacia arriba, paseaba sus ávidas miradas por el rostro del doctor, como queriendo absorber el sentido de aquellas sus singulares explicaciones.

De repente baja el frenólogo su brazo accionador; después el otro. Sin atender á la actitud de Felisa, tratándola como *sugeto*, como instrumento, le hace inclinar la cabeza hacia adelante, vuelve á separar sus trenzas y á continuar sobre ella su impasible estudio.

—En esta niña,—dijo,—no hay el menor desarrollo sensible del órgano de la estimacion personal, al paso que el de la concienziosidad es muy prominente... aquí, señores, en la parte superior de la cabeza.

Y diciendo esto, volvía y revolvía la cabeza de Felisa cual busto de carton.

—¡Sugeto singular!—añadió Mr. Bucket.—Esta especie de deformidad producida por el desarrollo de la amatividad y de la concienziosidad, y por la depresion que en el medio origina la carencia de estimacion personal, es tan característica que ha de influir mucho en el porvenir de esta jóven. La concienziosidad es el sentimiento fundamental é innato que dispone á mirar las cosas con rigurosa justicia; es una noble facultad, base sólida de rígida moralidad. Y como al propio tiempo acompaña el instinto de un amor físico muy enérgico, y sin vanidad ninguna personal, habrá un combate de angustiosas consecuencias, llegado que sea el caso de entrar en ejercicio las dos propensidades dominantes.

El frenólogo pronunció estas últimas palabras con cierta solemnidad que acabó de impresionar á la ya impresionada Felisa de Negroponte.

Su porvenir estaba dentro de su cerebro, y ella lo sabía.

V.

LA CASA DE ALEMANAS.

Después de casa del frenólogo inglés, todos los tertuliantes del café del Príncipe volvieron á su expedición proyectada. Llegaron á la Puerta del Sol, atravesaron á la calle del Carmen, y tomaron luego la de los Negros.

Subieron ruidosamente una escalera, y sin llamar les abrieron en un piso principal.

Entraron en casa de doña María Documentos.

Por fin, esta vez Felisa de Negroponte iba ya á saber lo de las alemanas.

La habitación no era muy elegante. Una mala mesa con un espejo-tocador pequeño, y jarras desportilladas al lado con algunas rosas y claveles marchitos; una cómoda desvenecijada, y encima dos imágenes de barro, San Antonio y la Dolorosa, interpoladas con dos velas de sebo; un sofá y sillas de Vitoria; tres rinconeras con algunas copas y jicaras; tal era el ajuar modesto, que contrastaba con las faldas de seda y pañolones de China de cinco ó seis damiselas que estaban jugando á las cartas.

La llegada de los visitantes fué acogida con exclamaciones jocosas y de un cierto género que Felisa no había oído todavía en ningún salon, sino sólo al paso por ciertas calles y plazuelas.

Lo que más á ella le llamó la atención fué la familiaridad con que doña María Documentos, vieja curtidada y de ojuelos vivarachos, trató á su padre.

—¡Hola! ¡Hola!—le dijo.—¿Nos trae usted aquí esta mo- cita, amigo conde?

Y volviéndose á una de las que estaban en el sofá y no jugaban, añadió:

—Mira, Manuela, este señor bolsista, y que hijita tan salada tiene. Mejor negocio que los de Bolsa podría hacerse... ¡Jé! ¡jé! ¿No te parece?

—El viejo de las Vistillas ya daría algunos pesos fuertes... ¿Pimpollo en flor, eh?—contestó la Manuela.

Iba á responder el conde bolsista, pero se interpuso el periodista de rojizo cabello con una entrepitosa carcajada:

—¡Já! ¡Jáy! Arpías, ya le habeis echado el ojo. ¿Creeis que todas las azucenas se venden?

—¡Bah!—replicó la Documentos.—¿Y por qué las traen al mercado?

—¿Quiere, niña, su merced que le diga la buenaventura?—interrumpió á esto una morenita de brillantes ojos dirigiéndose á Felisa.

—¡Calle!—exclamó el periodista.—¿Es esta la gitanilla que venimos buscando?

—Sí,—dijo la vieja;—como ustedes, han venido ya ántes otros muchos; pero esta mozueta no trabaja.

—¿Pues qué hace en esta casa?—preguntó el conde.

—Digo la buenaventura, señor mio,—respondió la gitana.—Es lo único que la *calorri* puede dar al *busnó*.

—¡Raza singular!—añadió el periodista.—He viajado por Rusia y por Turquía; he estado en Hungría y en Inglaterra; he residido en muchos puntos de Andalucía. En todas partes he visto gitanos, en todas partes he buscado el trato de ellas, hablándoles en su propio idioma, que aprendí por una circunstancia original, y...

—Y habrá usted encontrado que ellas eran... mujeres,—interrumpió otro de los visitantes, honorable y pudiente capitalista.

Los ojos de la gitanilla resplandecieron con extraño fulgor, y ántes que ella replicara, dijo el del rojo cabello:

—Ahí tiene usted una gitana graciosa, viva, de ardientes ojos, y en sitio que nadie le estorba... Pruebe usted.

—¡Já! ¡já! ¿Es por virtud ó por codicia?—observó el capitalista, dadivoso en satisfacer ciertos gustos.

—Yo para mí nada quiero,—dijo á este punto la Documentos.—Mi casa es franca para este señor y la *calorri*. Ofrezcale usted, señor mio.

—¿*Penela calorró ocona busnó?*—interrogó la gitanilla.

—¿Qué jerga es esa? ¿Qué dice?—preguntó el capitalista.

—Si habla usted en gitano,—interpretó el periodista.—*Busnó* es el dictado desdeñoso con que el *calorró*, esto es, el gitano, designa á los que no son de su raza.

—Pues yo, *busnó*, si tú quieres, *calorri*, vé mañana á mi casa... Nunca de mí han dicho en la Ribera de Curtidores que he sido tacaño con las bellas.

—¿A decir á su merced la buenaventura?—repuso preguntando la gitanilla.

—Para tí bien pudiera serlo.

—¡Buena mi *baji*! No *piraberando* con su *men*, *chachipé*.—prorumpió en tono de profundo desden la muchacha.

—¡Diablo de galimatías! ¿Y quién entiende eso?

—Dice la gitanilla,—volvió á interpretar el del rojo caballo, hablando con el capitalista,—que no es *comunicando* con su *merced* que pueda *en verdad* ser buena su *ventura*.

En esto entró en la sala una moza de alto garbo, saya corta y rumbosa, mantilla de cinta terciada, pañuelo de China atado al talle, media de seda y zapato de pala baja con galgas... (No habia empezado todavía la moda de los miriñaques, colas y botinas.)

—¿No sabeis lo que ocurre, hijas?—dijo la recién llegada, sentándose anchamente en el sofá y dándose aire con un pericon verde.

—¿Qué hay, pues?—preguntaron á su vez las otras muchachas, dejando su juego.

—Han asesinado á la Narcisa y á su criada, y de resultas han puesto presos á todos los vecinos de su casa y de las dos inmediatas, y á un señor de Alcántara y á dos criados suyos, y á un cirujano y sus aprendices... No se habla de otra cosa en todo Madrid.

—Sin duda por lo del maestrante,—observó el conde.—

Hoy ha corrido esa noticia en la Bolsa; pero debe ser falsa.

—¡Falsa! ¡Que si quieres!—prorumpió la del verde abanico.—Me han llamado á mí á declarar, y no me han puesto presa tambien porque el juez de la causa es muy antiguo amigo mio... Y como yo nunca he sido interesada...

—Y vamos, ¿qué se dice?—interrogaron vários á la vez.

Todos formaron corro para escuchar á la moza; pero Felisa observó que dos de las muchachas desaparecieron, y que de la sala nó salieron solas.

La del pericon empezó su relato:

—Ya sabeis... aquel caballero maestrante, que se lució tanto en las fiestas reales, tan buen mozo... Se le antojó la novia de un señor de Alcántara, que estaba ya para casarse de un momento á otro... hechas ya todas las vistas y arreglada la vicaría...

—¡Antojo caprichoso!—interrumpió el capitalista.

—Así son ustedes los hombres... codiciosos del bien ajeno,—replicó la moza.

—¡Al cuento!—dijo la vieja doña María Documentos.

—Escarmiente usted, doña María, con el ejemplo de la Narcisa,—prosiguió la del pericon,—y no se deje persuadir de ciertos señorones...

—Al cuento, hija,—volvió á decir la vieja.—Cada cual con su conciencia.

—Pues es el caso, que la Narcisa fué buena, y con su buen natural, y su buen deseo de servir al caballero maestrante, le conquistó la novia del caballero de Alcántara, y se la supo traer á su casa, y dejó lo demás al caballero maestrante que se compusiese con su buena gracia... Y como el maestrante era muy real mozo, y la novia era de carne y hueso... Y ellos son hombres y nosotras somos mujeres...

—Sí, sí, todo eso es muy natural y muy puesto en razon,—observó con cínica sonrisa el del rojo cabello;—pero ¿cómo ha sido lo que todos dicen y nadie sabe de cierto?

—¡Y qué humos tiene su señoría! Vaya, déjemelo contar despacio, y sabrá cómo fué el caso.

—Sí, sí, cuéntalo como quieras,—dijo á la moza otra de sus compañeras.

—Estando yo esperando mi vez en la sala del juez, he oído una de las declaraciones, que con mucho misterio le ha leído el escribano á otro de los declarantes; y el caso fué que, cuando el caballero de Alcántara supo que le habian echado á perder la novia, determinó vengarse... y se ha vengado á lo Abelardo.

—¡A lo Abelardo!—exclamaron á una vários de los oyentes.

—Sí, señor, ni más ni ménos. El caballero de Alcántara, acompañado de dos criados, y un cirujano y dos practican-tes, se fué á casa del caballero maestrante (que vivia de huéspedes), y como hubiese tomado anticipadamente un cuarto en la misma habitacion para asegurar mejor su intento... anoche... cuando la patrona se habia recogido, y el maestrante estaba descuidado en su gabinete...

—¿Qué, qué pasó?—preguntó ya harto curiosa una de las damiselas.

—Nada,—respondió impasible la narradora, haciendo un gesto significativo,—entraron mis hombres, y el cirujano cumplió con su oficio, como si estuviera operando en San Juan-de-Dios...

—¡Ay! ¡Qué horror!—prorumpieron todas las muchachas, llevándose las manos á la cara.

Hacia rato que Felisa estaba notando cierto rumor para ella indefinible, que provenia de la pieza inmediata por donde habian desaparecido ántes las dos damiselas... Aquel rumor llegó á trocarse en cierta especie de suspiro ó quejido, que coincidió con la exclamacion de las muchachas de la sala. Pero, á pesar de la coincidencia, ¡era sin embargo rumor tan diverso!..

El relato de la moza del pericon, aunque preocupaba mucho el espíritu de Felisa, no le embargaba tanto como aquellos ruidos misteriosos.

—¿Y no ha muerto el maestrante?—preguntó alguno.

—No, no ha muerto,—respondió la moza.—Parece que el cirujano era hombre hábil,... y muy hábiles tambien han debido ser los que fueron anoche igualmente á casa de la Narcisa, y la sorprendieron á ella y su criada. A las dos se las ha encontrado cadáveres, con tres profundas cuchilladas en el cuello y pecho.

A esta narracion siguió un sombrío, pero breve silencio. Felisa aplicó con más intensidad su oído á los rumores de la alcoba; mas en balde. Tambien allí siguió el silencio.

Los visitantes y las damiselas se habian ido interpolando de modo durante la narracion que, al concluir de hablar la del abanico verde, ya todos formaban parejas perfectas... y tan perfectas y acomodadas, que el conde de Negroponte juzgó oportuno retirarse con su hija.

Al llegar á la puerta tropezó en el corredor de entrada con el periodista que salia del interior, y quien, al verle partir azorado, exclamó riendo:

—¿Se va usted, conde? ¡Bah! ¡bah! Créame y no se arrepienta. Nunca es leccion perdida la de una casa de alemanas.

Veamos ahora, en el manuscrito de Felisa, cuál fué el resultado de esa leccion.

VI.

SUEÑO FISIOLÓGICO.

(Manuscrito de Felisa.)

Salimos de casa de doña María Documentos.

O mi padre me juzgaba de cortos alcances, ó creía que esa visita no podia ejercer en mí ninguna influencia; ello es que no me hizo observacion ni advertencia alguna, ni aún apénas me habló, sino breves palabras insignificantes, hasta llegar á nuestra casa.

Yo entré preocupada. La sesión de frenología y la visita de las alemanas, eran dos sucesos, uno en pos de otro, que realmente habían perturbado mi espíritu.

Estaba mamá en el gabinete en conversacion con Salces, el médico que habitualmente nos asistía, y Novoa, otro señor que parecía el personaje obligado de la familia.

Este buen señor, que, sin ser precisamente amigo de mi padre, ni participar en sus negocios ni entretenimientos, se había constituido en una especie de Mentor á nuestro lado, advirtió al instante mi turbación.

—¿Qué tienes, Felisa?—me preguntó.—¿Te ha llevado tu papá á alguna comedia horripilante?

(Los dramas románticos estaban entonces muy en boga.)

—No, Sr. de Novoa,—le contesté.—Hemos estado en casa del frenólogo inglés.

—¡Ah!—exclamó el médico Salces.—No he sabido hasta muy tarde que daba una sesión particular el Dr. Bucket, y supongo que habrá sido muy interesante.

—¡Oh! Sí, mucho, muchísimo,—respondió mi padre.—La frenología podrá ser mentira, pero algunos de los que se han dejado palpar el cráneo han oído verdades amargas.

Y entonces mi padre refirió toda la parte dramática de la sesión, ya que sus conocimientos no le permitían hacerlo igualmente de la parte científica.

Salces era un hombre muy estudioso, y oyó con gran interés esa relación, tanto más, cuanto que en lo concerniente á mí veía confirmadas sus propias observaciones.

En efecto, aunque en tono de broma, había algunas veces hecho notar lo que entre mi familia se había dado en llamar la deformidad de mi cabeza.

Mamá hizo poco caso de las punzantes alusiones con que mi padre sazonó su relato... acompañándole de nombres muy públicos, y con su habitual indolencia se quedó dormida en el sillón.

Pero Novoa siguió examinándome con cierta extraña mirada, mientras que Salces se acercó á mí con cariñoso ade-

man y pasó sus dedos sobre mi cabeza, justamente por el mismo paraje que lo habia hecho el Dr. Bucket, esto es, por la nuca y por la parte alta del cráneo.

—No hay duda,—dijo el facultativo;—gran amatividad, carencia de estimacion personal, mucha concienziosidad...

Y pareció prolongar sus reflexiones consigo mismo en silenciosa abstraccion.

Pasé una noche agitada. Todas las escenas que se habian ido sucediendo desde el momento de salir del café del Príncipe hasta el de despedirse nuestros visitantes, se confundieron en mi mente, formando un cuadro enigmático.

Las palabras del periodista, las explicaciones del frenólogo, la historia del maëstrante, los suspiros de la alcoba, la curiosa mirada de Novoa, la inquisitiva meditacion de Salces, todo se dibujaba en mi fantasia; pero dando una sola forma á toda esa agrupacion de ideas al parecer distintas.

Yo no sabré decir si aquella impresion era dolorosa, mas figurábaseme descubrir en medio de gran congoja algo que hasta entónces habia sido incomprensible para mí, y que ahora, aún cuando incomprensible todavia, se presentaba bajo otro aspecto más circunscrito, más marcado, donde yo buscaba palpitante y anhelosa.

Pero miraba y no veia; aspiraba y no respiraba; queria avanzar y no andaba; me sentia consumir y no podia valerme de mí misma...

Era una horrible pesadilla.

Aquel cuadro fantástico que habia empezado á desarrollarse entre las sombras, fué adquiriendo contornos ménos vagos. Por una intuicion extraordinaria aparecia á mi vista toda la imágen interior anatómica de mi cuerpo. Yo seguia con mis ojos, como en un espejo, todos aquellos nervios que el doctor inglés habia dicho formaban una comunicacion simpática entre el cerebro y el organismo sensitivo...

Y ¡cosa rara! todas aquellas arterias, todos aquellos tegumentos, todas aquellas membranas, todos aquellos nervios, todos aquellos fluidos diversos que circulaban por los

mil vasos complicados de mi organismo, no eran un misterio para mí. Cual el más diestro anatomista yo los analizaba y explicaba.

Y al propio tiempo mi congoja no cesaba; y como si fueran un martillo, se repercutian en mí misma los ayes y quejidos que tanto me impresionaran en casa de las alemanas.

Entonces, sí, creí experimentar dolor vivísimo,... y al sentirme morir, volví en mí acuerdo.

Aterrada y convulsa todavía, no sabía si me hallaba despierta, pero mis miembros estaban doloridos. Realmente, sufría en mi cuerpo.

Sin conciencia de mí misma, bajé del lecho; salí á mi gabinete y encendí una vela en la lamparilla que allí ardía.

Bajo el dominio de mi sueño, me despojé de todo blanco cendal; y puesta así desnuda ante la luna de un tremor, busqué ávidamente en su fondo la representacion de aquel mismo cuadro anatómico que aún se delineaba perceptible en mi confusa mente.

Fuese continuación de la misma pesadilla, fuese un nuevo vértigo, parecióme que me hallaba analizando como analizaba el frenólogo, y como antes habia empezado á analizar yo tambien, todo el organismo de mi sér.

Pero si antes, al examinar mi interior anatómico, habia sufrido angustia y padecer, ahora mi exámen del exterior era fácil y en cierto modo deleitoso.

Si antes habia experimentado todos los grados de repugnancia del escalpelo del anatomista disecador, ahora iba gustando sucesivamente todas las voluptuosidades fisiológicas del cincel del artista creador.

¡Ay! ¿Cómo poder expresar aquellos deleites que, segun la fábula, debió experimentar Prometeo, cuando despues de labrar sus estátuas, las tocó con el fuego del cielo para darles sentimiento?

Y mi tacto también fué fuego de sensual revelacion.

.....
Cuánto tiempo duró el paroxismo de mi mente, el de-

líquido de mi cuerpo, no sabré decirlo; pero cuando un rayo de la luz matutina penetró en mi gabinete, y yo me sorprendí postrada en tierra; cuando vi reflejarse en el espejo mis blancas formas, iluminadas por aquella vaga claridad, me estremecí de rubor... y volví súbito á cerrar los ojos.

Y cual si temblara de contemplar mi desnudez, me arrastré hasta el lecho, y me sumergí en él, toda melancólica y vergonzosa de las revelaciones de aquella noche.

Los ojos de mi espíritu se habían abierto á la ciencia del bien y del mal; pero, como Eva en el Paraíso, conocí también que estaban desnudas mis carnes.

VII.

RUINA DE LA FAMILIA.

(Manuscrito de Felisa.)

Entre las muchas estampas en marcos que adornaban las paredes de mi casa, era una... cierta litografía francesa, cuyo asunto me habia intrigado siempre. De las interpretaciones que se le daban, aunque algunas dichas con cierta sonrisa burlona, ninguna me habia satisfecho. La dificultad nacia de la inscripcion misma de la estampa:

De qué modo viene á las jóvenes la penetracion, la inteligencia, el ingenio, la malicia (que todo esto quiere decir la palabra francesa *esprit*).

Y esta inscripcion se aplicaba á varias muchachas alrededor de una mesa, unas cándidas, otras reflexivas, otras gozosas, oyendo á un personaje risueño y maligno, quien hasta en la posicion de sus dedos era significativo.

¿Qué podria suponerse en boca del tal personaje para despertar las primeras malicias de la mente femenina?

Y sin embargo, cualquiera que sea la malignidad que se le supusiera, no hay palabras que puedan marcar la inten-

cion del autor del cuadro, sino es la imaginacion misma del que lo ve. Y mi imaginacion no acertó á verlo ni comprenderlo sino en el momento que siguió á mi sueño fisiológico...

Y del mismo modo, aquellas primeras lecturas que me habian parecido insulsas, aquellas escenas de dramas y novelas que, cual la inscripcion de la estampa, habian pasado sin acertar yo su intencion, desde aquel momento fueron tambien para mí perfectamente comprensibles.

Volví á leer con grande afan la Mitología de los Dioses, y á recrearme en descifrar las metamorfosis de tantas divinidades y las misteriosas creaciones de la antigüedad gentílica. Cuando comprendí á Júpiter convertido en lluvia de oro, me pareció el emblema más original de voluptuosa concupiscencia...

Y cuando me sacié de tanta elucubracion peregrina, tomé con nuevo ardor la lectura ménos fantástica de novelas.

Una antigua aya francesa, que permanecia en la familia de mi madre desde la venida del ejército de Angulema, me habia hecho aprender el francés casi al propio tiempo que el castellano. Así, muy pronto eché de ver que, en el estado en que mi espíritu se hallaba, las novelas propiamente españolas debian parecerme asaz frias y monótonas al lado de las francesas.

En efecto, la literatura castellana, que empezaba á desenvolverse entónces, esto es, apénas finalizó el reinado de Fernando VII, era insustancial y soporífera, sin que en muchos años despues haya cambiado tampoco gran cosa de esas vulgares condiciones.

A mí me parecia que los que se dedicaban á escribir, ó eran candorosos en demasia, ó no habian visto de la vida más que cafés ó figones, aposentos de cómicos fátuos ó casas como la de doña María Documentos. Además, raro era el escritor que no tuviera sus puntas de rapsodista.

Leí todas las novelas de Walter Scott, leí las de Arlincourt, de moda entónces; pero todas ellas hablaban poco al sentimiento, esto es, á las emociones vivas del sentimiento.

Jorge Sand, Balzac, Soulié... ¡Oh, estos autores removieron en mí todas las fibras más sensitivas!

Así corrieron cinco años, durante los cuales se desarrollaron mis facultades intelectuales, en términos de que pasaba horas enteras borroneando cuartillas de papel y ensayándome, bajo la forma de novela, en escribir cuadros de la vida social madrileña.

Era una ocupación que á mí me divertía; y como puro pasatiempo, sin otra vanidad de autor que me indujera á conservar ó á desear publicar lo escrito, rompía mis cuartillas cuando un nuevo asunto venía á procurarme ocasión de otro escrito nuevo.

La sociedad aristocrática de la corte daba pábulo á mis ocupaciones literarias.

Como mi padre, por su doble cualidad de conde y de bolsista, se hallaba en contacto con las dos clases que parecían fundirse en una, la de la nobleza y la de la finanza,—á lo ménos por el lado del lujo y del despilfarro,—yo concurría á las primeras reuniones de la corte, y me veía asediada por una turba de adoradores de todas condiciones, quienes creían olfatear la brillante dote de única heredera.

Pero á pesar de que todo esto daba motivo á mis estudios, yo no podía abarcar en su conjunto los muchos fenómenos para cuya explicación no basta el conocimiento sólo del árbol simbólico del bien y del mal, puesto que á la edad de diez y siete años me faltaba el conocimiento del árbol de la vida.

Yo había oído decir que la sociedad madrileña había pasado por vicisitudes notables que la iban modificando singularmente. La sociedad antigua se desmoronaba para ser sustituida por nuevos usos, nuevas tendencias, nuevas ideas, que empezaron á inundar la corte en 1834.

Volvia á Madrid entónces una emigración numerosa arrojada por los sucesos políticos de la década anterior á las orillas del Sena y del Támesis.

Volvian los emigrados españoles á la madre patria, co-

mo regresan generalmente todos los emigrados del mundo, sin haber olvidado y sin haber aprendido nada, pero contaminados, sí, de los vicios de la civilización extranjera, que no supieron estudiar.

¿Qué había de resultar de aquella amalgama de los extranjeros vicios con los defectos patrios?

¿Qué había de constituir aquella mezcla de los excesos de la vida parisiense y londinense, que tienen su razón de ser allí donde la actividad y el trabajo necesitan desahogo, con los excesos de la vida madrileña, hijos únicamente de la ociosidad y la indolencia?

¿Qué fusión podía establecerse entre los desvaríos del lujo y concupiscencia á que dan lugar en París y Londres los capitales acumulados por la industria y el comercio, con los desvaríos de la misma índole á que difícilmente se prestan en Madrid los pobres recursos de sus hijos, para quienes es vileza todo lo que no sea ser marqués, funcionario ó paseante en corte?

No era posible que naciese más que lo que ha nacido, y que yo no podía comprender entonces; esto es, un engendro informe en que han desaparecido las bellas dotes que aún quedaban en nuestra sociedad, para ser reemplazadas con todas las miserias repugnantes de allende.

De esa suerte, fiado mi padre en la aparente hidalguía de ciertos personajes de la aristocracia en sus tres ramas, nobiliaria, financiera y burocrática, prestó su firma para operaciones de Bolsa, en que sin pudor alguno jugaban unos mismos individuos al alza y á la baja en combinaciones dobles; y la gran fortuna de Negroponte se vino á tierra... Todos negaron ó eludieron sus compromisos.

¡Hediondo drama el que presentó cierto cataclismo de la Bolsa de Madrid, en que anduvieron por el fango pergaminos, togas, hábitos, uniformes y condecoraciones!

Mi padre no quiso declararse en quiebra. Pagó hasta donde pudo pagar; pero, como era mucho y su responsabilidad alcanzaba á sumas enormes... por extenderse á las

operaciones de distintos personajes, hizo arreglos y promesas que al fin sólo trajeron mayor ruina y desprestigio, pues no se pudieron cumplir.

Los acreedores acosaban desapiadadamente.

Esta misma inmoralidad de las altas clases para derrochar en el lujo y disipar en los placeres, habia ejercido su influencia en la curia, ensanchando la inmoralidad suya propia. De ahí el que se hubiesen asociado cierto número de curiales, que aguijoneaban el despecho de los acreedores para multiplicar los trámites, embargos, tasaciones y ventas judiciales, sin más fin que acumular derechos con que ellos se enriquecían,—¡honrados representantes de la justicia!—y los acreedores nada lograban y los deudores perecían.

Así, en una série innumerable de procesos, acompañados de actuaciones irritantes y de secuestros expoliadores, fuimos viendo un día y otro día desaparecer fincas, valores, trenes, joyas, prendas, moviliario, todo lo que constituye un rico caudal aristocrático.

Y esos mismos aristócratas que habian contribuido á la ruina de ese caudal, todavía quisieron infamar al que le habia perdido, pronunciando anatemas ridículos en asambleas de órdenes caballerescas, de esos restos degradados y afeminados de épocas en que la gloria se alcanzaba con la espada.

El conde de Negroponte no pudo resistir á todos esos contratiempos, los cuales su esposa no acertó á mitigar, poseida como estaba de ciertas vanidades de clase y de ciertas petulancias de alcurnia.

Murió mi padre, dejando á su viuda é hija en una especie de indigencia, que venian socorriendo algunos escasos dones de antiguos consocios ó amigos, cuya caridad se encargaba de excitar el buen Sr. de Novoa.

Y miéntras tanto, mis gustos literarios me hacian aborrecer toda clase de labor manual, que hubiera podido ayudar al sostenimiento de nuestra precaria existencia.

Por otra parte, era una indigencia dorada. Mamá podía acostumbrarse á las privaciones materiales, á las necesidades interiores de la vida, pero no renunciar á los signos exteriores, á las apariencias sociales.

¡Cuántas veces, cuando apénas habia lo estricto necesario para salir del día, se le antojaba una taza de café, y en vez de hacerlo económicamente en casa, se mandaba á buscar al Suizo ó á la Iberia,... y venía un mozo con su bandeja, cafetera, azucarera, y su gran devantal blanco por librea, entraba hasta el gabinete y depositaba su servicio sobre el velador con esa altanería ridícula de ciertos mozos de café, testigos diarios de libertinaje y despilfarro,... volvía más tarde á buscar el servicio, y recibía su importe con una propina mayor que el mismo importe de lo servido,... y bajaba la escalera, y pasaba por delante del portero con esa ostentación y gravedad del hombre que acaba de ser excesivamente remunerado!

¡Ah! ¡Y todo ese vanidoso aparato, que nos privaba quizá de comer aquel día, llenaba de satisfacción á mamá, y le recordaba que era la noble señora por derecho propio condesa de Negroponte!

Después de la muerte de mi padre cesaron las persecuciones de justicia, y esto nos habia devuelto alguna tranquilidad; pero la última no se borrará nunca de mi memoria.

Habia ocurrido el fallecimiento un día del mes de mayo, al romper el alba. Como no habia nada con que poder atender á los primeros gastos de defunción, fué menester sacar un colchon de debajo del cadáver para llevarlo á empeñar.

El viejo doméstico, señor Próspero, se encargó de este cometido, y, aprovechando la hora matutina, descolgó el colchon por el balcon del piso principal en que vivíamos.

Húbolo de advertir uno de los espías apostados por aquella asociación de curiales para expoliar á deudores y acreedores, é inmediatamente apareció un alguacil ó agente con esa informalidad de poderes con que se acostumbra entre nosotros ejercer las actuaciones de justicia, y quiso con gran

alboroto poner mano sobre la prenda como sustraccion que suponía fraudulenta de los efectos de un embargo verificado pocos días había en casa del conde.

Vivía en el piso bajo un antiguo capitán, quien, retirándose á casa á aquella hora, se enteró al instante del atropello que se proyectaba en situación tan crítica. Indignado de semejante proceder, y con ese desenfado que en España han dado siempre las circunstancias á la clase militar sobre las otras clases, intimó al alguacil que desistiese de su no muy justificada comision; mas él insistió, provocando la ira del capitán. Sólo cuando se vió asido por el cuello comprendió su imprudencia, y se alejó.

Esa tentativa dió al ménos por resultado informar á la curia del estado insolvente de la casa de Negroponte; y así no volvimos más á ver ningún agente curialesco con la pretension de que el baston en la mano autoriza á cometer atropellos en nombre de la justicia.

Habíamos perdido todas nuestras relaciones. Sólo el señor de Novoa, sin desprenderse de su carácter de Mentor, ya que su posicion atrasada no le había permitido nunca ejercer otro en nuestra casa, y el facultativo Salces, tan bondadoso como siempre, eran los únicos que nos visitaban con alguna frecuencia.

Pero yo tenía una amiga de la infancia, casi de mi misma edad, una condiscípula de piano, que ya en su casa propia, ya en la mía, habíamos dado lección juntas. Aurora del Espino era su nombre.

Había nacido entre nosotras una especie de simpatía, aumentada por las bromas que nos daba el médico Salces, llamándonos las *amorosas*, á causa de la configuracion igual de nuestras nuca en el sistema frenológico.

Su padre había ocupado una alta posicion en Hacienda y hecho frecuentes negocios con el mio; pero, más dichoso ó más cauto que el conde de Negroponte, había dejado una fortuna considerable á sus dos hijas.

La segunda de estas, mi amiga Aurora, era uno de esos

caractères que en sociedad se llaman excéntricos por lo expansivos que son y enemigos de fingidas demostraciones é hipócritas etiquetas.

En cambio, esos caractères poseen una delicadeza exquisita, una generosidad caballeresca; pero, como no hacen alardes ostentosos, el vulgo los estima poco, y da la preferencia á la turba de malvados que trafican con apariencias virtuosas.

Hé aquí uno de los rasgos de Aurora:

¡Cuántos días oíamos en triste silencio la acompasada campana de las doce en la vecina parroquia; y mamá, sentada al lado del balcón, suspiraba dolorida, sin haberse aún desayunado!... No había en la casa prenda ninguna de valor que empeñar, y en la tienda no querían darnos ya al fiado.

Y en medio de esta congoja y de este silencio sonaba otra campanilla más animada, la de la escalera, impulsada por la mano del cartero que nos traía carta del interior.

Abríamos presurosas esa carta... ¡Sólo un sobre, y bajo ese sobre un billete de 500 reales!

¡Ningun signo, ninguna escritura, ninguna firma!

¡Ay! Quien ese don enviaba, bien sabía que la limosna humilla. Los que se quejan de la ingratitud de sus semejantes no saben que el hombre es ingrato cuando el beneficio se le hace sentir en demasía. La humillacion es incompatible con el agradecimiento.

Nunca pudimos conocer de un modo positivo que aquellos dones, repetidos cuando era mayor nuestra necesidad, provenían de Aurora del Espino. Hasta algunos años más tarde no he sabido yo que era ella la generosa autora de tan discretos beneficios.

Mientras tanto, por complacerla á ella, y por complacer á mamá, que no quería abandonase yo el *gran mundo*, y á pesar de todas mis repugnancias, me veía obligada á acompañar á las dos hermanas del Espino á teatros, saraos y otras diversiones.

Sentíame yo en sociedad como fuera de mi órbita. Por

eso, aunque siempre cumplida y deferente con quienes buscaban mi conversacion, aunque siempre dispuesta á razonar sobre las materias en que me pedian parecer, cerraba mis labios y naturalmente tomaba un aspecto reservado en todo asunto de galantería.

Los hombres censuraban esta displicencia aparente de carácter. Aquellos que se preciaban de más graves, lo achacaban al orgullo de una noble arruinada, y los más ligeros se burlaban de una condesita pobre que no sabía sacar partido de sus gracias.

La verdad era, no que los hombres me causasen repulsion, todo lo contrario; pues, aparte de las cuestiones de galanteo, hallaba yo en su trato más amenidad que en el de las mujeres, quienes no sabian salir de su sempiterna charla de dijes, modas, danzas y fútiles amoríos.

Pero desde aquella noche memorable que en medio de un sueño extraordinario se iluminaron mis potencias, se fijaron mis deseos, hallaron un camino mis angustias sensitivas,... desde aquella noche en que, cual otra Eva seducida por la serpiente, vi que estaban desnudas mis carnes y tuve vergüenza,... desde aquella noche, ¡cuántas y cuántas veces busqué en mis soledades aquella revelacion de mi ensueño fisiológico!

Y por esto, cuanto más me abandonaba á esos ensueños, más resonaba en el fondo de mi conciencia una voz apagada y melancólica, que me decia á manera de dulce reproche:

—¡Felisa, Felisa, tú no serás esposa!

Y dia tras dia, mes tras mes, año tras año, seis años así se pasaron en esa indulgencia de mis sentidos; y cada vez se fortificó más en mí el pensamiento de que yo no podia, yo no debia ser la mujer en matrimonio de hombre alguno.

Mi madre, mis amigas, mi aya, el viejo Próspero, el señor de Novoa, el médico Salces, ¡adivinaron alguna vez lo que por mí pasaba?

No lo sé; mas nunca la más leve indicacion vino á revelármelo.

VIII.

AURORA DEL ESPINO

Si fuera posible dar á luz en toda su integridad un diario de sensaciones escrito por Aurora del Espino durante un espacio de quince años, diario en el que no sólo se anotan sus impresiones de niña, sus ansias de doncella, sus coqueterías de mujer, sus penas de casada, sus desfallecimientos y arrebatos, sus placeres y desengaños, sino que interpolados con esos recuerdos de sí misma se refieren los sentimientos de los otros, las bajezas de muchos, la generosidad de muy pocos, el egoismo de casi todos,... se tendria un cuadro perfecto de la sociedad madrileña á fines de la primera mitad del siglo xix.

¡Ay! Si nos fuera permitido reproducir por completo y en toda su gráfica exactitud esas frases, esos retratos, esas apreciaciones sobre los hombres y las cosas, sobre las maneras y convenciones de la sociedad en cuyo seno vivió Aurora del Espino,... ¡ay! más de un hijo ó una hija vendria á abofetear nuestros labios denunciadores.

Pero toda esa relacion de costumbres contemporáneas no cuadra ahora á nuestro intento. Tratamos sólo de describir en este ensayo, no hechos biográficos ó sociales, sino un accidente, un acto fisiológico, que sin aplicación á determinados individuos y sociedades los domina á todos, porque desde las primeras páginas del *Génesis* los condensa á todos.

Cuando por muerte de su padre habia entrado Aurora en posesion de una brillante fortuna, y que por casamiento de su hermana mayor era dueña absoluta de la casa y niña mimada de su madre,—bondadosísima señora en todo sometida á la influencia de su hija,—vióse ésta rodeada de esa cohorte numerosa de galanes á caza de dotes y ricashere-

deras, que distingue á Madrid sobre las otras cortes europeas.

Cierto es que en otras partes, en Francia sobre todo, se conciertan las bodas atendiendo al dote de las novias; pero esto es cálculo de parientes, y los contrayentes consideran la dote como base de un negocio, de una industria legítima, como instrumento de trabajo honrado.

En Madrid, no son los parientes quienes así proveen al porvenir de los jóvenes; son los jóvenes mismos quienes, cuando especulan sobre el dote de las novias, no es como principio y fundamento en que descansen una vida laboriosa, sino todo lo contrario: una vida de holganza y devaneo.

En esto, como en lo demás, se refleja el carácter habitual del hijo de familia disipado, perezoso, petulante é hipócrita de la clase media, en la moderna sociedad madrileña.

La señora viuda del Espino daba reuniones magníficas, donde concurrían las notabilidades de esas tres clases que hoy se hallan siempre juntas allí donde se ostenta el lujo y el placer, esto es: la nobleza, la finanza y la burocracia.

Cuando la joven Aurora atravesaba los salones con su porte majestuoso, su flexible talle, sus ondulados bucles de un rubio rojizo, fijando su penetrante mirada en derredor, se alzaba un murmullo general de admiración. Las mujeres la contemplaban con cierta envidia; los hombres... con cierto respeto los reflexivos, con cierta invencible audacia los fátuos.

Si iba acompañada de la condesita, como llamaban á Felisa de Negroponte, la atención de los convidados se dividía entre ambas amigas.

Antes de la ruina del conde de Negroponte, su hija desplegó siempre igual ó mayor riqueza de adorno que Aurora. Y aquí en España, donde la aberración de las costumbres consiente que las jóvenes solteras vistan con todo el atavío de sedas, plumas y joyas que las casadas; aquí en España, donde se remedan los usos extranjeros y no se adopta sin embargo la modesta sencillez en el vestir de la doncella para diferenciarla de la cortesana, Felisa y Aurora, asidas

del brazo, se paseaban arrogantes ostentando suntuosas galas.

La condesita era más delicada en sus formas, de complexion más mate, de más blanca tez, de ménos estatura, de más rubio y pálido cabello que Aurora; pero ámbas tenían igual abundancia de sedosos bucles, que, cayendo por cima de los hombros, disimulaban sus *amorosos* cuellos, segun la frase técnica del facultativo Salces.

—Disimulad la nuca,—les decia el médico.—Mirad, hijas mías, que la vuestra es para los amantes guía refulgentes. Si quereis que os sigan, descubridla, y vereis cuánto jóven procaz y disoluto se os acerca con cínico ademan. Pero si quereis inspirar púdico respeto, envolved en bucles vuestra garganta; y aunque no por ello dejareis de ser siempre amorosas, evitareis al ménos lascivos atrevimientos.

Despues de la sesion de frenología del Dr. Bucket, este lenguaje no era del todo enigmático para Felisa. Pero Aurora, si bien no lo comprendia, lo adivinaba, quizá porque en ella el órgano de la amatividad estaba prodigiosamente desarrollado, más aún que en su amiga.

Y el tal excesivo desarrollo produjo singulares circunstancias que la constituyeron en ese estado que vulgarmente se llama el de una mujer coqueta.

Tambien se habia dedicado con ardor á la lectura de novelas, siendo al propio tiempo aficionada á las bellas artes en su ejercicio más selecto, pues que, desdeñando el paisaje, pintaba la figura humana con notable maestría.

De los muros de su gabinete pendian vários cuadritos pintados por ella, representando grupos graciosos de niños desnudos, copiados del natural con una exactitud de líneas, una morbidez de carnes y entonacion de colorido que sorprendieron á más de un afamado artista del sexo masculino.

Pero la conversacion, la lectura, la pintura, los deseos, las aficiones, todo era voluble en Aurora. Sólo tenía de constante una cosa: la manifestacion de las funciones correspondiente á la facultad orgánica predominante en ella.

En una naturaleza vulgar, en una de esas jóvenes como

hay tantas, faltas de educacion ó ignorantes, ó en quienes sólo se ostenta mucha habilidad de labores, mucho solfeo musical, mucha devocion exterior, poca escrupulosidad interna,... semejante condicion amatoria habria conducido á una boda sin cariño ó á amores ilícitos.

Pero en Aurora del Espino eran demasiado nobles, demasiado razonadoras sus facultades intelectuales para abandonarse así á la degradacion sexual. Y sin embargo, el amor físico y las manifestaciones á ese órgano adherentes requerian en ella la natural satisfaccion peculiar á su sexo.

Entre los mil amadores que la asediaran, ninguno habia interesado su corazon para acceder ella á otorgarle su mano. Durante ocho años, esto es, desde los diez y siete á los veinticinco de su edad, rehusó constantemente numerosas proposiciones de casamiento.

¿Nacia esto de aquella su volubilidad de carácter, ó provenia más bien de que en su constitucion fisiológica y en sus funciones orgánicas hallaba una guía intuitiva que la hacia juzgar con menosprecio de las ruines calidades del otro sexo, puramente material, puramente egoista?

De todos modos, ello es cierto que, segun aparece de las mismas sensaciones trascritas al papel por Aurora del Espino, ella se consideraba en una situacion muy critica. Su propensidad física y amatoria requería una satisfaccion, y al propio tiempo era en ella invencible la repugnancia á salir del celibato ó á seguir el ejemplo de tantas conexiones ilícitas, de moda en la sociedad de nuestros dias.

Naturalmente, esta rebeldía de Aurora á someterse al himeneo, y por otro lado la independencia de sus maneras y la franqueza de su trato con los hombres, daban ocasion á mil anécdotas que, como carecian de explicacion vulgar, acababan por parecer absurdas.

En su presencia se hablaba de todas las ocurrencias escandalosas de la corte; y siempre que las narraciones pasaran con ese lenguaje culto, que, aunque raro en nuestra sociedad madrileña, todavía tiene algunos profesores que

saben referir las escenas más verdes con palabras de azucena, las escuchaba y aún respondía á ellas.

Gustaba Aurora de asistir á las corridas de toros vestida de maja, no el traje ridículo afrancesado moderno, de la falda campanuda de tonelete, sino el de la basquiña de puñto estrecha y la mantilla blanca, que tanto ilustraron las antiguas duquesas de Alba y Benavente.

Gustaba de montar á caballo, en el que era diestra amazona é infatigable cazadora.

Gustaba de dirigir por sí misma un lindo carruaje, á modo de carro romano, tirado por dos briosas yeguas, que enfrenaba y lanzaba con singular pulso y serenidad.

Gustaba de tirar al blanco; y su ojo era tan certero, que de cuatro tiros de pistola, tres abatían la figurilla de yeso ó mataban el pichon que servía de mira.

Gustaba de cambiar algunas veces su traje femenino por el del otro sexo, ya en representaciones de comedia casera, ya en algun ejercicio varonil, en que más de un hombre no podía competir con ella.

Gustaba de disfrazarse de algun modo original, y en las altas horas de la madrugada recorrer ciertos lugares de miseria, donde con mano generosa enjugaba más de una lágrima, remediaba más de una necesidad, daba pan y procuraba abrigo al menesteroso.

Y los que miraban en el Prado de San Jerónimo ó en el paseo de la Florida á la bella Aurora del Espino lanzar á escape su frágil cochecillo ó su brioso corcel; los que la contemplaban radiante de galas é indiferente de rostro en su palco de la Ópera; los que la veían festiva y animada, ya en su casa, ya en su quinta de Pozuelo,... todos ellos más dispuestos quizás á censurarla que á admirarla, no imaginaban cuántas bendiciones secretas caían sobre la desconocida del rubio cabello.

Apuntaremos dos de las anécdotas á que hemos aludido.

En una rifa ó colecta de Beneficencia, uno de tantos libertinos almibarados de la alta sociedad ofreció un billete de

cuatro mil reales á Aurora que, con otras damas de rango, ejercia en esa obra piadosa el oficio de *madamita de mostrador*, á la usanza de allende.

El billete de cuatro mil reales se ofrecia á cambio de un bucle del rojizo cabello de Aurora del Espino.

Pronto un tijeretazo puso en manos del libertino el bucle deseado.

Pero, alentado por esta fácil concesion, prometió tantos otros billetes como besos se le permitiesen tomar sobre las mejillas y hombros de Aurora. Y ella respondió:

—En beneficio de los pobres, dejaré tomar cuantos besos quiera el señor duque de Civia, siempre que hayan de ser sin interrupcion ninguna y contados escrupulosamente por un jurado de buenos y leales caballeros.

Formóse el tribunal examinador; ocuparon Aurora y el libertino uno de esos confidentes ó divanes en forma de S, con solos dos asientos encontrados, muy en moda entónces; y empezó la *osculacion*.

¡Qué escena! Los individuos del jurado, con el aliento suspendido, mirando y contando...

Aurora, impasible, sin que el más ténue matiz sonrojase su frente ni la más leve contraccion alterase su fisionomia...

El aristócrata impudente, con ojos de Sátiro, con visajes de Priapo, los labios en punta, apresurándose sin respiro...

Y cuando el señor duque, medio anonadado, parecia como que le faltaba la fuerza erectil suficiente para hacer resonar su ósculo, la voz gangosa de una aristocrática matrona, presente al acto, le azuzaba con incisivo acento:

—¡No parar, duque, no parar!

Y el duque no paró hasta que cayó por tierra trémulo, cárdeno y espumoso.

Aurora del Espino corrió á encerrarse, mientras, ausente ella, el jurado de caballeros falló en lealtad y conciencia que el duque de Civia debia á los pobres 396.000 reales.

No se habia cumplido el centenar de besos.

Como esta escena la presenciaron vários, cada cual le dió

la explicacion que quiso; mas sin embargo, la publicidad del acto no consintió en los comentadores otra malicia que la vulgar y grosera, sin llegar al absurdo.

No así respecto á otra aventura misteriosa, cuyas explicaciones vulgares ni absurdas no diremos, pero que en fisiología podrá no parecer extraordinaria.—Suplirá el lector atento la sobriedad de nuestras palabras.

Al revés de Felisa de Negroponte, Aurora del Espino no rechazaba á sus adoradores. Los escuchaba, los atendia; pero por último le servian de juguete. Dentro de los límites de la cortés galantería los dejaba elevarse al pináculo de la más ferviente pasion, y sólo tropezaban con su sonrisa desdenosa ó su severa repulsa cuando se permitian pedir en forma á la señora viuda del Espino la mano de su hija Aurora. Caso hubo, sin embargo, en que las cosas pasaron de diferente estilo.

Un alto funcionario, de aristocrática familia, fué el más constante de sus adoradores. Era facundo en el decir, era poeta en el escribir, era caballeroso en el pensar; pero con todas estas cualidades habia en él cierta petulancia, cierta hipocresía de carácter que le hacian incompatible con la despreocupacion de Aurora.

Por una noche tibia del mes de junio platicaban ámbos en retirada estancia. Era en un gabinetito que daba á un perfumado jardin, cuyo ambiente predisponia naturalmente á las reflexiones sensitivas.

Giraba la conversacion respecto á un antiguo librito italiano que tenia por título: *Idea sobre la índole del placer*.

El aristócrata funcionario habia hecho su lectura traduciéendolo en castellano con entonada voz.

Los conceptos del libro habian dado lugar á varias observaciones; pero concluida la lectura, pronunciada la última frase que resumia toda la mente del autor italiano, siguió un profundo silencio.

Esa frase decia así: «Si el que me hubiere leído pensase despues en analizar el inagotable tesoro de su propia

sensibilidad, habré conseguido el fin que me habia propuesto.»

¡Qué asunto! Esa *propia sensibilidad* era cabalmente la critica situacion á que aludia Aurora en sus Memorias, tan apremiante y embarazosa, que la condujeron, por otro camino que á Felisa de Negroponte, á iguales medios de personal indulgencia.

Una diferencia hubo sin embargo. Felisa no habia salido de Madrid; sus hábitos siguieron el orden natural de los vários séres animados (ménos pervertidos que la criatura humana), al paso que Aurora habia hecho un viaje de recreo á Paris, y en aquel centro de abominacion, en la Sodomia de nuestros dias, fué iniciada contra naturaleza donde el bello sexo allí se inicia, en los almacenes de modista...

Tal vez, si el funcionario aristócrata, con todas sus pretensiones literarias, hubiese sido algo fisiologista, no habria roto el silencio para dar á su plática un giro demasiado sensualista.

Todo lo contrario. Dejóse llevar harto de su furia masculina, é interpretando como aquiescencia á su exaltacion amatoria el estado crítico de las propensidades de Aurora, trató de acometer una empresa que le hizo parecer ridículo, ébrio, jímio y sin decoro.

El paroxismo de sus nervios llegó al colmo de tension irreductible y dolorosa precisamente en el momento en que una carcajada histérica de Aurora, al escaparse del gabinete, le dejó á él revolcándose en un divan con todos los síntomas de convulsion epiléptica.

Nuestro funcionario amoroso no pudo asistir aquella noche á una junta oficial, donde en balde le aguardaron sus compañeros; quienes al saber á la mañana siguiente su ataque de erotismo, tan largo en ceder á los remedios farmacéuticos, celebraron con gran irreverencia su aventura.

¡Y cuántos absurdos más irreverentes todavía no se dijeron tambien á propósito de Aurora del Espino!

El lector, por lo que hemos apuntado, juzgará lo cierto.

IX.

LA CONCIENCIA DEL JUEZ.

Con motivo de los muchos pleitos que en sus últimos días asediaron al conde de Negroponte, había conocido éste á un Sr. Turbosa, magistrado de aspecto respetable, de carácter algun tanto singular, en el que parecia confundirse la bondad con la rudeza; pero que disfrutaba de la opinion, no muy comun, de recta aunque severa integridad.

Era un personaje cuya edad no pasaba de treinta y cinco años, y sin embargo aparentaba haber ya cumplido los cuarenta.

En ese sistema español de trasiego de empleados había recorrido casi todos los juzgados de la Península, y en ninguna parte se le había conocido amorio alguno, ni reservado ni ostentoso, permaneciendo célibe y decorosamente alejado del trato femenino.

No estaba dotado de superior inteligencia, si bien no ocultaba, como tantos otros, la más profunda nulidad bajo la más grave prosopopeya, y podia pasar por un personaje sério sin petulante afectacion.

Era asiduo á sus ocupaciones judiciales, tanto cuanto la costumbre ha concedido en todo tiempo al funcionario español el prestar atencion á su cargo: esto es, lo estrictamente necesario para que un expediente ó negocio se termine al ménos durante la generacion del que lo inició.

Nunca había padecido privaciones; el producto de una casita en Madrid y sus sueldos habían bastado para resguardarle ó de la escasez ó de la tentacion, triste patrimonio hoy dia de una inmensa parte de la sociedad española.

¿Pues cómo, disfrutando de comodidad, no dando tormento al espíritu ni al cuerpo, caminaba el Sr. de Turbosa

á una vejez prematura? ¿Qué es lo que anticipaba en él las arrugas del rostro, lo macilento de las carnes, los signos de la decrepitud?...

¡Ay! La misma causa que devora á tantas otras naturalezas masculinas, esa causa fisiológica que hemos apuntado respecto al otro sexo en Felisa de Negroponte y Aurora del Espino.

El magistrado Turbosa, severo con los demás, era indulgente consigo mismo en el orden sensitivo. Desde muy niño mereció de algunos compañeros de colegio el apodo del joven sensualista.

Después de la muerte del conde de Negroponte comenzó á frecuentar la casa con mayor asiduidad, y sus visitas fueron tanto mejor recibidas, cuanto que, enterado de los negocios del difunto, los consejos que se le pedían eran muy útiles, no ya para salvar nada de la ruina, sino para evitar las oleadas del naufragio.

Y en efecto, cediendo y renunciando derechos, fué como la condesa viuda vióse por fin libre de mal aconsejados acreedores.

Mas como en todas esas transacciones era Felisa quien entendía, y no su madre, cuya educacion, cuyas ideas, cuyo temperamento, cuyas vicisitudes la hacían completamente incapaz de todo otro asunto que no fuese las exterioridades del vivir, de ahí que se hubiese establecido cierta franca intimidad entre la joven y el togado.

Felisa era quizá la primera mujer que había hecho latir algún tanto el corazón de Turbosa, inclinándole á ser más expansivo con el otro sexo.

Momentos hubo en que esta expansion tomó todos los caracteres de una de esas confesiones que los hombres rara vez hacen en serio, porque rara vez encuentran mujeres que las acojan en serio.

Una circunstancia fortuita trajo esa confesion.

Era una de esas noches de fines de octubre en que aún no es costumbre encender chimenea ni brasero, pero en

que las prematuras brisas desapacibles del invierno hacen sin embargo desear el fuego.

En el gabinete de la viuda de Negroponte se hallan:
La madre dormitando en un rincón;

La hija al lado del velador, entretenida en una de esas labores de punto de aguja que duran años en las familias, y que consisten en unos rosetones calados que luégo se reunen para formar una muy historiada colcha de blanquísimo algodón (después de lavado el polvo de los años);

Su amiga Aurora, contando los rosetones que van hechos, pero con cierta maligna sonrisa;

Y, por último, el magistrado Turbosa, que parece distraído paseando fugitivas miradas por el cuadro que presentan aquellas tres mujeres de tipos tan diferentes.

Hay en todos estos personajes algo que parece darles ese aire difícil y encogido que paraliza la conversacion y entumece el espíritu.

Y ese algo, ya lo hemos dicho, es frío; es esa impresion desagradable que sorprende al cuerpo cuando cesan los días claros del otoño.

—¡Si se encendiera la chimenea!—exclamó de repente Aurora del Espino.

—¡Excelente idea!—respondió Turbosa.

—¿Cómo no has hecho traer leña?—dijo á su hija en tono entre soñoliento y de reproche la condesa.

—Pero realmente, ¿creen ustedes que hace tanto frío?—expresó á su vez Felisa; pero con cierta melancólica inflexion, que más bien afirmaba que negaba.

Pronto comprendió Aurora que no habia leña porque no habia con qué tenerla; y como si no hubiese oido la observacion de Felisa, prorumpió:

—¿Y á quién le ocurre en Madrid encender chimenea en octubre? ¡Sólo á mí, que soy una friolera!... Hoy mismo he hecho mi provision de combustible, y si ustedes me permiten satisfacer mi capricho, voy á mandar traer unas cuantas astillas de encina.

Y sin esperar respuesta salió á la antesala y dió órdenes á su lacayito de zaguan.

Veinte minutos despues ardía un fuego chispeante en la chimenea, y sentados todos formando semicírculo, mostraban otra actitud, otra animacion muy distinta de la que tenían al principio.

—Decía usted, Sr. de Turbosa,—dijo Felisa,—que esas llamitas azules que se desprenden como ánimas en pena por entre el humo de la leña, predisponen el espíritu á la meditacion filosófica...

—Y al amor tambien,—añadió interrumpiendo Aurora.—¿No es así, Sr. de Turbosa?

—Es decir... los sentimientos tiernos,—respondió á modo de negativa el magistrado.

—¡Ah! Yo no comprendia ningun sentimiento tierno sin llevar por base el amor,—replicó Aurora;—la ternura, si es de cariño, ¿cómo es compatible sin amor, señor mio?

—Escúchenme ustedes benévolas..., y explicaré mi teoría,—dijo Turbosa.

—Escuchamos,—prorumpieron á la vez las dos amigas.

La condesa de Negroponte habia vuelto á caer en su habitual somnolencia al dulce calor de la chimenea.

El magistrado prosiguió:

—Ustedes saben muy bien, señoritas, que en filosofía se siguen dos sistemas en materia de reproduccion, el de la unidad y el de la dualidad. Los que profesan la unidad creen en las generaciones espontáneas de los seres, esto es, prescinden del amor. Los que admiten el segundo sistema, no comprenden que pueda haber reproduccion sin la concurrencia de dos individualidades separadas que se aman, que se buscan, que se unen, que crean otra individualidad semejante á la suya.

—¡Ah! Ya empiezo á comprender,—prorumpió Aurora.—Usted es partidario de la unidad; sólo siente para sí, para sí solo, no para otro. Por consiguiente, á nadie tiene amor... Es el sistema del egoismo... ¿no es así?

Y diciendo esto fijó su mirada en el rostro de Turbosa.

Pero el magistrado, como todos aquellos que practican ese sistema de sensualidad personal, no pudo soportar la mirada de Aurora, bajando rápidamente sus ojos al suelo.

Hay ciertos síntomas exteriores que, por imperceptibles que sean, revelan todo un mundo de sensaciones íntimas y que no se escapan al fisiologista observador.

Si Aurora hubiese poseído esta ciencia, habría notado que, al propio tiempo que Turbosa no sostenía su mirada, aparecían en sus mejillas dos chapetas rojas bien marcadas, y que su frente se bañaba de un ligero sudor, provocante en seguida de esa tosecilla seca y ronca que se atraviesa en la garganta y paraliza la voz.

Después de una pausa, en cierto modo angustiosa, dijo el magistrado:

—No sé ciertamente cuál de los dos sistemas es más aceptable; pero sí puedo asegurar que, si uno y otro se analizaran escrupulosamente, quizá el de la dualidad sería más egoísta que su contrario.

—¿En qué manera?—preguntó Aurora.

—En la manera que el sistema de la unidad á nadie pide, prestado, y sus goces y sensaciones no son á costa de otro alguno; al paso que el sistema de la dualidad, el sistema que pone en comunicación dos sensaciones, el sistema que pretende hallar el amor en todo, no tiene en cuenta que ese amor, no siendo por amor de otro, no es amor, es egoísmo tan sólo.

—Muy metafísica me parece esa explicación,—observó Felisa.

—¡Oh! A mí me parece más hábil que metafísica,—añadió Aurora,—porque, si mal no percibo, el Sr. de Turbosa quiere dar á entender que en realidad no hay amor, y que todo llamado amor, siéndolo únicamente de sí mismo, es propiamente egoísmo.

—Justamente, señorita,—repuso el magistrado;—y aunque no crea infalible esta opinión, ni me atreva á afirmar

que la profesaré siempre, hasta ahora al ménos ha sido mi norte y mi guía.

Y mientras esto decia, sus ojos se dirigieron casi maquinalmente hácia Felisa, quien, con los suyos, pareció mostrarse sensible á aquella mirada, cual si ella fuera en cierto modo causa del cambio de opinion que anunciaba el juez.

Aurora no dejó de sorprender ese juego de ojos, y dijo con cierto aire risueño:

—De modo, Sr. Turbosa, que ya en adelante no buscará usted sus inspiraciones tiernas en las llamitas azules de la chimenea, sino que otras figuras más corporales despertarán sus sensaciones... amorosas ó egoistas... que todo es uno, ¿no es cierto?

Todo esto, dicho con esa volubilidad femenina que tanto desconcierta á muchos hombres, aun los más fátuos, desconcertó á Turbosa, si bien la costumbre de gravedad que da el ejercer las funciones judiciales le permitió disimular con la seriedad del rostro la alteracion del ánimo.

—Pues por mi parte creo,—dijo Felisa,—que cuando el Sr. Turbosa ha sido partidario tan constante del sistema que no sé si llamar espiritual, difícilmente ha de renunciar á él.

—¡Espiritual... já, já!—prorumpió riendo Aurora.—Trabajo le habia de costar á este señor el probar esa espiritualidad.

Aunque estas palabras fueron acompañadas de risa jovial, no podian retraer al magistrado de mostrarse expansivo, pues eran ciertamente de duda sólo amable y no desdenosa. Así que, el juez se sintió animado á exclamar ingenuamente:

—¡Oh! ¡Es un placer tan grande el de la contemplacion solitaria! ¡El más insignificante objeto produce en la soledad goces tan purísimos!...

Y como si esta exclamacion respondiese á un pensamiento comun en ámbas jóvenes, las dos á la vez alargaron melindrosamente sus cuellos para escuchar mejor á Turbosa.

Esta actitud benévola y graciosa alentó doblemente al magistrado, que prosiguió diciendo:

—Es imposible todo sentimiento tierno en medio del ruido y la multitud. Únicamente las naturalezas brutales pueden hallar placer en las grandes reuniones, en los bailes y conciertos, en las sociedades y espectáculos...

—Gracias por el cumplido, señor mío,—interrumpió vivamente Aurora.

—¡Oh, señorita!—repuso el magistrado.—No pretendo hacer alusion alguna. Sólo quiero decir que la ternura sentimental es incompatible con las fiestas ruidosas. A usted invoco como juez. ¿Ha hallado jamás sensacion dulce y placida en los saraos tan brillantes que da su mamá?

Aurora del Espino no dió respuesta. Se encogió de hombros, y con cierta monada de cabeza invitó á Turbosa á continuar.

El magistrado quedó al parecer satisfecho con el melindre mudo de Aurora; pues dijo así:

—Creo que ha comprendido usted mi pensamiento, Aurorita, y por lo mismo puedo decir sin empacho alguno que los instantes más deliciosos de mi vida los debo á la soledad.

—¡Ah!—prorumpieron á un tiempo las dos amigas con cierto indefinible acento, que hizo vibrar el corazon de Turbosa.

En efecto, habia en esa exclamacion un retintin misterioso, un eco sensitivo que le manifestaba al juez haber sido en verdad comprendido y repercutido su pensamiento. De modo que, con esta aquiescencia intuitiva, siguió así espontaneándose:

—Son ustedes las mujeres imágen de la divinidad en la tierra; son ustedes el tipo de la creacion más bella; pero desgraciadamente...

—Hace usted bien de apresurarse á poner la excepcion,—dijo Felisa,—para ahorrarnos el agradecerle harto presto su primera lisonja.

—Pues mi excepcion es todavía más lisonjera, hija mia,—replicó Turbosa.

—Veamos, veamos,—interpuso Aurora,—pues ya me iba arrepintiendo de hallarme algun tanto acorde con el señor togado.

Y éste continuó:

—Desgraciadamente, digo, el contacto de la mujer con las otras criaturas de la tierra le ha hecho perder sus condiciones exteriores; pero es siempre, en su esencia, la imágen pura, divina; es la sílfide del aire, es la nereida de las aguas; es esa vaga sombra de los sueños, es ese espíritu vaporoso, ondulante, que se mece en el espacio, y que en las horas de soledad nace sin forma y se esparce, se concreta luego y se fija, llega hasta nosotros, pobres hombres carnales, nos palpa con su ambiente húmedo, nos sacude con su rumor chispeante, nos envuelve en rocío de plata, todo nuestro sér inundando...

Y mientras así se expresaba Turbosa con la voz anhelante y los ojos fosforescentes, se iba levantando de su asiento y extendiendo sus manos hacia las dos jóvenes en actitud magnetizante...

Y las dos jóvenes se fueron levantando tambien, como impulsadas por un fluido extraño que así las electrizará...

Y una vez en pié nuestros tres personajes, cual si faltara súbitamente el resorte que los habia impulsado, volvieron á caer como anonadados en sus asientos.

Siguió una pausa, durante la cual todos los alientos parecían suspendidos. Sólo un levisimo ronquido de la condesa de Negroponte, que continuaba dormitando, interrumpia aquel silencio, encubridor de sensaciones aisladas, á pesar de estar allí en presencia tres individualidades distintas.

Y despues, como haciendo un esfuerzo supremo, como agitado por las convulsiones de un orgasmo interior, Turbosa exclamó:

—¡Ay, hijas mias! Tal es la mujer intuitiva, la divinidad de los ensueños. Ella es nuestra inspiracion en nues-

tras soledades, ella dirige nuestras acciones, ella dispone de nuestra conciencia. Lo mismo el monge en su celda que el cenobita en su gruta; lo mismo el prisionero en su cárcel que el loco en su jaula; lo mismo el militar en su campamento que el magistrado en su despacho; lo mismo el hombre público en su bufete que el amanuense en su mesa; lo mismo el catedrático en su estudio que el colegial en su banco; lo mismo el artista en su taller que el obrero en su máquina; lo mismo el marinero en su barco que el pastor en su monte; lo mismo el poderoso en su gabinete que el mendigo en su agujero,... todos, todos, hijas mías, rinden culto solitario á la ninfa de los sueños.

Las dos jóvenes habian doblado la cabeza sobre el seno, y escuchaban á Turbosa sin mirarle y como subyugadas por aquella voz que iba perdiendo gradualmente su timbre y produciendo sonidos ménos vigorosos.

Y en un nuevo esfuerzo, el togado añadió:

—En medio de la quietud de la noche, sentado á mi bufete, recorriendo las interminables páginas de un proceso, he evocado á la virgen de los espacios,... y yo la he visto cual mi fantasía la queria,... y ella ha tomado mi mano... y ha turbado mi sér... Y, perdida mi razon, he oido una carcajada del mundo invisible.

El magistrado se interrumpió breves momentos. Parecia faltarle el aliento, y que su lengua se le anudaba en la garganta; pero haciendo el pòstrer esfuerzo, exclamó:

—¡Aquella carcajada era mi conciencia de juez!... Así he firmado... todas mis sentencias de muerte.

Turbosa dió un ronco quejido; inclinó la cabeza, y dejó caer los brazos extendidos y rígidos los dedos.

Las dos amigas contemplaron aterradas aquel singular espasmo, pero con manifestaciones diversas. Felisa experimentó cierta especie de temblor nervioso; Aurora prorumpió en una sonrisa histérica.

A este tiempo entraron Salces y Novoa.

¡Qué escena para un médico fisiologista!

Nadie contestó al saludo de los dos visitantes.

Salces se acercó á Turbosa, y al ver lo encendido de su rostro y el sudor que le bañaba, al sentir su respiracion precipitada, adivinó cuál pudiera ser la causa; tanto más por los efectos que observaba en ámbas amigas, efectos parecidos á los que comunica la epilepsia y el histérico por la fuerza de imitacion.

Tomóle el pulso, y hallándole desarrollado en demasia, duro y muy frecuente, gruesas las venas, un calor febril y cierta turgescencia general perfectamente visible sin prolijo exámen, acabó de confirmarse en su sospecha.

Y para que nada faltase á la evidencia, se presentó por último el síntoma característico: el de la mirada.

—Vamos, Sr. de Turbosa,—le dijo;—eso no es nada; un vahido,... ya pasó. Está aquí la atmósfera muy cargada.

Y diciendo esto fijó sus ojos en los ojos del togado.

Mas el togado torció inmediatamente la vista, y sus párpados se inclinaron al suelo; y al volverlos á levantar, fué de esa manera vaga y recelosa, cual la del reo que siente su degradacion y su vergüenza.

Poco á poco fuése restableciendo la calma en aquellas tres individualidades afectadas, y la conversacion tomó un giro muy diverso del que tuviera ántes.

Pero ¡con qué suspensiones, con qué distracciones, con qué disimulados bostezos!

La transicion, en efecto, no podia ménos de ser dificultosa.

En un paréntesis, y mientras Salces y Novoa, con pretexto del calor de la chimenea, daban un paseo por la sala, el curioso habria podido coger al vuelo tres frases del médico, que aludian á Turbosa, y suministraban ancho campo de investigacion fisiológica:

—Abuso de sí mismo... Emision involuntaria... Pérdida espontánea del aura vital.

X.

VICISITUDES DEL SENTIMIENTO.

(Manuscrito de Felisa.)

Desde muy niña conocia yo una anécdota que me habia impresionado en gran manera. Habia leído ú oído referir que un inglés, acometido de esplin, trató de suicidarse, y que al ir á llevar á cabo su intento le detuvo la mano de un buen amigo.

Pero quien así estorbó aquel acto, viéndose maldecido por el desesperado, añadió á su obra un consejo: díjole que viajase durante tres años, visitando países extranjeros, climas diferentes, hombres de otras razas, y fuese escribiendo al propio tiempo todas sus impresiones diarias.

Si al término de los tres años, despues de haber puesto en órden todas aquellas relaciones escritas, despues de haberlas meditado y corregido, encontrase que el estudio de la naturaleza y del individuo no habia trocado su propósito, entónces podria sin remordimiento aplicar á su sien la pistola que le habia quitado de la mano, y dar fin á su enojosa existencia.

Viajó el inglés por el mundo, recorriendo todas las capitales y sitios más notables de ámbos hemisferios, con esa impasibilidad de carácter y lucidez de raciocinio que tiene quien no ha menester de los hombres, ni le seducen su trato ni sus costumbres.

Un año tardó luégo en coordinar todos sus apuntes, escritos de paso y al minuto de los sucesos. Reflexionó sobre ellos, evocó nuevos recuerdos, amplió sus pormenores.

Habian trascurrido, pues, cuatro años desde que trató de suicidarse.

Esos viajes y esos estudios, ¿cambiaron su intento?

No.—El inglés, más que nunca poseído del esplin, más

que nunca disgustado de la vida, no halló consuelo en el espectáculo de las miserias de los que ansiaban vivir, y él puso satisfecho término forzado á su vivir.

Y yo, á fuerza de meditar sobre esta anécdota, llegué á mirar con tédio cuanto me rodeaba. Si no sentia precisamente el esplin, el aborrecimiento de la vida, al ménos me iba acostumbrando á la idea de que habia algo en mí impropio á la felicidad de la existencia.

¿Bajo qué punto de vista? No sabia apreciarlo entónces.

Mas ello es cierto que, no teniendo nociones ningunas de anatomía ni otra idea de la configuracion del cuerpo que aquella sucinta explicacion que oí al frenólogo Dr. Bucket, pero que tan grabada quedó en mi mente, ello es cierto que estaba yo dominada por la persuasion de que no podia unir mi sér á otro sér en matrimonio, porque algo habia en mí fuera del órden para vivir en dicha conyugal.

Y sin embargo, ni por lo más remoto me ocurría imaginar que mis hábitos y sensaciones personales pudiesen agravarme particularmente á los ojos de ningun hombre.

Pero ¡cosa singular!... Desde el momento que el Sr. de Turbosa empezó á usar conmigo un lenguaje afectuoso, que, sin ser precisamente galante, revelaba cierta cortesania delicada y preferente, comencé á notar yo en mí misma cierta confusion moral, que produjo sucesivamente síntomas físicos desconocidos hasta entónces.

Cuando al cabo de algunos años y de las vicisitudes que por mí han pasado, reflexiono sobre esta circunstancia, puedo afirmar que hubo en ello una mera coincidencia nada más; pero que la solicitud cariñosa del magistrado no fué el origen verdadero de esos síntomas. El origen estaba en aquellos mismos hábitos y sensaciones que yo creia no podían agravarme ante los ojos de los hombres.

Cabalmente, cuando fué menester toda mi decision para suscribir á las transacciones que requería el estado tristísimo en que habian quedado los negocios de mi padre, me acometió esa especie de confusion moral á que he aludido.

Y junto con ella, mi vista se sentia tan debilitada, que apenas podia resistir la refraccion brillante del sol, y durante la mayor parte del dia danzaban por mis ojos motas verdes y puntos negros de apariencia fantástica.

Oia rumores extraños, zumbidos que resonaban hasta lo más profundo del cerebro y me aturdian á veces horriblemente.

Todo ejercicio del cuerpo como del espíritu se me hacia violento, y era tal mi languidez y pereza, que á toda hora deseaba reclinarme en el sofá ó acostarme en el lecho.

Y con todo eso, yo no sentia enfermedad especial ninguna; pero todo me causaba desazon. Gritaba y daba voces sin motivo alguno; y esto, advirtiendo al propio tiempo que me era imposible contenerme.

El médico Salces, fuese por deliberado propósito, ó porque en realidad desdeñase mi malestar, se rió de mis *síntomas físicos*, como él los llamaba, y me recetó buenamente agua de canela y baños frios de asiento.

Profesaba una doctrina que yo no acertaba á comprender, pero que me parecia muy singular en un médico. Según él, debia proscribirse la venta de medicamentos, y los facultativos eran los que únicamente debian suministrar, *bajo su responsabilidad*, la media docena de drogas de que en rigor puede componerse toda farmacopea racional.

En su excepticismo, daba importancia muy secundaria á toda esa série interminable de sales, alcaloides, gomas, bálsamos, aceites y demás sustancias y composiciones farmacéuticas, como igualmente á toda esa profusion de medidas higiénicas de la medicina moderna, que nunca han sido causa principal ó absoluta ni de salud, ni de longevidad, ni de curacion.

El gran remedio de Salces era la energía de voluntad. Quien sepa ejercer imperio sobre sí mismo, sabrá prevenir los ataques y curar los males.

Yo no comprendia muy bien eso de sobreponer mi voluntad al dolor, y queriendo enérgicamente no sufrir, ce-

sar de sufrir. Pero alguna influencia debió ejercer en mi esta doctrina, pues habiéndome asaltado una sospecha vaga de que quizá mis hábitos solitarios pudieran ser causa de mis síntomas físicos, resolví acudir á ese imperio de la voluntad tan recomendado por Salces.

Confieso que después de seis años de indulgencia personal, fué gran trabajo vencerme á mi misma. Pero vencíme; y en efecto, mi espíritu se serenó, y mi cuerpo perdió su indolencia y esa propension fatal á la molicie y al sueño.

Un año pasé así, entregada al afecto sentimental que me inspiraba Turbosa, afecto sin embargo que yo no me atrevía á calificar de amor, bien que sólo él me le hiciese experimentar.

Yo meditaba conmigo misma, y me decia: Hé aquí un hombre que casi me dobla la edad, y con todo, sus discursos sobre el amor, sobre las inclinaciones del corazón, sobre los atractivos de la pasión, no provocan en mí la repulsion nauseabunda de esas frases galantes con que tantos mozalvetes me abrumen.

Debato con él tranquila y serena sobre puntos escabrosos del sentimiento; y precisamente durante el tiempo que vienen sucediéndose estas conversaciones, mi voluntad ha encontrado fuerza en sí misma para haber alejado toda propension sensual.

¿Será este quizá el amor verdadero, el amor del espíritu, el amor que todo lo purifica?...

Yo no sabía sacar partido de estas reflexiones, y sólo me limitaba á huir de toda coquetería, de toda afectacion en mis relaciones con el magistrado.

Por mucho que se hubiese calmado por espacio de un año la idea fija en mi pensamiento,—de haber algo en mí irregular para los fines del matrimonio,—yo no aspiraba, sin embargo, ni facilitaba ocasiones de que Turbosa pudiera ofrecirme su mano.

Y con todo, ¡me sonreía tanto la idea de ser amada!

Era ciertamente un combate original entre dos ideas... una me reprochaba mi incapacidad para amar, y otra me lisonjeaba de ser amada.

Durante este año fué cuando con más ardor me dedique á la literatura, y cuando más que nunca fui compañera inseparable de las diversiones de Aurora del Espino.

Pero un suceso repentino, aunque previsto, iba muy pronto á variar las condiciones de mi existencia. Y ántes de este suceso le sirvió como de preludio una circunstancia peregrina en la historia de mi sensualidad.

Cierta noche desapacible del mes de octubre, con motivo de haberse encendido el primer fuego de chimenea del invierno, suscitóse una conversacion muy extraña con Turbosa, tomando en ella parte mi amiga Aurora.

Llámla con razon extraña, porque el asunto, si bien podia no ser incomprensible absolutamente para mí, nunca... nunca por nadie en mi presencia se habia aludido á él de aquella manera.

Y sin embargo, fuese la situacion del espíritu de Turbosa en aquel momento, fuese que nos hallase propicias á sus oyentes á escucharle, se animó de tal modo en su relato, sobrecogióse talmente su sér, que cayó en una especie de síncope cuando llegó á expresar el delirio que precedia siempre en su conciencia de juez al firmar las sentencias de muerte.

No sé si Aurora y yo no habríamos caído en síncope tambien, convulsas de verle de aquella suerte, á no haber entrado de visita, cual nunca oportuna, Salces y Novoa.

Pero ¡qué caprichosos son los laberintos del sentimiento! ¡Por cuáles rodeos, á veces tan extravagantes, camina una idea de la abstraccion incorpórea á la sensacion carnal!

Un año hacía que mi sensualidad dormía; mas apénas se fueron todos los visitantes, apénas me retiré á la soledad de mi estancia, caí con nuevo furor en aquella horrible pesadilla que siete años ántes embargó mis sentidos la noche de la sesion del frenólogo inglés.

Decididamente, yo no debía llegar á ser la esposa de ningun hombre.

Volví á mis antiguos hábitos, estimulada doblemente por la inactividad de mi espíritu, no pudiendo dedicarme más á mis trabajos literarios, ocupada como estaba incesantemente con la dolencia de mamá.

La buena señora se habia ido consumiendo lentamente desde que quedó viuda, y la indigencia, que cada vez fué en mayor aumento en nuestro interior doméstico, agravó más y más su padecer.

Acercóse por fin el término fatal; pero ¡ay! ¡qué cuatro meses de agonía!

No eran los síntomas físicos los que hacian precisamente doloroso el mal, sino los afectos morales los que punzaban cruelmente aquella vida que se iba extinguiendo.

Tenia mamá la conciencia del mal que la devoraba, y se habria consolado del fin que veia venir, si al ménos hubiera podido recibir á sus amigos rodeada de los esplendores del lujo.

Pero ¡morir en las estrecheces de la vulgar medianía! Esta idea trastornaba el espíritu infatuado de la condesa de Negroponte.

Aun cuando el bueno de Novoa habia puesto en juego todas sus sutilezas para interesar la caridad de los antiguos amigos que hacia años habian abandonado nuestro trato; aun cuando muchas veces llovian dones inesperados que la generosidad caballeresca de Aurora hacia llegar de una manera ingeniosa y delicada,... nada bastaba para ocurrir á los gastos de la enfermedad, y, preciso es confesarlo, á los antojos de la enferma.

Habria sido curioso coordinar un estado por partida doble, ó formar un cuadro que especificase la conversion de unos objetos en otros dentro de casa.

Por ejemplo: llevóse cierto dia al Monte de Piedad la caja de oro de un antiguo reloj inglés de bolsillo. Dieron por ella 200 reales.

El mismo día, antojósele á mamá que, comiendo en compañía, se le abría el apetito. Hízose venir de la fonda de Lhardy servicio de seis cubiertos para los amigos habituales de la casa, Aurora, Turbosa, Salces y Novoa. A razón de 30 reales cubierto y un duro de propina á los mozos, los 200 reales del Monte desaparecieron.

Otro ejemplo: dió un prendero 18 reales por el empeño de un abanico de China. El propio día, en una perdiz escabechada, una ración de merluza frita, una jaletina de rosa y una copa de Jerez, se gastaron 20 reales.

Sin embargo, mamá no probó la perdiz, apenas comió una hebra de merluza, tomó una cucharada de jaletina y bebió un sorbito de Jerez.

De esta suerte, en pichones y cangrejos, en merluza y lenguados, en jaletinas y cremas, en quesitos helados y copas, que ni se comieron, se tomaron ni bebieron, saboreándolos únicamente con la vista, fueron convirtiéndose, por medio de la casa de empeños, todos los restos de menaje y ropas que aún quedaban en nuestro domicilio.

Fuese la índole del mal, ó fuese más bien el mismo carácter moral de mamá, agravado por la dolencia, ella no echaba de ver que cada antojo suyo costaba un sacrificio, producía la desaparición de un objeto, y que la desnudez más completa iba reinando en su derredor.

Si en un principio pudo ocultársele que habían desaparecido todos los muebles y adornos de la sala, no así cuando fué menester echar mano también de los del gabinete en que pasaba su existencia.

Y cuando lo notó, sólo halló palabras de reproche que dirigir; tanto á mí como al doméstico señor Próspero, como á mi buena aya, y hasta al complaciente amigo Novoa.

La condesa de Negroponte, en sus últimos días, había perdido de tal modo las nociones de la vida real, de la condición social de la existencia, que no comprendía cuánto más iguala la miseria que la muerte la posición del noble con la del plebeyo.

Cuando su espíritu llegó á este supremo estado de aberracion, fácil fué pronosticar que el término físico era inevitable.

Además, la tosecilla seca del principio fué aumentando en intensidad, tan frecuente y dolorosa que perturbaba su sueño. Los esputos eran viscosos y fétidos. En cuanto comia algun bocado, se le agravaba la calentura diaria sin más alivio que á la madrugada.

Eran todos los síntomas de la fiebre hética.

Un día entró Aurora del Espino, y quedóse atónita del cambio operado durante ocho dias que ella no habia visto á mamá.

Este cambio coincidió con la desaparicion de la péndola que estaba sobre la chimenea. Desde entónces sus quejidos se convirtieron en sombrío silencio y su respiracion se hizo más penosa. Llevaba las manos de continuo al pecho para amortiguar los dolores que allí sentia.

Hundiéronse sus ojos, resaltaron más y más los pomos de sus mejillas, y la demacracion se hizo general. Al mismo tiempo sólo conciliaba el sueño despues de un copioso sudor nocturno.

Aurora me hizo notar un síntoma que luégo supe era gravísimo. Se le habian redondeado deformemente las uñas.

Al oir la observacion de mi amiga, el médico Salces se sonrió tristemente.

Pero sobrevino otro síntoma que no era físico, y por lo tanto mucho más grave todavía.

La condesa perdió la memoria; todas las afecciones carinosas huyeron de ella. Las esperanzas de vida, que hasta en los momentos más agudos del mal no la habian abandonado, cesaron de repente.

El suceso que todos habíamos previsto llegó por fin. Cuando sonó la hora de perder su esperanza, sonó igualmente la hora postrera.

Mi madre dejó de existir, y yo quedé huérfana en el mundo, heredando el título irrisorio de condesita de Negroponte.

XI.

POZUELO.

Recordará el lector que el viejo conde de Negroponte, abuelo de Felisa, despues de casar á su primera hija, dejó encomendadas á su yerno otras cuatro hijas casaderas.

Pero por muchos esfuerzos que hizo el padre de Felisa en hallar colocacion para sus cuñadas, como en esos esfuerzos no iba incluido un dote siquiera regular, las cuatro hermanas quedaron, cual suele decir el vulgo, para vestir imágenes.

Miéntas duró el auge del conde bolsista, las cuatro solteronas participaron de sus profusiones y galas, con gran contentamiento de su indolente hermana la condesa, que se daba los aires de protectora noble y rumbosa de la familia.

Si hubiéramos de creer las hablillas que por aquel entonces circularon en ciertos salones aristocráticos, dos de las cuatro hermanas encontraron en conexiones sociales espon-táneas, y no siempre duraderas, lo que da la union formal é indisoluble del matrimonio sacramental.

En apoyo de estos rumores se citaban algunas ausencias periódicas de España, que no siempre coincidían con la época de baños, ausencias sin embargo de salud para moderar cierta fatal propension á una voluminosa gordura.

Las otras dos hermanas, aún cuando amigas de saraos y diversiones, tenían tiempo para la devocion, y lo mismo podían dar cuenta de la bella voz y figura del tenor italiano en boga, como de la pulcritud y persuasiva del predicador de moda. Miéntas fueron jóvenes eran elegantes devotas; cuando las sorprendió la edad eran devotas elegantes.

Pero una vez consideradas ya principalmente devotas, y sorprendidas no tan sólo por los años como por la ruina de su cuñado, fuéles preciso cercenar lo elegante; y á este propósito, abandonando el contacto diario de la corte, fueron á establecerse en el pueblo inmediato de Pozuelo de Aravaca.

Muchas familias de Madrid daban la preferencia entonces á Pozuelo sobre las demás aldeas circunvecinas para pasar la temporada de verano, ó por mejor decir, para dormir la continuada siesta de verano, única cosa que en las tales aldeas, mal que les pese el nombre, se acostumbra hacer.

El último conde habia alcanzado para estas sus dos cuñadas una corta pension, por méritos de algun Negroponte de la antigüedad, que el agradecido presupuesto español siempre sabe recompensar cuando el expediente de solicitud se reviste de esa graciosa forma del favoritismo, palanca necesaria de todos los negocios administrativos en esta singular nacion.

Con el producto de esa pension, y con una bien ordenada série de empeños en el Monte de Piedad, iban pasando las dos devotas, muy bien quistas y consideradas de otras familias asimismo establecidas en Pozuelo, las que, atendiendo únicamente á la superficie, no advertian que la más estricta parsimonia en el interior suplía á cierta comodidad y lujo aparente.

¿Qué habrían dicho esas familias, acostumbradas á venerar sólo las exterioridades, si hubiesen sabido con qué método nuestras dos devotas llevaban al Monte y sacaban, volvian á empeñar y volvian á libertar várias prendas, tales como cubiertos de plata, pañuelos de crespon, cachemires, manteletas de terciopelo, abanicos de filigrana, rosarios con engarce de oro,... prendas que hacian su oficio de ostentacion en dias señalados para las visitas y ciertas reuniones, y luégo regresaban por el resto del año á los sombríos armarios del Monte de Piedad?

¡Son tan múltiples las formas de que se reviste la necia vanidad para darse preponderancia entre sus semejantes!

Al domicilio de esas dos ramas caídas del vástago de Negroponte fué á acogerse en Pozuelo Felisa, después del fallecimiento de su madre la condesa.

¿Podían simpatizar las tías y la sobrina?—Imposible.

Mientras había reinado la abundancia en casa del conde bolsista, todo había sido halagos y mimos para la heredera. Pero en casa de las dos devotas sólo halló despego la condesita arruinada.

Sin embargo, ese despego no pasaba de los límites de ciertas conveniencias melindrosas, que se traducían por desahogos al parecer cariñosos como remedios sentimentales aplicados á heridas de aspereza.

Cuando el amor propio ó la dignidad de la condesita podía sufrir por alguna palabra enojosa, por algún acto de inatención ó desaliño doméstico, pronto cualquiera de sus tías sabía encontrar acomodada disculpa de pretendido afecto.

¡Hallan siempre las viejas devotas frases de miel para endulzar punzantes intenciones, y todo ello con una mónica, con una simplicidad evangélica!...

Eran las dos hermanas aficionadas al pecado de la gula, y conocido este flaco por el magistrado-Turbosa, supo aprovecharse de él.

La condesa viuda de Negroponte había nombrado albañeas á Turbosa y á Novoa, y con este motivo hubieron de seguir las relaciones de negocios entre el magistrado y Felisa.

Generalmente, todos los domingos iba Turbosa á comer con la condesita y sus tías; pero siempre se hacía preceder de algún bocado regalado y abundante, que las dos gulosas, aún cuando mostraban maldecirle por la incumbencia del guisado, le acogían no obstante con inequívoco agrado.

Además, como la señora del Espino poseía una bonita quinta de recreo en las cercanías de Pozuelo, sus hijas iban también muchos días á comer allí; y Aurora tenía muy buen

cuidado de enviar á su amiga Felisa un plato de su mesa, ostentoso en la forma y en la calidad, pues solia consistir en un grueso capon ó pava asada, ó en un gran salmon ó trozo enorme de merluza cocida, ó un cabrito sabrosamente aderezado, ó una pierna de carnero cebon bien asada y lujosamente presentada, ó un pastelón de conejo, de anguila ó menudillos.

Como todos estos obsequios se dirigian á la condesita, quien apénas los tocaba, cediéndolos gustosa á la voracidad de sus tías, claro es que éstas eran lo suficientemente cautas para no echar en cara á boca llena á su sobrina el que fuese una carga para ellas.

Pero de todos modos, habia demasiado egoísmo, demasiado apego á ciertas ritualidades domésticas, demasiada nimiedad de carácter en las dos tías, para que la más mínima circunstancia no diese ocasion á altercados y tempestades con la sobrina, franca, independiente y no siempre observante entusiasta de si la hora de las comidas era esta ó la otra, si los dias de barrido ó lavado eran estos ó aquellos, si la puerta de la calle, una vez atrancada por la noche, no podia abrirse ya hasta la madrugada...

La condesita decia que sus tías vivian con el almanaque y ella con su carácter.

Existia, pues, entre ellas antipatía de edad, de inclinaciones y hasta de temperamento.

Esta atmósfera doméstica fué agriando paulatinamente el humor de Felisa. Todas las susceptibilidades de su mente se fueron agravando y la alegría huyó de su seno.

Habia vuelto á sus libros y á sus escrituras; pero, cuando se halla mal predispuesto el espíritu, el trabajo mental más bien daña que cura, más bien desconsuela que fortifica.

Así que el estudio sólo servia para acrecentar sus desazones físicas, y durante el buen tiempo buscaba ella alivio en los paseos matutinos á la Escorzonera y Somosaguas.

Pero, ¡son tan poco amenos los paseos en los áridos alrededores de Pozuelo!

Algunas veces la acompañaban en ellos ó su amiga Aurora ó el magistrado Turbosa, ó el complaciente Novoa; mas, por una ú otra razón, en el fondo de sus conversaciones con sus acompañantes siempre faltaba ese último punto de intimidad expansiva á que no se llega sino por circunstancias imprevistas y no solicitadas.

Estas circunstancias... claro es que, áun siendo posibles, sólo podrian presentarse á Felisa ó en la amistad generosa de Aurora, ó en el afecto enamorado de Turbosa. Cuanto á Novoa, únicamente podia inspirarle agradecimiento.

Cierta mañana, en las cercanías algo más frondosas de Somosaguas, paseaban Felisa y Amalia (una de sus tias), Aurora y Turbosa.

La conversacion era insignificante, giraba sobre el eterno asunto de las incomodidades de la aldea.

—¡Já! ¡Já!—decia Aurora riendo,—son singulares los paletos de Pozuelo. Tienen un odio instintivo á todos los madrileños... aunque no á su dinero.

—¡A los madrileños de paso, ya lo creo!—observó melindrosamente la devota Amalia.

—De paso ó no de paso,—replicó desenfadadamente Aurora.—Es una raza perversa la de los campesinos que habitan todo el rádio de la corte. Madrid es un oasis de civilizacion en medio de un desierto de salvajismo.

—¿Y llama usted salvajes á los pobres habitantes de estos pueblos, Aurorita?—preguntó la devota.

—Salvajes y muy salvajes, con rudos instintos, con malas propensiones, con dañados intentos,—contestó ella vivamente.

—De todo hay, de todo hay,—apoyó el magistrado.

—Hipócritas sobremanera,—añadió Aurora,—que es el peor defecto que, á más de los suyos propios, pueden tener las gentes del campo.

—¿Qué le han hecho á usted hoy, que así los maltrata?—interrogó Amalia.

—Figúrense ustedes que tenemos un huésped enfermo

en casa,—dijo Aurora,—á quien los médicos han recomendado leche muy pura. Huyendo de Madrid, donde es tan difícil adquirirla sin mezcla, vino á este pueblo de sencillas costumbres, de patriarcales hábitos, de primitivas intenciones, de rectos procederés, de inocente trato...

—Basta, basta ya de ironía,—prorumpió entre risueña y desabrida la devota.

—Pues, señores,—prosiguió Aurora,—esta mañana en la plaza, la vendedora de leche, después de haberle llenado la jarra á nuestra criada, oyó que era para el huésped enfermo, y exclamó furiosa: «¡Ah, y si yo lo hubiera sabido! ¡Darle sin agua la leche á un figura tísico de Madrid!...» ¿Qué les parece á ustedes, señores? ¿No es esto una infamia?

—¡Já! ¡Já! Aurorita,—replicó Amalia.—¿Y de eso se espanta?... ¿De qué quiere usted que vivan estos pobres labriegos?...

El acento profundamente beato de la devota indignó á Aurora, quien no le volvió á dirigir más la palabra en todo el paseo.

Amalia lo entendió, y, habiendo encontrado á otros conocidos del pueblo, se quedó con ellos.

Desembarazados de la devota, la conversacion tomó otro giro más poético entre el magistrado y las dos jóvenes.

—¿Persiste usted en ideas matrimoniales?—preguntó Aurora á Turbosa.

Y éste respondió:

—¡Oh! Aurorita. Ya sabe usted que mi sistema no ha sido nunca el de la dualidad, y aun cuando yo haya modificado de opinion, no por eso ese sistema dejará de subsistir para mí con su inconveniente, á saber, que es menester la explosion simultánea y la amalgama espontánea de dos voluntades.

—Creo que ese inconveniente está ya vencido,—observó Aurora,—si es que Felisa opina como yo.

—No, no opino de igual manera,—contestó su amiga vivamente ruborizada.—Ya sabe Turbosa que conozco su

afecto y que no le desprecio; mas... aún deseándolo, no podría aceptarlo.

Siguió un rato silencioso, durante el cual todos tres continuaron su paseo absorbidos por sus propias meditaciones, y sin acertar á hablar.

De repente alzaron los ojos y vieron parado al borde del camino un personaje singular, caballero en un brioso corcel, que parecia contemplar con extraña curiosidad á las dos amigas.

Llevaban estas ese traje sencillo de campo, pero elegante sobremanera, que consiste en amplio vestido de batista blanco con gran sombrero pastoril de paja de Italia, un ligero pañolito de crespon encarnado al cuello, y largas cintas rosas ó azules á la cintura.

Las anchas alas del sombrero les ocultaban el rostro á la mirada del extranjero (que lo era en efecto); y éste, pertinaz en su curiosidad, se habia apostado al paso de manera á satisfacerla.

No bien el ginete pudo distinguir de lleno la expresiva fisonomía de Aurora, exclamó con viveza:

—¡Ah!

—¡Ah!—repitió Aurora igualmente.

Y el extranjero picó espuela á su bridon y desapareció.

Aún no habian salido de su asombro nuestros paseantes, cuando se les acercó una gitana con un niño al pecho, moza de unos veinticinco años, pero que parecia haber perdido ya la frescura de la juventud.

—¿Quieren sus mercedes les diga la buenaventura?—les preguntó.

—No, aparta,—respondió bruscamente el juez.

—Bien hace su merced en apartarme,—repuso la gitana,—pues no tendria ventura que anunciarle.

Felisa, despues de haberla estado mirando fijamente, le preguntó:

—Dime, gitana; ¿me has visto ántes de ahora en algun otro tiempo?

A su vez la decidora de ventura fijó sus inquisitivos ojos en la condesita.

—¡Ay,... y si la he visto á su merced!—exclamó.—Ocho años hace era su merced tan limpia como yo... cierta noche en la calle de los Negros... Desde entónces yo tomé *rom* (marido), y quité mi *dicló* (cendal de virginidad)... ¿Y su merced, señorita? Las hijas de los *busnés* no gastan *dicló*; pero su merced, señorita, dirían que le perdió...

Un vivo carmin coloreó las mejillas de Felisa, al que siguió súbita palidez. Habia reconocido en la gitana á la morenita que en casa de doña María Documentos habia sido incorruptible, como todas las mujeres de su raza con los que no son de la misma sangre.

Turbosa alzó el baston y quiso ahuyentar á la gitana, pero ésta, separando sus ojos de Felisa y encarándose con él, le apostrofó de esta manera:

—¡Já! ¡Já! Su merced adora en secreto una ilusion que le hará morir. Deje, deje en paz á la pobre *calorri*.

—Ahí va un duro, gitana,—dijo Aurora.—Si puedes anunciarme buenas nuevas, dímelas; si no, cállate.

—Su mano, bella señorita.

—Mi mano, buena gitana.

Y examinando ésta las líneas de la palma derecha de Aurora, prorumpió en son de profecía:

—Su merced ha coqueteado con el matrimonio; pero un hombre del Norte la hará su esposa...

—¡Já! ¡Já! ¿Del Norte me vendrá el marido?

—Ha venido ya, señorita, á hacer dueña á su merced de miles de siervos y de miles de tierras. ¡Ay! ¡Ay! No quiera su *men* saber otra cosa...

Y la gitana se alejó con la moneda, cobijando su hijuelo apretadamente contra su seno, y volviendo su radiante mirada hácia Aurora.

XII.

LAS CARRERAS DE CABALLOS.

Hay una festividad entre los ingleses, el *Derby*, ó sean las carreras de caballos, de que no puede formarse idea el morador del continente sin haberla presenciado ocularmente.

En la inmensa llanura de Epsom, á 16 millas de Lóndres, se congregan más de 500.000 espectadores alrededor de un vasto hipódromo, donde los primeros caballos del mundo se disputan el premio de la carrera.

Pero no es el premio el incentivo de los dueños de esos caballos; son las cuantiosas apuestas que se cruzan entre los aficionados ó especuladores, de que resulta fabulosa ganancia ó ruinoso pérdida.

En esa ocasion puede decirse que todo el que tiene una libra esterlina que jugar,—que juego es en rigor lo que allí pasa,—es admitido á las peripecias del *Derby*; y en semejante dia queda á un lado toda superioridad aristocrática, toda distincion de condiciones y clases... Pues conviene advertir que, salvo excepciones como esas, los miembros de la nobleza forman siempre cuerpo separado en Inglaterra.

Y si el lector no lo há á enojo, en gracia de venir á intento para nuestro relato, le observaremos que en aquel país no son los vetustos pergaminos ni una lejana alcurnia los que constituyen la clase privilegiada.

El talento, los altos servicios públicos, la riqueza bien empleada, abren la puerta del templo aristocrático; y una vez dentro del templo, no hay diferencia entre el noble que heredó su título y el que le adquirió por su mérito.

Y ámbos nobles á si se bastan, y para nada han menester de las demás clases.

Esa famosa aristocracia británica se parece algun tanto

á la aristocracia china. En el Celeste Imperio sólo es mandarín y puede gastar lujo el que ha obtenido cierto número de borlas ó grados como letrado.

En el continente europeo, y sobre todo en Francia, hay dos clases de nobleza: la heredada de antiguos tiempos, y la obtenida por el favoritismo, la venalidad ó la intriga.

Un plebeyo de la más baja especie, que se haya enriquecido vendiendo carbon ó comestibles, puede estar seguro de llegar á marqués cuando quisiere.

Por eso hay en París esa distincion entre el arrabal de Saint-Germain y el arrabal de la Chaussée d'Autin.

En el primero habita la aristocracia de sangre azul, la aristocracia de los pergaminos; en el segundo moran los nobles de ayer, los advenedizos de la oligarquía.

Pero unos como otros nobles, aunque se odien entre sí ó se envidien tal vez, confúndense muy frecuentemente con las clases medias, pues léjos de ellas vivirían sin solaz alguno, vivirían en melancólico aislamiento.

En España nunca ha habido esa separacion, ni completa como en Inglaterra, ni parcial como en Francia. Entre nosotros, aunque haya más de un matiz parecido al de la nobleza francesa antigua y moderna, hay sin embargo mayor expansion, más franqueza, ménos quijotismo, ya por el atraso intelectual de la vieja aristocracia, ya porque los dobletones de la nueva tienden á avasallar toda impertinente pretension y supremacia.

Algunos nobles de Castilla idearon introducir entre nosotros las carreras de caballos á estilo de Inglaterra.

Pocos años ántes habia ocurrido otro tanto entre los franceses.

Pero así como las instituciones británicas, basadas todas en el elemento aristocrático, han hecho tan completo fiasco al plantearlas en el continente, donde no existe un cuerpo oligárquico como el de la Gran Bretaña, así tambien otras instituciones no políticas, sino de mero placer y fiesta, no han conseguido tampoco aclimatarse.

Las primeras carreras de caballos en Francia alcanzaron el colmo del ridículo. Nada tan risible como aquellos pobres de la nobleza, desposeídos por la revolución, haciendo alarde de apostar luses de oro de veinte francos á gran voz, cuando por convenio secreto sólo se entendían miserables francos de cien céntimos.

Concurrencia, trenes, carruajes, todo era raquítico entonces; y si las carreras actuales han adquirido ya cierto esplendor, gracias á la intervencion del elemento financiero, aún no son sin embargo más que parodia del Derby inglés.

Conocidos estos antecedentes, ¿qué tiene de extraño que haya pesado mayor ridiculez todavía sobre las carreras de caballos que entre nosotros se han venido celebrando en la Casa de Campo, en la ribera derecha del Manzanares?

A los pocos días de la última escena que hemos referido en el capítulo anterior, verificábase una de esas fiestas hípias, y como la Casa de Campo se halla tan contigua con los límites de Pozuelo, empeñóse Aurora en sacar de su retraimiento á Felisa, quien hacía un año, despues de la muerte de su madre, no se había mostrado en ninguna diversion de la corte.

La Sra. del Espino, su hija y la condesita formaban círculo en su carretela descubierta junto con otros trenes de cuatro caballos y vehículos de todas clases, más ó ménos lujosos, más ó ménos grotescos, é interpolados con la gente pedestre.

No léjos de ellas estacionaba otra carretela que contenía dos personajes, á quienes ámbas amigas reconocieron al instante: uno era el extranjero que se les apareció en Pozuelo días ántes, y el otro era el periodista, antiguo conocido de Felisa, desde que en su niñez le vió en el café del Príncipe.

Aunque no podían ellas percibir lo que hablaban, fácilmente advertían que el periodista de rojizo cabello servía como de *cicerone* al extranjero, que no era otro que el príncipe ruso Emiepatopff, recién llegado á Madrid, y que

aquella noche debía ser presentado en la reunion de la Sra. del Espino.

En efecto, el periodista, que, al revés de tantos otros, no habia querido tomar puesto en la administracion del Estado, ni aun siquiera en los bancos del Congreso, por conservar su independencia de carácter, le estaba iniciando al ruso en esas mil anécdotas que son del dominio de todos, y que pintan de una manera más ó ménos gráfica la vida de la sociedad madrileña.

—¿Quién es esa dama de cara redonda, de chata nariz, ojuelos saltones, y que muestra toda la grave estupidez del dogo?—preguntaba el ruso.

—¡Oh!—respondió el periodista.—Es hija única del marqués de los Manantiales, que ganó su título nobilísimo despues de haber ganado muchos miles de duros en contratas de paja.

—¡Ah! ¿En España es un mérito de nobleza vender paja?—interrogó el príncipe Emiepatopff.

—¡Já! ¡Já! En estos tiempos de guerra y divisiones civiles, se gana con tanta facilidad el dinero contratando judías, tocino y alpargatas para las tropas, ó prestando al Tesoro á largos plazos sobre garantías del Estado recibidas al contado, que realmente una coronita de marqués ó duque no es una recompensa desproporcionada...

—Pero esas habilidades de traficante ó agiotista,—interpuso el príncipe,—más merecen galera que premio.

—Error, error, amigo mio,—replicó el periodista satírico.—Mire usted aquel jovenzuelo que se pavonea en su tilburí. Su bisabuelo fué sastre en tiempo de la invasion de Felipe V, y por sus servicios de aguja á la nueva dinastía le hicieron marqués de Paño Cruzado.

—Pero... en fin, esa será una costumbre moderna en la historia española.

—Todo lo contrario; desde los más antiguos fastos, nuestros grandes condes sólo fueron jefes de bandidos lanzados como lobos hambrientos contra las cultivadas pose-

siones sarracenas,—dijo con gesto de significativo desden el periodista.

El ruso se detuvo á reflexionar, y exclamó:

—Bien considerado, en los anales de todos los países, el forajido de ayer es el venerable de hoy día.

Después preguntó:

—¿Quién es aquel señor gordo y encarnado, que parece lechón cebado, y que apenas cabe en su carruaje?

—Es un caballero maestrante de Ronda ó de Sevilla, cuya crasitud pica en historia,—contestó el del rojo cabello.—Antes sus carnes eran bien proporcionadas; pero tuvo un cierto lance con un caballero de Alcántara á propósito de una novia desflorada, y desde entonces ha ido adquiriendo esa redondez y volumen del eunuco perfecto y bien mantenido. La naturaleza tiene misterios singulares; cuando cierto fluido no encuentra su regular evacuación, se convierte en músculos ó en carne.

—En ese tren llega una arrogante matrona,—prorumpió el príncipe.—Gran desparpajo, mucho aire para que pliegue bien la mantilla... Es un tipo curioso.

—¡Y tan curioso!—replicó el periodista.—En sus tiempos vendía naranjas á la puerta de un café. Enamoróse de ella un señorón, caballero profeso de una orden militar, y no pudiendo hacerla su esposa legal, la hizo dueña de su casa.

—Vamos, lo que los franceses llaman *una entretenida*,—observó el ruso.

—No, no por cierto,—repuso el *cicerone*.—No hay más que un París en el mundo donde exista la *entreténida*. En ninguna otra parte se aclimata esa planta. Aquí en Madrid un banquero y un duque han querido introducirla, más sin éxito. Son muy raquíticas nuestras fortunas, muy miserables nuestras costumbres, muy llanos nuestros gustos para mantener la cortesana, ese tipo singular que ha obligado á decir á un célebre predicador francés en pleno púlpito, en Nuestra Señora de París, que «para atraer á su marido la mujer honrada se ha hecho cortesana.»

—Profunda verdad moral,—añadió el ruso,—que no habrán comprendido sin duda los oyentes del predicador... Pero, ese landó nos ha cubierto de tierra con el trote de sus caballos. Sólo un personaje le ocupa... de aspecto vulgar, aunque le reluce la ropa y le brillan los diamantes de la camisa.

—Es un banquero que hace pocos años barria la puerta de una tienda... ¡Vaivenes de la fortuna! Ahora está al frente de tres ó cuatro sociedades de crédito, y cuando las haya hecho quebrar, se hará conde ó marqués; que á eso con afán aspira.

—¡Ah! ¡Ah!— exclamó el ruso.—Allí veo en aquel coche cuatro damas muy orondas; parecen una madre muy ordinaria y tres hijas muy coquetas.

—Fallo acertado,—dijo el periodista.—La madre es quien dispone lo necesario para sacar fruto de las coqueterías de sus hijas, y á su casa son atraídos como con anzuelo todo indiano y todo extranjero que tiene duros que desperdiciar. ¡Ay, príncipe mio! No se tardará mucho sin que reciba usted una misiva de invitacion de la amable señora del Rubro.

—Alejémonos de aquí, amigo,—repuso el príncipe.—Estos señoritos nos inundan con el polvo que causa el escarceo de sus caballos.

—¡Já! ¡Já! Esos señoritos son la flor y nata de la nobleza antigua,—respondió el periodista.—Sabiendo apenas leer y escribir, para completar su educacion se han hecho discípulos de un famoso acróbata del Circo, que les enseña á columpiarse en un trapecio y manejar una cabalgadura.

—¡Pero en más nobles ocupaciones podrian emplearse los nobles del país!—prorumpió el ruso.

—¡Já! ¡Já!— Seria un desdoro cualquiera ocupacion que les obligase á pensar,—dijo con marcada ironía el del rojo cabello.—Pero, ántes de alejarnos, observemos esa escena. Mire usted, amigo, ese viejo súcio y raído á quien

han tirado por tierra las cabriolas de aquel marquesito. Vea usted cómo todos esos noblezuelos se bajan de sus monturas y van á prestarle auxilio.

—Al ménos hacen así una accion caballerosa,—observó el ruso.

—¡Ya, ya, príncipe mio! Ese hombre de tan repugnante catadura es don Pablo Pelambro, famoso usurero que les presta, sobre buena hipoteca, á esos señoritos al 60 por 100. El mayordomo se guarda una tercera parte como prima del negocio, y queda lo demás á esos malaventurados para sus noches de orgía.

—A ese paso, ¿qué va á quedar de la aristocracia española?

—¡Bah!...—respondió desdeñosamente el cicerone.—Un título prostituido y la propiedad en mejores manos.

Y la carretela del ruso y del periodista se trasladó á otro punto del hipódromo.

Acertó á colocarse al lado de un grupo de gitanos, que acurrucados ó tendidos en el suelo aguardaban á que empezase la carrera.

Departian entre sí en su idioma con muchos gestos, con mucha algazara, tanto los hombres como las mujeres, y hasta dos chicuelos de siete á ocho años, que parecían asimismo enterados del objeto de la fiesta y de algo que iba á acontecer en ella.

Entre ellos estaba la gitana que ya conoce el lector, la cual decia:

—*¡Aromali! Os busnés girelarian baribú, unga men batú na sicobase lachó o gra yes calorrés.* (Por cierto, bien se burlarian los tales si mi padre no sacase airoso al caballo de los gitanos.)

—*Na peneles ocono, chabi,*—exclamaron los demás.—*Bato Cristóbal sinará o girelaró.* (No digas eso, muchacha, padre Cristóbal será el burlador.)

Estas palabras llamaron la atencion del periodista, que, como ya vimos en casa de doña María Documentos, enten-

dia el caló, y pudo explicar á su compañero el sentido de aquella conversacion.

A pesar de que comprendia bien lo que decian, no acertaba sin embargo á persuadirse que, en efecto, hubiese de tomar parte en la carrera un caballo gitano.

Sonó la primera señal.

Las operaciones preparatorias, á la usanza inglesa, de pesar los caballos y sus ginetes, habian sido lentas, y más de un verdadero aficionado las hubiese hallado ridículas.

Salieron afuera del anden hasta quince coreeles, montado cada cual por su respectivo *jockey*, con su traje peculiar de camiseta de color, pantalon ajustado, bota de vueltas y casquete de ala...

Pero entre esos quince habia un caballejo, montado no por un *jockey*, sino por un personaje de atezada piel, sombrero hongo y frac de largos faldones en punta, algo más vetusto de uso que de moda.

—¡Pues es cierto!—prorumpió el periodista.—Hé allí al tío Cristóbal el gitano que entra en liza con un rocin malparado. ¿Qué burla es esa?

—¿Y cómo los jueces del hipódromo han admitido á ese extravagante?—dijo á su vez el ruso.

Volvió á repicar la campana. Era la señal de partida.

Y arrancaron los quince caballos juntamente. El del gitano se quedó atrás.

A mitad del hipódromo sólo llevaban la delantera tres caballos, á poca distancia el del tío Cristóbal, y los demás completamente rezagados.

Todos los espectadores de los carruajes se habian puesto en pié ó encaramado sobre los asientos para mejor ver, y durante unos momentos reinó un anhelante silencio.

A las dos terceras partes de la carrera, el caballejo gitano parecia como que iba á sucumbir por tierra, y una nube de silbidos empezó á atronarle de todos lados.

De repente el tío Cristóbal se agacha sobre el cuello de su rocin, parece como que le dice algo al oído, y parte

en seguida veloz, con tal empuje, que se adelanta á los tres briosos corceles, y llega á la meta con la ventaja de un cuerpo entero de caballo.

Voces, silbidos, aplausos, gritería inmensa resuena por el ámbito del hipódromo.

Todo ello habia pasado en el breve espacio de tres minutos.

Y don Cristóbal saludó con su hongo á los *jockeys* en la apostura del *girelaró* (burlador) de la fiesta, como habian pronosticado sus compañeros los gitanos.

—¡Caso risible!—exclamó el príncipe Emiepatopff.

—¡Será de ver,—añadió el periodista,—el continente del gitano al recibir de los jueces el premio de la copa de plata!...

En efecto, cuando llegó este caso, fué tanta la gravedad de don Cristóbal, que impuso á los *jockeys* que tuvieron gana de reir á su costa.

Los que perdieron el humor para otra risible fiesta fueron los aristócratas iniciadores de las carreras de caballos, á las que, por complemento de ridiculez, sólo les faltaba ese triunfo de un rocin gitano.

Todos los carruajes fueron desfilando, riendo quienes los ocupaban del resultado de la fiesta, y entre estos no fué la que ménos rió Aurora del Espino.

En medio de su risa oyó una voz socarrona que, desliziéndose, le decia:

—¡Caridad! ¡Caridad!

Volvióse y distinguió la carretela del príncipe, que acababa de pasar junto á la suya.

El periodista era quien habia hablado; y el ruso, de pié todavía, la saludaba con el más cortesano cumplido.

—Decididamente, Aurora,—le dijo al propio tiempo Felisa,—la gitana te ha predicho con verdad la llegada del hombre del Norte.

XIII.

EL PRÍNCIPE EMIEPATOPFF.

La Rusia es un país singular, de índole especial, que no puede ser explicado por las analogías de otros países.

Cuando despues de un período de diez siglos, el pueblo ruso, completamente siervo y ocupado en labrar la tierra cuyos frutos habian de ser para sus señores, sintió que el yugo era demasiado pesado, y pareció querer salir de su secular apatía, Pedro I fué acogido como un salvador, como el regenerador de la patria moscovita.

Pero ese czar reformista, ese pseudo-fundador de la civilización, ese tipo presentado como un gran modelo, y ante cuya figura se extasian los que no saben estudiar el espíritu humano, no reformó nada, no civilizó nada.

Dejó al pueblo ruso tan siervo como ántes era, sin darle libertad ni tierra, sin darle municipios; y sólo vistió á la alemana á sus boyardos, á sus nobles directamente siervos inmediatos de su imperial persona.

Su verdadera innovacion consistió en querer desnacionalizar al pueblo, en querer quitarle todo su tradicional carácter.

Hé aquí la fórmula:

«Cesa de ser ruso; desprecia á tu padre, avergüénzate de tu madre, y habrás merecido bien de la patria.»

¡Y tan extraño precepto ha continuado siendo la enseñanza gubernamental de seis generaciones sucesivas!

De esta suerte, desde 1725 en que murió Pedro el Grande, sus sucesores han ido teniendo su corte de nobles y dignatarios revestidos de mil formas diferentes, pero sin el carácter propio moscovita. Bien se comprende que esos eran la única clase que podia moldearse, pues el verdadero pue-

blo, en su calidad de pueblo siervo, no hay poder humano que le cambie de forma, no cambiando ántes su condicion de siervo.

Así, hasta el acceso al trono de Catalina II, en 1762, los cortesanos, tallados á la usanza alemana, se dieron los aires de regeneradores, quitando y poniendo soberanos, pero siempre sumisos al nuevo déspota que elegían.

Los señores de la corte de Catalina II no tuvieron igual mision regeneradora. La czarina, que al arte de la mujer reunía la astucia de la cortesana, les quitó los rudos instintos germánicos y los convirtió en palaciegos á la francesa, con todas las afeminaciones de la corte de Versalles.

Vino el brutal Paulo I y montó su corte á lo militar, pero siempre á la moda extranjera, copiando de aquí y acullá, y planteando desde entónces esa *soldado-mania* que ha hecho de la Rusia un poder formidable todavía á pesar de sus últimos reveses de Crimea.

Sucede Alejandro I, que tuvo que habérselas con Napoleón. Sus cortesanos le siguieron hasta París, y de simples oficiales de su guardia volvieron á San Petersburgo con el grado de generales; pero también con formas nuevas de carácter, propiamente civilizados, con instintos de honor y hasta con ideas constitucionales.

No cambia el tipo de imitacion con Nicolás I; pero esta imitacion es de un temperamento sombrío, tan sombrío y receloso como lo era aquel emperador. Sus cortesanos eran militares-civiles, hombres que manejaban sable y pluma á un tiempo, si bien la pluma no sirvió más que para escribir con tinta lo que debía ejecutarse en sangre.

Y hoy día Alejandro II, imitando también al extranjero, parece que ha comprendido dónde está el punto racional de regenerar á su pueblo. Empieza por decretar la emancipacion de los siervos... desgraciadamente todavía en el papel. ¡Odiosa mistificacion!

Si el lector creyere que nos hemos paseado por Rusia llevados de mero capricho, advierta que, apareciendo en

escena un príncipe ruso, la buena inteligencia del relato requería previamente esos pormenores.

El padre del príncipe Emiepatoff, perteneciente á la falange de militares que habian hecho la guerra contra Napoleon, y que de regreso en Rusia fué uno de los que más se distinguieron por el espíritu de liberalismo que entonces estuvo de moda en la corte de Alejandro I, habia educado á su hijo imbuyéndole ese mismo espíritu reformista á la moda de Occidente.

Pero cuando, en los últimos años de Alejandro, apareció que las ideas de reforma constitucional,... que las promesas liberales del czar eran sólo mentira y sistema hipócrita de gobierno, la aristocracia moscovita apartó los ojos de la corte y trató de organizarse asociando sus intereses á los intereses del pueblo.

Consideró cuánto más arriesgado es salvar á los poderosos de este mundo, que empujarlos hácia el abismo.

Pero, fatalmente para esa aristocracia, el pueblo no supo tomar participacion; y cuando, muerto Alejandro, subió á reinar Nicolás, todos esos magnates liberales fueron deportados á Siberia.

Y durante treinta años pesó sobre el imperio la mano férrea de Nicolás, que poco á poco, lentamente, siempre oprimiendo, logró borrar toda esperanza, toda idea de progreso futuro, en los jóvenes hijos de aquellos padres reformistas.

Primero se negaron pasaportes para viajar por el extranjero; despues se fueron suprimiendo las escuelas, so pretexto de organizarlas; luego se prohibió la circulacion de libros; mientras tanto se enviaba á la horca á algunos rusos, se fusilaba á algunos polacos, para que las grandes deportaciones se reputasen como un beneficio del piadosísimo soberano.

Y la nobleza quedó silenciosa y humillada, y el pueblo continuó en su apática indiferencia ante tanta opresion y sufrimiento.

El padre de nuestro príncipe murió en su destierro de Siberia, y con su muerte se templó algun tanto la ira del autócrata, quien devolvió al hijo una parte bastante considerable todavía de sus inmensos bienes confiscados, y le permitió viajar por el extranjero.

Y hé ahí cómo, después de haberse detenido en Viena, en Londres y en París, llegó á Madrid, donde se sintió fascinado por el aspecto exterior de Aurora del Espino.

La noche que siguió á la fiesta de las carreras de caballos fué presentado en la reunion de la Sra. del Espino, en su quinta de Pozuelo, y allí se encontró con todo lo más culminante de la sociedad madrileña.

Acompañábale tambien el periodista de rojo cabello, á quien conocia desde San Petersburgo, y que en Madrid era su más predilecto amigo é instructor Asmodeo.

Como los saraos de la Sra. del Espino eran el punto obligado donde acudian los diplomáticos y personajes extranjeros de todas procedencias, tanto que alguna vez ocurrió figurar en ellos algunos amables *caballeros* que luégo figuraron en los tribunales de París y Londres como perfectos bandidos,... no llamó al pronto la atencion el nuevo presentado, el gallardo príncipe ruso.

Pero justamente esa misma gallardía de su persona comenzó á excitar la curiosidad de algunas damas, y de la curiosidad se pasó á las exclamaciones, y de aquí á buscar su conocimiento.

Así, naturalmente y sin deliberado propósito, no tardó mucho en formarse un pequeño círculo íntimo en uno de los saloncitos más apartados del salon principal; y en ese saloncito, santuario de la conversacion,—discreta unas veces, murmuradora otras, científica de cuando en cuando, y política casi siempre,—hallóse el príncipe Emiepatopff con su mentor el periodista, Aurora y su amiga Felisa, y varias notabilidades de las más distinguidas.

—Y tan entusiasta como es usted de las francesas,—decíale Aurora,—¿nada nos dice de sus compatriotas?

—¿Qué quiere usted que diga, si no puedo lisonjearlas?—fué la contestacion del ruso.

—¿Quién sabe!—replicó Aurora.—Tal vez oyendo el retrato de las mujeres rusas pudiera parecernos á las españolas que merecen ponerse en competencia con las francesas.

—Pero nunca creerian ustedes que su retrato, hecho por mí, fuese desapasionado...

—¿Por qué!—interrumpió Aurora.—¿Acaso porque nos parece usted predispuesto en favor de las damas de París?

—¿Oh! no, predispuesto no... Pero oigan ustedes lo que son las señoras de la aristocracia en mi país... Apelo al testimonio de este amigo (el periodista) que ha estado en San Petersburgo.

—Pues en ese caso,—manifestó Felisa,—sea este señor quien haga el retrato. Creo que mi amiga Aurora opinará como yo, eximiendo así al señor príncipe de todo escrúpulo respecto al bello sexo de su nacion.

—Y por librar de escrúpulo al uno,—observó el periodista,—¿quieren ustedes cargar los compromisos á otro?

—Vamos, señor mio,—le dijo Aurora,—nos tiene usted muy acostumbradas á lo independiente y franco de sus fallos para que nos asuste con reparos. Le escucharemos á usted.

—En fin,—repuso el periodista,—serán impresiones de viajero, que juzga con el criterio de su propio país.

—Precisamente,—interpuso el príncipe,—el buen criterio debe de estar de parte del extraño, no influido por preocupaciones de nacion ó localidad.

—Ea, bien,—manifestó el periodista.—Diré, pues, que lo que más me chocó en la alta sociedad femenina de San Petersburgo, fué ver á las señoras, á las madres como á las hijas, de qué modo pasaban su tiempo en medio de aquellos magníficos aposentos resplandecientes de dorados adornos... Se ocupaban...

Y el narrador paró un momento.

—¿Se ocupaban?...—repitió preguntando con cierta impaciencia una señora grave de respetable edad.

—En hacer bailar patriarcalmente á sus doncellas, y en comer confites y dulces sin cesar,—respondió vivamente el periodista.

Una carcajada general acogió esta respuesta.

—¡Oh! No es broma; una señora inglesa á quien di parte de mi extrañeza me comunicó sus observaciones, que les admirarán á ustedes aún más todavía.

—¡Vaya por la opinion de la señora inglesa!—dijo sonriendo Aurora.

—Y opinion muy justa,—repuso el periodista,—que no cito en verdad por excusar la mia. Cuando una dama rusa, me dijo la inglesa, mira á otra de piés á cabeza, que la besa cinco ó seis veces como si no bastara dos ó una, que le hace mil protestas de amistad, que le dice á la cara que es graciosa y bonita, que le pregunta cuánto le ha costado cada una de las prendas que lleva encima, y que le habla del próximo baile en los salones de tal ó cual magnate, ya no le queda más que decir, ni sabe decir más nada.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó Aurora.—¿Y la educacion francesa que recibe la nobleza rusa?... ¿No es verdad, señor príncipe, que toda la nobleza se educa á la francesa?

—Sí, señorita,—contestó el príncipe,—verdad es que en todas las casas nobles hay ayas y preceptores franceses; que las señoras, sobre todo, hablan muy bien el francés; y que en su exterior se advierte, á más de las últimas modas de París, cierto tono francés muy distinguido; pero en realidad la educacion es muy superficial, y falta ese carácter afable y seductor de la sociedad parisiense.

—¡Já! ¡Já!—prorumpió Aurora.—El señor príncipe ha venido á recargar con tintas serias el retrato epigramático que nos había hecho su amigo.

—Pues lo mejor del epígrama,—dijo el periodista,—ya que epígrama le llama usted, Aurorita, está todavía por decir,... y es curioso.

—Diga usted, diga usted, señor mio,—invitó Aurora.

—Mas sin intencion maliciosa,—añadió Felisa.

—¡Oh! La intencion sólo de todo epigrama, que es siempre una verdad amarga,—repuso el del rojo cabello.—Digo, pues, que habia dejado de contar la manía de las rusas en aparecer profusamente adornadas de joyas y diamantes...

—Esa no es una verdad amarga,—observó la condesita.

—Pero sí lo es que, para satisfacer esa manía, se llevan diamantes prestados, habiendo diadema que ha recorrido ya todas las cabezas de la aristocracia femenina de San Petersburgo, y aún de Moscow.

—El epigrama es picante,—observó la señora grave.

Uno de los presentes, funcionario de elevada categoría, y de los más habituales concurrentes al saloncito de conversacion, cuando oyó el juicio sobre las damas rusas, no pudo ménos de exclamar:

—Algun vicio debe existir en el estado social para impedir que una educacion esmerada no dé otros frutos más razonables.

—Ciertamente,—respondió el ruso;—mi país ha llegado á un punto tal de desesperacion moral, que el hombre pensador tiende á embrutecerse, á hacerse incapaz é inútil para todo. Y esta tendencia es tan fuerte, que se hace superior al talento y á la educacion.

—¿Y cómo se explica esa desesperacion moral?—preguntó el funcionario.

—Desde la época de Pedro, llamado el Grande,—dijo el príncipe,—ha venido luchando la nacion moscovita con aspiraciones hácia un porvenir de verdadera civilizacion propia, y no importada del extranjero, como la que bajo formas diversas ha modelado á nuestra aristocracia, dejando empero intacta la condicion del pueblo... de la gran masa de siervos, porque en Rusia no hay clase media.

—¿Y cómo el pueblo no ha tratado de salir de su condicion de siervo?—observó el funcionario.

—Ese es el problema de la sociedad rusa,—respondió el príncipe.—Hasta ahora no se ha presentado el individuo, czar, noble ó siervo, que deba resolver ese problema, si

bien la idea, antiquísima en la mente del pueblo, ha empezado á hacerse más distinta y comprensible.

—¿Y esa idea es?...

—Dar al siervo, con la libertad, la tierra que hoy labra y no le pertenece,—dijo con cierto entusiasmo el ruso.

—¿Y dice usted que no ha habido todavía quien haga posible la realización de esa idea?—volvió á preguntar el funcionario.

—No, no lo ha habido, y por eso el pueblo, que tiene instintivamente esa idea, no coopera con quien no se la presenta, y permanece en estúpida indiferencia.

—Y entre tantas conspiraciones de la nobleza rusa, ¿ninguna tampoco ha tratado de explotar esa idea?—siguió interrogando el funcionario.

—No, no cual el pueblo la presiente. Así, cuando los nobles, al principio del reinado de Nicolás, quisieron arrastrar á los siervos á una revolucion oligárquica en contra del czarismo, los siervos, que nada comprendían de formas de gobierno, contestaban con ruda sencillez á los nobles desesperados: «Sí, sí, y Nicolás á la cabeza.»

—¡Nicolás! ¡El mismo que querían abatir los nobles!—exclamó el funcionario.

—Precisamente,—repuso el príncipe;—y así toda mancomunada con el pueblo se hizo imposible.

—¿Qué hicieron, pues, los nobles?

—Dejarse desterrar á Siberia,—contestó melancólicamente el ruso.—Y de esta suerte cuando se adquirió el convencimiento de que el Gobierno tenía toda la fuerza de la represión y el pueblo toda la apatía de la inercia, los ánimos se entregaron á la inquietud de la desesperacion y al dolor del excepticismo. Veíase un pasado inútil, un presente superfluo y un porvenir nulo. Entónces fué cuando la literatura creó el famoso tipo de Oneguino, tipo esencialmente ruso, que pinta ese estado de los ánimos abatidos.

—¡Oneguino!—exclamaron varios de los oyentes.—Debe ser una creación muy peregrina.

—¡Y tanto!—añadió el príncipe.—Oneguino es un hombre que entra en el mundo sonriendo, lleno de fe en el porvenir; pero que, poco á poco, se vuelve sombrío y va perdiendo ilusion tras ilusion. Todo le fastidia, conoce su inmensa inutilidad, y acaba por perderse en la nada, por no dejar en pos huella ni pensamiento alguno.

—¿Y es ese el tipo del ruso en política?—preguntó el funcionario.

—Es el tipo nacional, de tal modo encarnado en la mente de todo ruso, que no hay novela, no hay poema que se escriba hoy día, que no tenga su Oneguino, esto es, un personaje condenado á la holganza, inútil, desorientado, no queriendo causar mal, pero impotente para el bien, sin acertar á emprender nada, aunque pensando en hacer algo: música, amor, arte militar, misticismo, todo... ménos dos únicas cosas...

—Que son quizá la clave que el ruso inteligente debiera adoptar,—interrumpió de una manera más bien petulante que descortés el funcionario.

—Ambas cosas á la vez... no, porque son incompatibles,—expresó el príncipe.—En la situación actual, el ruso pensador ni se pone nunca del lado del Gobierno, ni sabe nunca ponerse del lado del pueblo: son los dos polos encontrados.

—¡Ah!—exclamó el funcionario, y otros formaron coro con él.—¡Gobierno y pueblo son incompatibles!...

—Allá en Rusia, señores,—añadió sarcásticamente el periodista.

Algunos de los más conocidos por mezclar en todo la política parecieron dispuestos á seguir el tema iniciado por el príncipe Emiepatopff; pero Aurora, con su perspicaz instinto, no lo consintió, levantándose y diciéndole desenfadadamente al ruso:

—¿Tendría la bondad el señor príncipe de conducirme al lado de mamá?

El ruso se apresuró á ofrecerle el brazo; y la gallardía

de aquella pareja que salió ufana del saloncito, formando con las cabezas ese arco gracioso en que el hombre inclina por su parte el cuello y la mujer por la suya le eleva, viniendo casi á juntarse los dos rostros á modo de un circuito galvánico que trasmite corrientes de pasión,... la gallardía, decimos, de aquella pareja, dió pábulo á otra clase de conversacion, á ojeadas malignas, á cuchicheos murmuradores.

Y el periodista, aunque tambien mordaz, pero mordaz de buen tono, ofreció su brazo á Felisa para sacarla del saloncito, y que no fuera testigo de las ironías é insinuaciones maliciosas con que algunas lenguas viperinas se disponian ya á punzar á su amiga Aurora.

—Es desconsolador ese tipo de Oneguino,—dijo Aurora al príncipe, miéntras atravesaban una galería [paralela al terrado que daba al jardín.

—Mas nó crea usted, señorita, que es tipo sólo masculino; ya he dicho que es el tipo nacional en Rusia, y por eso la mujer es tan inútil, tan incapaz como el hombre; pesa sobre ella la conciencia de que no vale para nada, y vive por lo mismo en la frivolidad de la nada.

Aurora se quedó pensativa; despues preguntó:

—¿Ha encontrado usted muchos Oneguinos en sus viajes, príncipe?

—¡Ay! señorita. Es el mal de nuestra época, es la epidemia que de Rusia va inficionando los demás países.

Aurora dobló de nuevo la cabeza meditando.

—Si no temiera ser indiscreto,—añadió el príncipe,—diria á usted una observacion que me ocurre.

—Hable usted con toda franqueza, pues en su observacion debo imaginar que no cabe indiscrecion maligna.

—En la intencion de ella... no, de ningun modo, señorita,—repuso cortés el príncipe;—mas, ¿y si no acertare yo á expresarla con delicadeza conveniente?

La jóven fijó su mirada en la rubincunda faz del ruso; y esa mirada fué más significativa que cualquiera otra palabra animadora.

—Pienso,—dijo el ruso,—que está usted amagada del aire contagioso de Oneguino, y que es tiempo de ponerse á salvo de adquirir el contagio.

—Es decir,—respondió sonriendo Aurora,—que me cree usted en una condicion indolente, inútil, perdida la brújula, y próxima á extinguirme en la frivolidad de la nada,... si es que no he comprendido mal el carácter de Oneguino.

—Admirablemente, señorita,—repuso con enardecidos ojos el príncipe.—Y si no me equivoco, si en efecto llega usted á sentir los síntomas completos de la dolencia, ¿sería yo tan afortunado que me consultase como el médico más á propósito para curarla?

—¡Já! ¡já! ¿Es costumbre en Rusia declararse así al bello sexo?—prorumpió Aurora.

Felisa y el periodista, que habian ido siguiendo de cerca á la gallarda pareja, no pudieron prescindir de alcanzarla, por la lentitud con que Aurora retenia el paso.

Esto fué en el momento mismo de la risueña interrogacion de Aurora.

—Ya veo,—dijo el periodista,—que mi amigo el príncipe no participa del carácter del desconsolado Oneguino.

—¡Oh! Seguramente no,—manifestó Aurora;—antes bien se hace misionero para que los otros no lo sean.

—¿Y te has dejado catequizar?—interrogó Felisa á su amiga.

—El señor príncipe prefiere mejor curarme que catequizarme,—respondió ella.

Interpusiéronse varias damas á saludar á Aurora, quizá con intencion no muy caritativa, y el príncipe, con obsequioso cumplido, se apartó discretamente en compañía del periodista.

Pero Aurora, á quien interesaba la conversacion del ruso, y que penetraba la malignidad de las que se habian cruzado para interrumpirla, le dijo en alta voz con ese desparpajo que excitaba tantas críticas:

—Hablabamos, príncipe, hablabamos.

XIV.

CONVERSACIONES.

No pasaron muchos días sin que Aurora y el príncipe Emiepatopff volvieran á verse. Había de una parte y otra cierta curiosidad que los obligaba á crear, inadvertidamente al parecer, esas circunstancias, que se llaman casualidades, para encontrarse y hablarse sin estorbo.

Así, en las sendas que conducen de Pozuelo al monte llamado de Boadilla, halláronse paseando á caballo, una mañanita de verano, la arrojada jóven y el simpático ruso.

—¡Señorita! —exclamó el príncipe. —Casual reputaría este encuentro si no creyera en la fuerza de la atracción.

—Siempre nos gusta atribuir á lo misterioso lo que nosotros mismos disponemos, —contestó con acento algún tanto burlon Aurora.

—Sí, no lo niego, —replicó el ruso; —he venido de propósito á este paraje, con el deseo de encontrarla á usted; pero, aparte de este intento de mi voluntad, otra cosa debe haber que ha hecho posible el encuentro.

—Una muy natural, —dijo Aurora: —mi costumbre de pasear á caballo todas las mañanas.

—¡Ah! Cierto, señorita, —replicó el príncipe. —Lo maravilloso habría sido que yo ántes lo hubiese presentido.

—Pues, á no ser un Oneguino, cuando no se presiente se pregunta... ¿Sabe usted, príncipe, que su tipo de Oneguino me ha hecho cavilar largas horas?

—¡Oh! es que es terrible esa encarnación de la esperanza perdida sin remedio, esa fatalidad que no cree en la lucha ni en la transacción.

—¿Y dice usted, príncipe, que esa idea es la dominante en su país? —interpeló Aurora.

—Domina de tal modo, señorita, de tal modo embarga los espíritus, que el cuadro más célebre pintado por un ruso representa un vasto campo, donde se ven grupos de hombres asustados, estupefactos, procurando salvarse, pero pereciendo todos en medio de un terremoto, de una erupcion volcánica, de un cataclismo inmenso. Sus esfuerzos son inútiles contra una fuerza salvaje, estúpida, inícuu, contra la cual no cabe resistencia alguna... Y todos sucumben.

—Ya lo veo, el pintor razonaba como verdadero Oneguino, —dijo meditabunda Aurora.

Y los dos ginetes continuaron paseando silenciosos.

De repente prorumpió la jóven:

—Comprendo que prefiera usted la sociedad parisiense, príncipe.

—La prefiero como se prefiere lo bello, el deseo de lo perfecto, la esperanza de la realizacion, —respondió el ruso. —Por eso sería quizá más exacto el que en estos momentos prefiera yo la sociedad de usted, porque...

—Porque una lisonja siempre viene á tiempo; ¿no es verdad, príncipe? —interrumpió Aurora.

—¡Oh! Sin lisonja puedo decir que, preocupado como buen ruso por esa fatalidad desconsoladora de mi patria, he desechado sin embargo mi preocupacion al traer á mi mente la imágen que se me apareció en estas cercanías,... aquel día que debí parecer á usted un loco, señorita.

—Y sin que sea exigente mi pregunta, ¿tiene explicacion esa aparente locura? —dijo Aurora.

—Sí, la tiene, autorizándome usted á ser franco...

—Autorizado, siempre que la franqueza sea completa, completísima, —prorumpió la jóven con viveza.

Al oír esta respuesta, el príncipe fijó su mirada inquisitiva en Aurora, quien, contra su esperanza quizá, la arrojó impasible, y aún obligóle á bajar entre confuso y cortés sus párpados; mas dijo luégo:

—¿Cree usted en las inspiraciones repentinas, señorita?

—Aun cuando yo diera satisfaccion á esa pregunta, se-

ñor mio,—contestó Aurora,—¿sería necesaria para usar de la franqueza que usted me pide?

—No, no es indispensable su respuesta, señorita,—repuso el príncipe;—pero si usted cree en las inspiraciones repentinas, comprenderá más fácilmente que, después de haberla seguido largo espacio sin alcanzar á ver su rostro, cuando súbitamente alzó usted las alas de su sombrero y pude yo contemplarle, formé un propósito...

Aurora observaba la exaltación con que se iba produciendo el príncipe, y en vez de interrumpirle festivamente, según lo tenía de costumbre con las declaraciones galantes, acercó su caballo con gracioso melindre, como quien redobla su atención.

—Formé el propósito de ofrecerme á usted su esclavo.

—¡Ah!—exclamó imperceptiblemente Aurora.

El ruso prosiguió:

—Pero esta idea repentina, tan repentina como la aparición de su rostro, produjo el efecto que producen dos cuerpos que se chocan,... el mismo contacto los repele...

Y al decir esto se detuvo como esperando alguna palabra de Aurora; pero ésta continuó escuchando con la misma atención melindrosa.

—... Y yo me sentí repelido, y di espuela á mi caballo; y, corriendo hasta Madrid con el entusiasmo del hombre inspirado, una voz interior me fué repitiendo esta frase: «Encontraste tu mitad en la tierra.»

El príncipe se calló, y torciendo rienda á su corcel, cruzóse con el de Aurora, y, alargando su diestra, le dijo:

—Esta es mi mano, señorita.

La acción fué tan brusca, que sorprendió á la joven.

—La acepto para bajarme de la yegua,—contestó después de una pausa Aurora;—estamos cerca del pueblo, y veo venir á mi amiga la condesita de Negroponte.

Y saltó á tierra, dejando asombrado al ruso.

—¿Rehusa usted, señorita?—preguntó él entrecortado.

—Meditar no es rehusar. Yo meditaré,—respondió ella.

A esta sazón llegó el lacayito de Aurora, que en un colosal caballo normando seguía á cierta distancia de su señorita, y breves momentos despues... Felisa, que se apresuró al ver desmontar á su amiga.

—Meditaré, meditaré, príncipe,—repitió Aurora al tiempo que el ruso se despedía saludando cortés.

El lacayito por otro lado se alejó con la yegua.

—Sigamos nuestro paseo despacio, Aurora,—le dijo Felisa;—aún es temprano.

—En buen hora; así charlaremos... ¿Sabes, querida, que ha empezado á cumplirse la predicción de la gitana? El hombre del Norte me ha ofrecido su mano.

—¿Y le has rechazado, como acostumbras?

—No; ya me has oído decirle que meditaria.

—¿Para rehusar luégo?

—No lo sé; probablemente,—dijo Aurora.—La novedad de un hombre tan poco parecido á los que hasta ahora había tratado, me fascinó al pronto; pero en último resultado, como hombre, participará de las ruindades egoistas de su sexo, y no sacrificaré yo mi independencia á ningun ruin.

—¡Ay, Aurora! Paréceme que nos disculpamos con las ruindades del otro sexo, y no miramos á las nuestras.

—Por muchas que las nuestras sean, siempre acabamos nosotras por ser las víctimas, Felisa mía. Si en vez de pretender los derechos civiles y políticos que las mujeres pretenden en los Estados-Unidos para igualarse á los hombres, pretendieran los derechos propios, exclusivos de mujer, el mundo iría de otra manera.

—¿Y á qué llamas tú derechos propios, Aurora?

—¡A qué! ¿Por qué razón no hemos de ser las mujeres las únicas responsables de nuestras acciones? ¿Por qué ha de depender de nosotras la honra de los hombres? Ante la eventualidad de un padre dudoso, ¿por qué no han de llevar los hijos el nombre exclusivo de la madre? ¿Por qué no se han de perpetuar las generaciones por la línea femenina, y no por la masculina?

—¿Y qué ventaja sacas de ese sistema, amiga mia?

—Una ventaja inmensa, querida Felisa: que la mujer no esté subyugada al egoismo del marido, quien, so pretexto de guardar su honra, convierte á su compañera en triste esclava.

—¿Tanto te asusta, Aurora, el poder abusivo del hombre en matrimonio?

—¡Oh! ¡Y tanto, querida mia! Como él es de la creación el ente orgulloso por esencia, sólo cuando le domina el estímulo de los sentidos se deja ablandar pasajeramente. Mas, si ese estímulo ha cedido ó ya no existe, ¡ay! ¡qué ente tan repugnante es el hombre!... Y cuanto más educado, más repugnante todavía, porque á sus instintos brutales añade las formas cortesananas de la arbitrariedad.

—Pues bien, querida Aurora. Si yo te dijese que, en mi opinion, nós quejamos de defectos en el hombre que son tambien nuestros defectos propios...

—¡Pues ya lo he dicho, querida!... Al pretender la responsabilidad para la mujer, no pretendo eximirla de culpa; pero que lo odioso de la culpa no trascienda á marido, padre, ni hermanos. Si los vicios de los hombres no infaman á la mujer, ¿por qué los vicios de la mujer han de infamar al hombre?

—¡Ay, Aurora! Los vínculos sociales son una cosa inexplicable, singularísima. Tú rehuyes el matrimonio por la ruindad del hombre, y yo le rehuyo tambien por la razon contraria: por la ruindad de mí misma.

—¡Ah! ¡Disparate, amiga mia! Nunca es ruin la mujer que conserva intactas las bellas dotes de su corazon amante.

—Pues yo amo, querida Aurora. Turbosa ha logrado interesar mi corazon; y sin embargo, nunca le daré mi mano.

—¿Por qué, amiga mia, si tú no tienes en horror, como yo, el egoismo brutal de los hombres?

—Porque creo que la indignidad se halla en mí misma.

—¡En tí, ángel de pureza! ¡Tú, que no has dirigido jamás una mirada coqueta á ningun hombre!—exclamó Aurora.

Y las dos amigas se estrecharon las manos, y enlazaron sus brazos por la cintura; y sentándose en una piedra sillar de alcantarilla, permanecieron largo rato silenciosas en esta cariñosa postura.

La conversación había tocado á un punto que parecía deber conducir á cierto grado de intimidad más expansiva. Ya hemos apuntado otra vez que ese grado era posible entre Aurora y la condesita, y que podía llegar por una circunstancia imprevista y no solicitada.

Y hé ahí que esa circunstancia se les viene á la mano,... esa circunstancia tan frecuente entre las jóvenes vulgares y no educadas, y tan difícil entre las jóvenes como ellas, cuyo conocimiento no se ha hecho desde la tierna infancia en las horas de recreo del colegio.

Felisa, pura á los ojos de Aurora, Felisa que se acusa de indigna para ser esposa...

Aurora, que, como su amiga, abusa de si misma, y no adivina cuál pueda ser esa indignidad de Felisa.

Y con todo, para adivinar esos sentimientos, para hacerlos confesar si no se revelan, para discurrir despues sobre ellos, ¡qué ocasion tan propicia!

La soledad del campo, la meditacion en que habian caido ámbas amigas, y hasta el amoroso abrazo que las enlazaba,... todo convidaba á espontanearse.

Y sin embargo, las dos amigas no se espontanearon.

¡Ay! Si en ese momento se hubiesen declarado ellas una á otra; si el secreto de sus sensaciones aisladas hubiese dejado de ser un secreto; si, despejado el arcano, Felisa pudiese y Aurora despreocupada hubiesen reflexionado sobre lo absurdo de que una misma causa sensual produjera consecuencias morales tan diversas,... ¡ay! entónces no habría desde aquel instante tomado un giro tan opuesto la existencia de las dos jóvenes. Meditaron, pero no se hablaron.

Al levantarse de su asiento encontraron á Turbosa, á Novoa y las dos tías de Felisa, y con ellos terminaron prosaicamente su paseo.

XV.

EL VICARIO.

La ilacion de nuestro relato sólo nos ha hecho mencionar los parientes del lado materno de la condesita de Negroponte. Preciso es ahora decir algo de un personaje interesante de la familia paterna.

El abuelo de Felisa habia contraído segundas nupcias poco tiempo ántes que su hijo se casara con la heredera de Negroponte. De ese segundo lecho nacieron otros dos hijos, varon y hembra, once años mayor que Felisa el uno, cuatro años mayor la otra.

Las relaciones de la condesita con esos dos parientes se habian vuelto poco frecuentes en los últimos siete años, porque habiendo su tio paterno abrazado el estado eclesiástico y obtenido el curato de un lugar situado á orillas del Guadarrama, se habia llevado consigo á su hermana Irene, y eran muy contadas las veces en que los dos hermanos venian á visitar la corte.

El vicario ó párroco,—que así designaremos al tio de Felisa,—era una de esas naturalezas excepcionales, todo benevolencia, todo afecto, todo mansedumbre, cualidades que parecian haberle predestinado al sacerdocio y á la cura de almas.

No contento con las lecciones de escolástica y teología del seminario, habia cultivado su entendimiento con el estudio de las ciencias naturales, acrecentando más y más esa su aficion la situacion montañosa de su feligresia.

Allí, en medio de los picos pelados, de las vertientes abruptas de la sierra; allí, en las hondonadas por donde se despeñan las aguas del Guadarrama; allí, en las canteras graníticas y feldespáticas, que aún conservan los cortes

primeros de la fundacion del Escorial, se entregaba nuestro vicario á su gusto favorito, inquiriendo de la naturaleza salvaje los misterios de su creacion.

Las imaginaciones que desde muy temprano se aficionan á los estudios prácticos de la ciencia, al exámen y al análisis de la física y de la química, se emancipan sin esfuerzo alguno de las sugestiones sensuales, al revés de aquellas otras que, dadas á las contemplaciones metafísicas, á entusiasmos espirituales, caen en cierto estado anormal muy parecido al de la concupiscencia sensitiva.

Por eso nuestro párroco, apénas salido de la infancia, cuando ya otros adolescentes, al pensar en el amor de la criatura, tropiezan tan fácilmente en el vicio, habia podido él sondear su corazon y persuadirse que los deleites del espíritu pueden sobreponerse á los deleites de los sentidos, y que hay amores capaces de llenar toda una existencia entera, sin necesidad alguna del tálamo nupcial.

Una vez esta persuasion arraigada en su mente, comprendió sin repugnancia el celibato clerical, y que, llamado á ser el protector de su hermana, debia concentrar en ella todo su cariño, todos los goces de la amistad fraternal, como compensacion de las aspiraciones de la vida de familia.

Y en efecto, con ese ideal de amor inefable, con esa intuicion de adoracion purísima, con esa fantasía angelical, recibió las órdenes sagradas y ganó en brillante concurso su curato, é instalóse en él con su madre viuda y su hermana Irene.

¡Quién podria referir la vida evangélica de nuestro vicario en medio de sus feligreses, durante un periodo de siete años, estimado de los hombres probos, temido de los explotadores del pobre y venerado de la gente ruda, de la gran masa inculta de los desvalidos de la montaña!

Cuando desde el púlpito, y sin designar personas, hacia comprender á los avarientos y usureros del lugar, no sólo su codicia rapaz, sino asimismo su índole tacaña, que, por no dar, hasta el saludo al infeliz le negaban,... ¡oh! un sor-

do murmullo circulaba por el ámbito del templo, producido por esas mil exclamaciones que de los pechos se exhalaban y eran otras tantas bendiciones que subían á incensar al digno párroco.

Pero tambien se cruzaban miradas significativas, que por su direccion habrian revelado á un extraño los sentimientos del auditorio. Los prohombres, los ricachos del pueblo, ó bajaban los ojos ante el plácido semblante del predicador y su contundente palabra, ó se recataban inquietos de los que á su derredor estaban, como si temiesen verse abismados por la indignacion de aquellas sus víctimas de cada dia.

Por el contrario, los ojos del menesteroso y proletario, dirigiendo sobre las cabezas confundidas de los aludidos esa visual apática y sin fulgor del idiota apaleado, parecian no desear más venganza que aquella reprimenda del ministro del santuario.

A todo momento, de dia como de noche, el vicario era el consuelo de sus feligreses necesitados, así en sus horas de agonía como en sus horas de desamparo.

El moribundo hallaba en el párroco no sólo los auxilios del alma, sino el abrigo confortativo que pudiera aliviar los postreros dolores del cuerpo valetudinario.

La mujer parida podia contar con la gallina para su sobreparto y el bautizo sin derechos para su recién-nacido.

El jornalero sin trabajo encontraba siempre en el huerto del señor cura un terron que remover y una sopa que llevar á la boca.

Los bienes de su patrimonio, la dotacion de su curato, todo lo empleaba el párroco en caridad evangélica.

Y cuando despues de sus obras de pastor cristiano, despues de sus excursiones á la montaña, despues de sus estudios científicos, recibia las sonrisas de su buena madre y las caricias fraternales de Irene, y se sentaba á la mesa á participar con ellas de la comida diaria, ó ya algunas veces con un buen amigo ó cura forastero,... su dicha era completa, é irradiaba de sus ojos esa mirada que se eleva brillante

hacia el firmamento, rindiendo gracias á la Providencia bienhechora.

Del mismo modo, cuando subía al altar, y veía los ramos de frescas flores, las macetas de verdura lozana entre los candeleros, sobre los paños blanquísimos del ara, formando fragante adorno,—todo lo cual le revelaba que la mano de su querida Irene acababa de pasar por allí,—su alma se elevaba al Altísimo, y celebraba el sacrificio de la misa con todo ese ardor seráfico de los primeros días del sacerdocio.

A los cinco años de esa existencia inefable, pasados en el curato, ocurrió el fallecimiento de la madre, y esta circunstancia vino á acrecentar más y más el amor del vicario por Irene. Se consideraba para ella no tan sólo un hermano, sino un protector de su orfandad.

¡Oh! ¡Cuán doblemente dulce iba á ser aquel asilo parroquial en medio de la montaña! ¡Qué goces tan vivos, qué alegrías tan puras, qué afección tan angélica iba á ser aquella amistad de hermanos, en que, sustituyéndose el sér intelectual al sér físico, satisfarian así ámbos esa necesidad de amar que devora á la criatura humana!

Desgraciadamente Irene no participaba de estas aspiraciones ideales del vicario. Le sonreía muy poco la idea de pasar su vida entera entre la sacristía y el huerto parroquial, y estaba imbuida de esa doctrina femenina tan general de que la carrera única, el único porvenir social de la mujer, es el matrimonio.

Su misma madre, que había aceptado por esposo un viudo entrado en años, le había enseñado á tener horror de la vida de soltera, sin considerar que los medios que se ponen para salir de ella no deben ser como el billete á la ventura que se juega á la lotería.

El vicario, en su índole confiada y generosa, en su cariño casto y fraternal, no había echado de ver la presencia de un individuo que obsequiaba secretamente á Irene, siendo su propia madre quien patrocinaba esos amores.

¡Cuántas veces, volviendo cansado á su casa despues de los deberes penosos de su ministerio, acudia á abrazarle su hermana; y su madre venia á agruparse igualmente como para bendecir esa efusion fraternal, impidiéndole en tanto penetrar más adentro en la habitacion!

El buen vicario se complacia en estas demostraciones, que daban lugar, sin apercibirse él, á que el amante se escapase por la puerta del corral, ó saltase por la ventana baja de la pieza inmediata.

¡Oh! ¡Almas nobles, naturalezas delicadas, cuán infantiles sois en el candor de vuestros sentimientos!

Dos años más así pasaron despues de la muerte de la madre, cuando un dia llegó una carta de Madrid dirigida al vicario. Era del amante de Irene.

Obligado éste á buscarse una posicion social, habia hecho largas ausencias de su pueblo natal; pero, conseguida aquella, y guardando la fe prometida á su amada, que acababa de cumplir los veinticinco años, rogaba por su carta al hermano dispusiese los preliminares necesarios para celebrar, á lo más breve, su proyectado enlace, desde muy antiguo bendecido por la difunta.*

¡Qué golpe para el vicario!

¿Cómo describir las luchas de su alma ante aquella revelacion fatal?

Irene, su querida Irene, ama á otro sér en la tierra,... y como el amor es egoista, lo quiere todo para sí y no deja lugar para el hermano.

Toda aquella felicidad soñada desde el momento en que, adolescente aún, el hermano mecía la cuna de la hermanita, ha desaparecido. Irene será la mujer de otro hombre.

Aquel amor fraternal tan puro, tan casto, ¿en qué se ha convertido?...

¡Ay! Gruesas lágrimas corren por las mejillas del vicario. Postrado en tierra, y con la carta del novio entre sus crispados dedos, exclamaba sollozando:

—¿Qué te has hecho, amor del espíritu?... Amor de la

carne, ¿por qué me incitas?... Misero sacerdote, este amor es un crimen.

Y cogiendo su sombrero, salió á vagar por la montaña.

Largo y fatigoso fué su paseo. Erró y trotó por los cerros; descendió al álveo profundo del río; trepó á la cresta más elevada de la sierra...

Y cuando molido el cuerpo, creyó haber apaciguado así las torturas del ánimo, volvió á casa con ademán sereno, pero con el rostro pálido.

Su hermana vino á recibirle con su abrazo cariñoso de costumbre, y al ver el sudor que corría por su frente, lo secó ella con su propio pañuelo.

Pero el vicario se sintió turbado. Aquella ternura, ántes siempre purísima como la impresion de la brisa de una noche de verano, habia tomado ahora diverso carácter.

La voz de Irene tenía otra armonía más deliciosa. De sus ondulosos bucles, de sus vestiduras, de su pañuelo, se desprendía un perfume embriagador. El tacto de su mano producía un choque magnético.

Todo esto habia sido desconocido hasta entónces para el vicario, y haciéndole estremecer le obligó á repeler, aunque suavemente, las caricias de su hermana.

La noche que siguió á este día fué terrible.

El buen vicario, que en el estudio de la ciencia y en el afecto espiritual hacía su hermana, habia encontrado la fuerza para resistir á los extravíos sensuales, halló de repente que le faltaba ese amor... único lícito para él.

Al considerar que Irene podría pertenecer á un hombre, al recordar que su hermana era mujer, recordó que él era hombre también.

¡Infeliz esclesiástico que, al entrar en su alcoba, creía ir á dormir el sueño del ángel en el santuario, y sólo halló el insomnio del hombre terrestre!

¡Qué de proyectos insensatos!... Ya huirá en cuanto amanezca de su vicariato, é irá en busca de alguna cartuja lejana donde morir con su amor...

Ya interpondrá mayor aislamiento entre él y los hombres, sepultándose en alguna desierta Tebaida...

Ya arrebatará á Irene á las pretensiones de su amante, y la llevará á algun país desconocido, para hacerla allí su esposa mística, como las vírgenes del paraíso...

Ya la conducirá al Lago Salado, á la tierra de los Mormones, y allí la hará su esposa carnal...

Ya...

Y exaltándose más y más en ese orden de ideas, en que la última es la antítesis de la primera, salió de su alcoba y llegó al umbral del aposento de su hermana, decidido...

¡Vergonzoso pensamiento!

Pero una vez allí, se prosternó en el suelo,... derramó lágrimas de desesperacion, lágrimas de remordimiento por haber intentado traspasar aquel umbral sagrado.

El llanto de sus ojos purificó su corazon; operóse una crisis saludable, y á la mañana siguiente el vicario estaba curado del error de un momento.

La fuerza de su voluntad habia sido tan enérgica al volver á su alcoba, que pudo en el borde mismo del lecho renovar su juramento sacerdotal de inviolable castidad.

Cuando á otro dia recibió Irene de manos del vicario la carta de su novio, y vió la serenidad apacible con que dispuso los preparativos de su boda, no pudo adivinar seguramente que aquella fisonomía, que habia envejecido diez años en una noche, revelaba un sufrimiento moral incomprensible para la generalidad de los hombres.

Ella misma, que era la inocente causa, no lo comprendió jamás tampoco.

Casóse, y abandonó en breve el pueblo para seguir á su marido á la corte.

Quedó solo el hermano en su parroquia, hasta que pocos meses despues, habiéndose agriado las relaciones entre la condesita de Negroponte y sus tias de Pozuelo, Felisa se decidió á reemplazar á Irene, haciéndose cargo de la casa de su tio el vicario.

Hé aquí por qué:

Aurora del Espino, sin rehusar fôrmalmente las proposiciones del príncipe Emiepatopff, habia ido á establecerse con su madre á París, habitual residencia del ruso; y esta ausencia, que habia hecho disminuir la proteccion inmediata y casi diaria dada á la condesita, fué causa de las continuas querellas promovidas por las dos devotas egoistas y parsimoniosas.

Felisa no tuvo donde elegir.

¡Fatal resultado de la educacion y de las preocupaciones sociales! Para una condesa sin bienes de fortuna la independencia en la labor de sus manos era ménos honrosa que el albergue interesado de los parientes.

Afortunadamente en su tío vicario halló el personaje sublime, cuyos primeros rasgos acabamos de bosquejar.

XVI.

LA FUERZA DE VOLUNTAD.

Durante todo un estío, durante toda la época que Aurora pasó de temporada en su quinta de Pozuelo, en medio de reuniones y fiestas brillantes, su inseparable amiga Felisa pareció renacer algun tanto á la alegría, sobrellevando con risueña conformidad las impertinencias de sus tias.

Como no habia ferro-carriles entónces, como los viajes largos en diligencia eran tan incómodos á causa de sus paradas de noche, las familias se alejaban poco de la corte; las excursiones á las provincias y al extranjero no habian podido hacerse de moda todavia.

Los aficionados á visitas, á tertulias y á giras campes-
tres, no se dispersaban por la Península y los Pirineos, sino que en los Carabancheles y Pozuelo, en Aranjuez y Vi-

llaviciosa, en el Escorial y la Granja, se reunían y divertían.

De esa suerte pudo continuar siendo la quinta de la señora del Espino el centro de la bella sociedad madrileña.

Y todo un prolongado verano no se habló de otra cosa que de los coqueteos de Aurora con el príncipe ruso. ¡Cuánta murmuración, cuánta maledicencia!

De repente, cuando las brisas del otoño arrojaron á los veraniegos de las aldeas y sitios reales, desaparecieron también de Pozuelo la Sra. del Espino y sus dos hijas, la casada y la soltera; mas por completo... Habían puesto casa en París.

Llegó el invierno, y cesó la aparente alegría de la condesita...

Luchando con las susceptibilidades de su mente para aceptar la mano de Turbosa... luchando con las escaseces de su posición precaria... luchando con las indelicadezas domésticas de las dos devotas... y luchando con el malestar enfermizo, con los síntomas físicos, que, cual tres años antes, empezaron á asaltarla de nuevo,... Felisa se trasladó con vaga esperanza de consuelo al lado de su tío vicario.

Quedó sorprendida de ver el macilento aspecto de vejez que en cortísimo tiempo se había mostrado en aquella naturaleza joven todavía; pues el vicario apenas contaba treinta y tres años entonces.

La sobrina presintió que algún pesar profundo había dejado su huella destructora en el ánimo de su tío, para así alterar rápidamente su físico vigoroso.

Los corazones que sufren, pronto se adivinan unos á otros, se acercan y se consuelan mutuamente.

Sin grandes frases, sin largas explicaciones, á los pocos días el vicario había comprendido la situación fisiológica de Felisa, y ésta la afección contrariada del hermano angelical.

Pero así como el malestar físico de la condesita exigía un remedio, que no podía ser otro que el que ella misma se aplicó tres años antes, acudiendo á la fuerza de voluntad,

recomendada por el médico Salces, así tambien la dolencia moral del vicario habia hallado su remedio en esa misma fuerza de voluntad.

Con todo, esta energía de la razon que habia curado un extravío moral, tuvo que prevenir tambien las consecuencias posibles, los extravíos sensuales que habrian podido sustituirse á aquel.

Y en efecto, el vicario habia triunfado igualmente de esa sensualidad.

¿De qué manera? ¿Cuál habia sido el remedio sugerido por su fuerza de voluntad?

A este punto no podia llegar la penetracion de Felisa.

Ella veia que su tio era aficionado á la buena mesa, que apetecia los guisados excitantes, que gustaba de las libaciones copiosas, que bebia sendas tazas de café; y que, cuando, haziendo por la superabundancia de manjar y vino puro, ni el té ni el café ejercian ya su accion estimulante, ella le veia acudir al rom, al aguardiente seco de lo más fuerte, para dar tono á su estómago debilitado...

Ella no acertaba á explicarse que su tio se abandonara así á una intemperancia tan en oposicion con sus aficiones científicas, con sus doctrinas morales, con sus predicaciones evangélicas...

Ella se asombraba tanto más de esa irregularidad funesta, cuanto que sabia que su tio habia sido siempre muy parco en el comer, muy sóbrio en el beber, muy cauto contra todo exceso.

Pero cuando María la sirvienta le dijo que el señor vicario se habia dado á ese género de vida poco tiempo ántes de la boda de su hermana Irene, entónces Felisa creyó comprender que, para alejar los recuerdos de su pena moral, su tio buscaba el olvido en el aturdimiento de la gula.

Mas, si esto era así, ¿qué significaba entónces la fuerza de voluntad? ¿Dónde estaba el triunfo sobre los extravíos del espíritu, despertando y azuzando los extravíos de la carne?

Felisa se perdia en conjeturas; y ella, que no dudaba

ya que su malestar físico podía provenir en gran parte de sus descarrios solitarios, preguntaba á su razon: ¿Cómo alcanzar esa energía del querer... para vencer?

Así pasó algun tiempo batallando consigo misma, y cada vez más esclava de su propia sensual flaqueza.

Una observacion la condujo á ser curiosa, y de la curiosidad á tropezar con una circunstancia, clave de otros peregrinos problemas.

Observó que la cama de su tío rara vez se hacía porque rara vez servia... Tambien la criada María le dijo que desde la boda de la señorita Irene el señor vicario no dormia en su alcoba.

¿Dónde, pues?

María era demasiado medrosa para ejercer su curiosidad durante las altas horas de la noche... No lo sabía.

Aunque reprochándose su deseo de inquirir, la condesita trató de averiguar aquel misterio.

La habitacion vicarial estaba contigua á la iglesia, comunicándose por la sacristía que daba al mismo zaguan de la casa. Así, imaginando que tal vez su tío se ausentaba del techo parroquial, escondióse una noche en el hueco de la puerta del zaguan al corral; y vióle en efecto... no salir á la calle, sino entrar en la sacristía y continuar hasta la iglesia.

Siguióle temblorosa.

Allí el vicario, en lo más sombrío de la nave, allí, adonde llegaba apenas el mortecino resplandor de la lámpara del altar, se sentó en un banco, reposando la cabeza contra el muro y extendiendo los piés desnudos sobre las losas del pavimento frío.

Así, en esa postura casi vertical, se entregó al descanso nocturno.

Pero su dormir fué penoso. Muy pronto sueños extravagantes se apoderaron de su cerebro, y con tal intensidad que le hacian prorumpir en exclamaciones y frases que revelaban á Felisa la índole de aquellas visiones.

Ella se sentía aterrada. Hubiera querido retroceder y no ser testigo de tan extraña escena; pero su planta se hallaba como clavada al suelo y su espalda cual si no pudiera desprenderse de la pilastra en que se apoyaba.

El silencio pavoroso de la iglesia, más imponente todavía por los mil ruidos indefinibles que retumbaban vagamente por entre los recodos de las bóvedas y las sinuosidades de los muros, hacía parecer al templo, en la imaginación de Felisa, albergue de fantasmas invisibles.

Los ayes del vicario, sus movimientos convulsivos, sus carcajadas histéricas, el accionar de sus brazos y el golpear de sus puños, indicaban bien que en su fantasía repetía algún objeto y contra él se debatía.

— ¡Ah! ¡Ah! Déjame,... tus dedos me punzan... ¡Ay! ¡Ay! Aparta,... tus labios son fuego... ¡Já! ¡Já! Huye,... no me toques... ¡Já! ¡Já!

Y á estas frases entrecortadas y anhelosas seguía un espasmo violento...

El vicario se escurría hasta caer en el suelo; y la impresión húmeda y glacial del enlosado, ya en sus plantas, ya en sus palmas, ya en sus mejillas, amortiguando la excitación sensitiva, daba otra forma diferente á las visiones de su cerebro.

Medio despierto, mas sin conciencia de su sér, se levantaba y volvía á tomar asiento, echando la cabeza sobre los brazos apoyados en el espaldar del banco.

Y á breve rato se renovaba el sueño, y con el sueño nuevas exclamaciones:

— ¡Ah! Piedad,... apartad de mí esas tenazas... ¡Ay! ¡Ay! ¡Vais á echarme en el fuego?... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Y el vicario se ponía en pié, golpeaba contra el muro; y sudorosa la frente, espumosos los labios, se quedaba tendido sobre el banco.

Pero, variando de postura, la opresión del corazón contra la tabla dura producía un nuevo sueño diversamente inquieto y agitado.

—¡Oh! Dejadme dormir... ¡Oh! ¡Oh! No arrastreis esa cadena... ¡Ay! ¡Qué son tan horrible!... ¡Ah! ¡Ah!

Felisa presenció todo esto, y por una intuición, tanto más penetrante cuanto que aquellos accidentes y los motivos que los produjeran estaban tan en armonía con las sensaciones de ella, le fué fácil interpretar uno por uno los sueños de su tío.

La fantasía de los pintores flamencos no ha representado en el lienzo las tentaciones de San Antonio en el desierto con tal propiedad como la fantasía de la condesita le fué representando esas mismas visiones que asediaron al vicario en el banco de su iglesia.

El demonio, convertido en doncella seductora, imprimiendo sus ósculos voluptuosos...

El diablo y otros diablos empalando con sus tridentes y lanzando la víctima en un brasero ardiente...

Lucifer y sus satélites moviendo hierros, tocando instrumentos horribles...

¡Oh! El vicario dormido y la sobrina despierta vieron ámbos las mismas fantasmas.

El misterio estaba aclarado... El buen eclesiástico desviaba por el día sus pensamientos con las satisfacciones de la mesa; y por la noche, para desviar los sentidos, torturaba el cuerpo, mortificaba la carne en medio de una atmósfera helada, al contacto de un pavimento húmedo, sobre una tabla angosta y dura.

¡Fuerza enérgica de voluntad! Pero esa voluntad no podía alterar sin lesión las leyes de la naturaleza.

Los miembros se ponían doloridos con las posturas incómodas, los piés se crispaban con la ausencia del calor, la sangre fluía al cerebro, los intestinos se irritaban, la digestión se operaba lenta y trabajosamente...

Y entumecido el cuerpo, lívido el rostro y matizado de rosetas sanguinolentas, hinchados los ojos y cargadas las sienes, el vicario despertaba...

Se calzaba, ajustaba sus vestidos en desórden, y ántes

de rayar el alba se dirigia á la sacristía á revestir sus ropas sacerdotales.

Cuando el sacristan abria la puerta de la iglesia, y llegaba á la sacristía, ya encontraba al vicario dispuesto á celebrar la misa matutina.

Y mientras la celebraba se iba restableciendo la calma en su cuerpo lacerado. El espíritu, engolfado en los misterios del santo sacrificio, refluía á su vez sobre la carne.

La voluntad habia triunfado de los sentidos.

Esa última escena del drama nocturno acabó de impresionar á Felisa. Cuando vió el semblante apacible de su tío despues de la misa; cuando le vió tomar risueño su chocolate, y recibir con su bondad acostumbrada á los palurdos del lugar y oír sus necedades, cual padre cariñoso que no distingue entre el hijo avisado y el hijo sándio,... ¡oh! llegó casi á imaginar que ella era quien habia soñado, y que el convulsionario... el energúmeno... el desesperado de aquella noche, no era su tío el párroco.

Pero una nueva circunstancia corroboró en ella la certidumbre de lo que habia presenciado, y con esto entró de una vez su ánimo en la crisis que de tiempo atrás le venía amagando.

Aquella misma mañana se presentó el magistrado Turbosa á entenderse con el señor vicario para influir en que Felisa le otorgara por fin su mano.

Dos personajes serios como el juez y el cura párroco, tanto por su temperamento físico como por su carácter social, habian de tratar de asuntos serios, aun en su conversacion familiar.

Estando de sobremesa, el punto de la discusion vino á ser el mismo que el del drama nocturno.

El tema era escabroso... La condesita se limitó á escuchar, ocupada, al parecer, en una labor de aguja.

—Muy joven era yo,—dijo en apoyo de su tesis el vicario,—cuando leí en un diccionario de medicina que, habiendo oído decir un epiléptico que sólo los idiotas y los

imbéciles estaban sujetos á ataques de epilepsia, y que el individuo era siempre dueño de impedir se renovase su mal, sin más que quererlo así fuertemente,... fué tan profunda la impresion de ese dicho en el espíritu del enfermo, que logró dominarse, y halló en su voluntad misma el remedio más eficaz contra sus ataques.

—¡Oh!—exclamó el juez.—¿Y quién puede ejercer sobre sí tan fuerte imperio?

—Yo de mí sé decir,—observó el vicario,—que sea por temperamento, sea por conviccion, sea por el efecto singular de esa lectura en temprana edad, me he connaturalizado con la doctrina de la fuerza de voluntad, y que hoy dia creo que todo hombre puede practicarla.

—Practicarla, sí, convengo en ello, señor vicario; pero llegar á conseguirla en pleno, triunfar absolutamente... ¿es acaso hacedero?

—¡Por qué no, amigo Turbosa! Más difícil es conseguir cuando los resultados de la voluntad propia dependen de la accion ajena; más difícil es el *querer es poder* de Sixto V, y con esta máxima absoluta llegar de porquero á papa; y sin embargo él lo consiguió... Pues, cuando la accion está en nosotros mismos, ¿por qué la voluntad propia no ha de triunfar de la accion propia?

—¡Oh, señor vicario!... Pero es una lucha horrible, espantosa... No sé yo si el vencimiento será mayor desastre que el acto mismo desastroso...

Al decir esto el juez, los ojos de Felisa se dirigieron involuntariamente hácia su tio. Este ahogó un suspiro, y replicó con pausada voz:

—En mi cargo parroquial no puedo negar que la imaginacion tenga sus delirios; que en la iglesia, que en el confesonario, que en el ara misma no me persigan ardores devorantes... El sacerdote, en el ejercicio mismo de su ministerio, puede encontrar tentaciones que estimulen sus sentidos; la pasion no satisfecha puede hacer afluir la sangre al cerebro y al organismo... Al entrar por la noche en su soli-

tario aposento puede ver pasar la larga procesion de fantasmas seductoras, que le llamen, que le inciten...

El vicario se interrumpió; el juez le preguntó con trémulo y apagado acento:

—¿Y entónce?

Brilláronle los ojos al vicario con cierto fulgor de frenesi, y respondió:

—Entónce el sacerdote se postra en tierra y ruega á Dios con fervor. Muchas veces sus esfuerzos por alejar aquella alucinacion sólo sirven para hacerla más incitativa y violenta... Pero persistiendo en su energía de voluntad, la carne sucumbe,... el espíritu se alza triunfante... Y créame usted, amigo Turbosa; es, en verdad, un muy noble y muy sublime martirio.

Estas últimas palabras trajeron á la memoria de Felisa todo lo horrible de la convulsion en que habia visto á su tio rodando por el suelo.

El magistrado interrogó:

—¿Y no cree usted tambien, mi querido vicario, que en esa lucha, donde sale atormentado el cuerpo, la victoria es victoria porque no es inmaculada?

— ¡Ah! — prorumpió suspirando el eclesiástico. — Calle usted, Turbosa... Yo no sé lo que creo...

Paró la conversacion; María sirvió el café.

Aquella fué una noche agitada para la condesita.

Retirada en su aposento, cierta ya de la índole de las luchas nocturnas de su tio, debatióse consigo misma largo rato, imitando, en cierto modo, lo que habia visto hacer al vicario.

Pero huía el sueño, y su delicada naturaleza femenina la obligaba, contra su querer, á buscar el calor del lecho.

Várias veces saltó al suelo frio, várias veces buscó nuevamente el abrigo de las sábanas.

Triunfante así de sus estímulos, allá á la madrugada, se cerraron penosamente sus párpados, miéntras sus labios tartamudeaban convulsos:

—Yo tambien sabré tener fuerza de voluntad.

XVII.

EL ESCRÚPULO DE IMPUREZA.

Hemos dicho que Turbosa se habia presentado al vicario pidiéndole su influencia para obtener la mano recalci-trante de Felisa.

El digno párroco trasmitió buenamente á su sobrina la pretension del magistrado, sin hacerle más que este sencillo raciocinio:

—Hija mia, en asuntos del corazon no caben consejos... Nadie más que el individuo, solo con su fuero interno, sabe lo que le conviene... Quizá lo que para otros sea demencia, sea para él cordura... No veo más que un peligro en esas decisiones individuales: la precipitacion... Pero si el acuerdo es tomado con lenta reflexion, por absurdo que fuere, es siempre más racional que el consejo ajeno... Respecto á tu enlace con Turbosa, me parecerá excelente si tú le aceptas; me parecerá detestable si tú le repruebas... El albedrío es libre, Felisa; no renuncies á la independencia de tu voluntad.

Estas palabras venian á confirmar las resoluciones ya muy antiguas en la mente de la doncella.

Nada habia podido disuadirla de su persuasion, cada vez más creciente, de que algo habia en ella que la hacía impropia para el matrimonio.

Ni las lecturas, ni su aficion al estudio, ni su frecuentacion del gran mundo, ni las prácticas devotas, ni el misticismo á que se entregó desde que vivia al lado de su tío, nada, en fin, habia podido destruir aquella idea.

Várias veces se habia puesto á meditar sobre aquel fatal pronóstico del frenólogo inglés Mr. Bucket: el combate que se despertaria en ella cuando llegara el caso de entrar

en ejercicio sus dos propensidades dominantes, á saber: la del amor físico y la de la propia conciencia.

Y en efecto, mientras creyó que la satisfaccion personal de la primera propensidad no la agraviaba ante los ojos de ningun hombre; mientras juzgó que esa satisfaccion era únicamente el ejercicio de una facultad inherente á la naturaleza femenina, pudo entregarse á ella sin lucha con su conciencia...

Cuando llegó á sospechar que semejante indulgencia abusiva de sus sentidos producía síntomas de malestar físico y de turbacion moral, acudió á la energía de su voluntad, y durante algun tiempo supo vencerse...

Pero cuando volvió á recaer en sus hábitos solitarios, cuando se presentó de nuevo el pensamiento de que injuriaba á su cuerpo, y que esta injuria creaba una irregularidad para el himeneo, empezó á nacer otro órden de ideas que era como el desarrollo de su segunda propension frenológica: la concienciosidad.

Mas si su conciencia le prescribía no darse en matrimonio á ningun hombre, ella, criatura de Dios, formada como todos los seres para la reproduccion de su especie, esa misma conciencia debía acusarla de aquella su animal pasion, que así la hacía impropia para esos fines de la criatura.

Pecaba, pues, contra Dios; pecaba, pues, contra el precepto divino de la reproduccion; ella misma con su pecado se imposibilitaba para tomar marido.

¡Oh remordimiento! ¡Oh agonía del espíritu!

Desgraciadamente su confesor, un fraile exclaustrado, agregado á la parroquia de su tío, era uno de esos eclesiásticos ignorantes, poco aptos para sondear las perturbaciones del ánimo y los descarrios de la pasion, y que todo lo cifran en el cumplimiento de las prácticas del culto.

Daba gran importancia á si su penitente tenía la bula de la Santa Cruzada, si guardaba los ayunos de la Iglesia, si mezclaba carne con pescado, si frecuentaba con regularidad los sacramentos, misas, rosarios y novenas, si trabajaba en

dia de fiesta, si al asistir al templo llevaba velo claro ó mantilla espesa, si se distraía en las ceremonias religiosas, si leía libros prohibidos, si hablaba con poco respeto de las cosas sagradas ó de las personas eclesiásticas,... en una palabra, sólo atendía á las fórmulas, y no comprendía nada de los deberes morales.

¡Hay tantos de esos confesores incapaces!

De esta suerte, érale imposible á Felisa espontanearse con su director espiritual, quien, en vez de llevar la calma á aquel corazón atribulado, le abría más y más la puerta del remordimiento y de los angustiosos escrúpulos.

Tal era la situación de su ánimo, cuando presencié las misteriosas torturas de su tío, y cuando se le declaró resueltamente el magistrado.

Fué hecha esta declaración paseando á orillas del Guadarrama, en un sitio donde todavía se advierten los vestigios de un antiguo molino. Allí la corriente es rápida y el agua salta por entre peñascos abruptos, formando espumosas ondas.

—Ya ve usted, Felisa;—le decía,—el agua se detiene ante el obstáculo; pero, arrastrada por su impulso, si no puede arrancar la piedra que se le opone, salta por cima de ella y continúa su curso. El impulso de la corriente es como la voluntad de la criatura: todo cede á la voluntad, y no hay tropiezo que ella no pueda salvar. Usted dice que á ningún otro hombre prefiere en su corazón... Siendo así, ¿qué dificultad, qué motivo la disuade de aceptar mi mano?

—¡Ay, Turbosa! Cuando al cabo de tanto tiempo ha visto usted siempre en mí una constante repugnancia á aceptarle por esposo, ¿no juzga que algún accidente terrible pone trabas á mi propia voluntad?

—¡Accidente terrible, Felisa!... No comprendo. Repito el mismo símil... Arrastrado por el impulso de mi cariño, cierro los ojos y no veo obstáculo alguno... Salto por todos.

—Hay obstáculos por cima de los cuales no puede permitir una mujer de conciencia que salte ningún hombre

pundonoroso... y en ese caso me encuentro yo, amigo Turbosa.

El magistrado se quedó pensativo; mas al breve rato prorumpió:

—Yo eximo á usted, Felisa, de todo caso de conciencia. Si alude usted á su pasado, yo le cubro con un velo impenetrable... Usted empieza para mí en este instante.

—Usted no puede, amigo mio, volver la armonía á lo que está en desórden... usted no puede hacer que la ruina deje de ser ruina...

—Pero con las ruinas, Felisa, se edifica otra vez... Déjeme usted ser el arquitecto que levante un nuevo edificio de amor, un nuevo santuario de cariñoso respeto...

—¡Ay, no nos entendemos, amigo mio!—suspiró tristemente la condesita.

El magistrado la miró absorto; pero sus ojos no pudieron reflejarse en los ojos velados de la jóven.

—¿Me permite usted interrogarla, Felisa?—preguntó algun tanto entrecortado Turbosa.

—Si ántes no acierta usted á leer en mi corazón, ¿cree por ventura de alguna utilidad sus preguntas?

—Tal vez haya acertado ya, Felisa.

Un vivo encarnado coloreó las mejillas de la jóven, que bajó sus párpados al suelo en confuso ademán, mientras la palidez fué substituyendo poco á poco al primer rubor.

Siguió un largo rato de silencio, sólo interrumpido por el murmurar de la corriente.

—Y si hubiese acertado,—repuso Turbosa, anudando su frase,—¿cambiaría usted de propósito, amiga mia?

—Diga usted,—contestó con lánguida y balbuciente voz la doncella.

—¿No dice usted que yo no puedo volver la armonía adonde está el desórden?

—Sí, lo he dicho.

—¿No dice usted que no puedo yo hacer que la ruina deje de ser ruina?

— Sí, lo he dicho.

— ¡Pues bien!... Si otro hombre causó ese desórden, si otro amante infiel produjo esa ruina,... vuelvo á repetirlo: arrojo un velo, y sobre ese velo yo me constituyo en reparador de toda infamia... Aquí está mi mano, Felisa.

Y el juez tendió su mano á la jóven; pero la jóven no la acogió con la suya.

— No, Turbosa... A ningun hombre he consentido jamás palabras de amor... Los conceptos sentimentales únicamente de usted los he escuchado en mi vida de doncella.

— ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!—prorumpió el magistrado en larga exclamacion.—Pues si tal causa no existe... ninguna otra existir puede.

— ¡Triste causa hubiese sido!—replicó Felisa.—Yo comprendo que una jóven, víctima de un seductor, tuviera escrúpulos en unirse á otro hombre sin confesarle su desgracia... Si tal hubiese sido la mia, créame usted, amigo Turbosa, la generosidad de que me acaba de dar tan relevante prueba me habria obligado á no rehusar su mano y á consagrarle cariñosa toda mi existencia; pero...

Y la condesita se calló.

— No se interrumpa usted, Felisa; yo la escucho con toda la pasion de un corazon amante, pues considero que nada formal puede haber que se oponga á nuestro feliz enlace.

— ¡Ay, amigo mio! Sí, algo hay más triste que la seducion de una doncella... ¡Ojalá no fuera otro mi infortunio!... ¡Aún me quedarian dias de felicidad en la tierra!

Y esto diciendo, la condesita apresuraba el paso por las cuestas montañosas, y trataba de regresar cuanto más ántes al pueblo y á su morada.

Turbosa hacía esfuerzos por contenerla, ya parándose, ya dirigiéndole preguntas, ya insistiendo en que aceptaba todas las condiciones, admitia todas las circunstancias de cualquier indole que fueran, se conformaba absolutamente con todo el pasado de Felisa para no pensar más que en hacerla su compañera y su esposa querida...

Llegaron á casa.

—Mi alma sufre, Turbosa,—le dijo la condesita,—siento que mi razon desvaría... Es usted el único á quien he amado en mi vida; pero yo no puedo ser suya,... mi conciencia me reprocharia eternamente si me uniera á usted en matrimonio... Adios, no hablemos más de este asunto... Ni usted ni ningun otro hombre será nunca mi marido... Seria ofender á Dios... Déjeme usted al ménos esperar en su misericordia infinita...

Y la doncella desapareció ante los ojos asombrados del desahuciado Turbosa.

La noche que siguió á esta plática fué de penoso insomnio para ámbos, para Felisa y para el magistrado; y en ámbos habia de producir efectos fisiológicos diametralmente contrarios.

La fuerza de voluntad produjo en la condesita el mismo resultado que ya en otra ocasion habia motivado. Si entonces, por sólo las insinuaciones del médico Salces, comprendió que con la energía del espíritu se dominaban las sensaciones de la carne, ahora que habia visto la experiencia práctica en la conducta de su tío el vicario, se sintió con mayores bríos, ayudada de su nuevo misticismo, para imponer silencio á todo corporal estímulo.

Pero en Turbosa, que habia buscado en el matrimonio un remedio á su pasion solitaria, la repulsa de la condesita le llevó á entregarse con nuevo furor á su habitual indulgencia...

Y ¡fenómeno singular que sólo la fisiología suficientemente explica! La represion en la una y el desbordamiento en el otro los condujeron á ámbos, á Felisa y á Turbosa, á idéntica situacion moral, como veremos más adelante.

En el entretanto, hostigada la mente de la condesita por aquella idea fija, que habia llegado á convertirse en un escrúpulo roedor de personal impureza, una vez ya desahuciado por completo el magistrado, y á solas con su conciencia, no pudiendo conciliar el sueño, saltó de su lecho,

y sentada á su mesita, frente á un crucifijo de marfil, pendiente de la pared, púsose á escribir las reflexiones que atropellaban su enardecido espíritu.

Es un estudio curioso el de esas divagaciones de un cerebro exaltado por una idea siempre constante... Así, escogemos al azar entre los papeles de Felisa los siguientes párrafos escritos en la citada noche:

»Silencio pavoroso me circunda,... todo duerme en derredor mio,... y yo sola, yo sola entre los mortales, no hallo reposo á mi dolor.

»Dios mio, Dios mio, que por el hombre padeciste... Jesus mio, Jesus mio, que por el pecado moriste en una cruz,... da paz á mi tormento, consuela mi afliccion.

»¡Ay! En vano busca la calma mi fatigado pecho. ¡Ay! En vano suspira mi triste corazon.

»¡Ay! Mi cerebro sufre con cruel pensamiento. ¡Ay! Un día y otro día siempre la misma idea, con angustiosa y tenaz porfía no se aparta de mí.

»¡Atormentado corazon! ¡Sombrio pensamiento! ¿No habrá tregua alguna vez? ¿No cesará vuestro eterno sufrir?

»¡Oh! No, no,—una voz me responde. — La felicidad pura que una vez voló, para siempre partió. La alegría verdadera que una vez se ausentó, no vuelve á llenar el seno que la pasión agostó.

»Llorar es preciso,... ya no hay contento. Los goces profanos no alejan tristezas.

»¡Ay! Los medios ilícitos traen míseros fines... ¡Ay! Pecado que en la mocedad sonrió, lloroso remordimiento dará en la vejez.

»Pero ¿qué es esto? ¿Por qué mi carne se rebela? ¿Por qué los sentidos no obedecen á la reflexion?... Jesus mio, Jesus mio, yo veo tu sangre, yo veo tu amargura. Jesus mio, Jesus mio, tu dolor en el Calvario no aplaca mi impureza... Jesus mio, Jesus mio, el estímulo es furia insana, es ardor devorante... ¡Ay! ¡Ay! Yo voy á sucumbir...

»Detente, mano, ¿qué vas á hacer? Detente, mujer, que
»el enemigo te acecha...

»Demonio de la carne, apártate... Demonio de los sen-
»tidos, huye léjos...

»¡Já! ¡Já! ¡Já! No me seduces... Instigacion desechada...
»más contento da al cuerpo que acto contra naturaleza que
»á la criatura mancha.

»¡Despierta, levanta, alma mia! El pecado... si se arrai-
»ga... crece fuerte y atrevido... Pisotéale, alma mia, ántes
»que subyugarte pueda.

»La razon y la conciencia son en tu auxilio. Ellas te
»guiarán si dudas; ellas te apoyarán si vacilas... Hijas son
»del cielo enviadas á los mortales para hacerlos animosos
»contra la tentacion impura.

»¡Ay del que fia en sus propias fuerzas! El que está so-
»lo puede tropezar; el que está con Dios no caerá en la es-
»clavitud de Satan.

»Cuando yo considero ¡qué sonrojo! que algun mortal
»espiándome pudiera ver mis actos... Cuando yo considero
»¡qué horror! que el hecho misero pudiera aparecer mar-
»cado sobre mi frente... ¡Ay! ¡Y que los hombres pudieran
»contemplar y saber lo que yo misma sé que soy, infeliz
»mujer!

»¡Ah! ¡Ah! Sólo el pensarlo tortura mi mente... Sólo el
»suponerlo angustia mi razon...

»Y, sin embargo, mofándome del cielo, ante la faz de
»Dios, yo loca y convulsa abusé de mi cuerpo...

»Y tú, mi Redentor, siempre bueno y compasivo, per-
»donaste mi sensual extravío.

»¡Ah! No hay más que la gracia divina que perdonar
»pueda el erótico error.

»Mas aunque al arrepentimiento siga el perdon, en va-
»no es ansiar volver á nuestra pristina pureza.

»Sabedlo, mujeres... Si Dios en su gracia redime el al-
»ma extraviada, su poder no alcanza á redimir nuestra car-
»ne impura.

»Ni amarga congoja, ni doloroso pesar, ni eterna aflicción, ni diario remordimiento lavan jamás la polución del seno.

»No lo olvideis, mujeres; de mí aprended, y sirvaos mi ejemplo, si desfallecer no quereis.

»Oid y recordad:

»Yo era niña; yo fui jóven... Curiosidad tenebrosa incitó mi niñez; pecado de inmundicia degradó mi juventud.

»Pero ¡ay! Despues vino mi castigo... Tristes pensamientos me asediaron, punzantes reproches me agitaron...

»La conciencia fué mi verdugo á todas horas.

»Amé y fui amada,... un momento creí que el amor purificaría mi sér. ¡Vana ilusion!... Yo, que habia abierto el abismo, no debia saltar por él... Me detuve temerosa, y cumplí con mi deber.

»Pues ¡cómo pasar ese precipicio interpuesto ante la vida de mujer casada!... ¡Ay! No puede ser.

»Y, siempre llorando, yo pensaré que no soy digna de encadenar mi suerte al hombre que me tendió su mano...

»Porque esa mano salvar no puede del abismo de carnal impureza.

»Así, mi loca extravagancia ha fijado mi destino...

»Ni goces de casada ni hijos tendré queridos... Sola, solitaria, nadie se cuidará de mí, nadie me dará su cariño.

»Desfallecerán mis años,... me sentiré morir.

»¡Oh, cándidas hermanas! Si os extraña lo que os doy á comprender; si, inocentes y virginales, meditais sobre mi peregrina historia, agradeced á Dios supremo que os conserva sencillas todavía y puras, pues sólo la pureza puede asegurar inefable dicha.

»Y si habeis ya caído, cesad de pecar; el cielo tiene sitio para todos. Quien implora gracia será perdonado.

»De rodillas, mujeres... Llamemos á Dios consolador...

»¡Ah! Bien sabe Él cuán frágiles somos... ¡Ay de nosotras si no derramara sobre nuestra flaqueza su sonrisa tutelar!»

Por estilo del anterior fragmento poseemos otros varios

escritos de la condesita de Negroponte, en que, con imágenes más vivas y palabras más marcadas todavía, encomendaba al papel todos los remordimientos, todos los escrúpulos de una impureza que su exagerada conciencia le sugería como otros tantos obstáculos para contraer honrado matrimonio.

Generalmente, para escribir esas largas agonías de su espíritu, se inspiraba en los salmos de David, y, teniendo á la vista el texto bíblico, lo acomodaba á la idea fija que tenazmente la avasallaba.

Nunca le ocurrió que diciendo la verdad positiva á Turbosa, que revelándole cómo no era un hombre, cual él había podido pensar, quien sedujera su doncellez, sino ella misma la que abusara de su inmaculada virginidad,... nunca le ocurrió que su pretendiente pudiera quizá disipar sus escrúpulos, y que él mismo era igualmente víctima del propio desliz de impureza.

Todo lo contrario... Semejante declaración le causaba instintivo horror, y lo que trascribía al papel, jamás lo hubiese confesado ella á humana criatura.

Bien es cierto también que, después de haber desahuciado Felisa las pretensiones de Turbosa, éste no volvió á verla ya más.

Había pasado él aquella noche divagando, no escribiendo como Felisa, sino analizando en su mente si le era positivamente necesario unirse al otro sexo, si no era quizá peligroso pretender una conexión sin la cual había vivido hasta entonces en perfecta serenidad de espíritu...

Y en su fuero interno acordó evitar nuevos peligros.

Así, apenas amaneció, despidióse del vicario y regresó á Madrid, para no pensar ya más que en sus ocupaciones judiciales.

Y ahora es la ocasión de entrar en el análisis fisiológico del hecho que domina la esencia de esta historia.

XVIII.

EL ABUSO DE SÍ MISMO.

El magistrado pareció tomar con resignacion aquella repulsa definitiva, que volvía á constituirle en su antiguo estado de alejamiento del trato femenino.

Mientras sus relaciones con Felisa de Negroponte hicieron nacer en él nuevas ideas, modificando ó templando en gran manera sus hábitos solitarios, su constitucion orgánica habia experimentado cierta sensible mejora que parecia haberle dado nueva juventud.

En efecto, cuando conoció á la condesita, eran visibles sus primeros síntomas de una vejez anticipada; pero desde que empezó á frecuentarla con alguna expansiva intimidad, fué disminuyendo su demacracion y borrándose casi las tempranas arrugas de su rostro.

Sus ojos además presentaban animacion, y su continente era el de un hombre, si no vigoroso, al ménos de salud cabal.

Durante cuatro años sus amigos le habian felicitado diariamente de aquella juvenil mudanza; y si bien iba ya caminando hácia los cuarenta, no era el sér decrepito que anunciaba su primera edad.

El amor habia sido para Turbosa fuente de segunda vida y lozanía.

Cierto instinto de pasion espiritual fué el que forzó su sensualidad á no desbordarse en violentos extravíos que agotaran su físico para los fines del matrimonio.

Pero, una vez desahuciada toda idea matrimonial, una vez resuelto á seguir permaneciendo célibe, renovóse fuerosamente en él aquel abuso de sí mismo, que en el colegio habia hecho designarle con el significativo apodo del jóven sensualista.

Dejó de frecuentar la compañía de sus amigos, y siempre buscaba vado á sus tristes imaginaciones en lejanos y solitarios paseos.

Dedicóse con afán á examinar las causas y procesos que correspondia juzgar al tribunal de que formaba parte, y sus compañeros, los oidores de sala, vista su afición, le encomendaban por lo regular el estudiar y formular el dictámen.

Esto parecia absorber todo su ánimo, entreteniéndose largas horas de bufete en hojear expedientes, que, si versaban sobre algun crimen, de seguro que la pena menor que le ocurría proponer á Turbosa era la del patíbulo.

—¡Horca, horca! ¡Garrote, garrote!—exclamaba allá á sus solas con risa histérica al tomar la pluma para extender su informe.

—¡Muera, muera!—volvía á repetir cuando, al firmar el escrito, hincaba con tal convulsion la pluma que siempre el último trazo de sus rúbricas terminaba en puntos de salpicada tinta.

Su diestra mano firmaba muerte para otros, al mismo tiempo que su izquierda arruinaba en desvarío sensual su propia naturaleza orgánica.

Así, poco á poco, fué enflaqueciendo y volviendo á su primitiva demacracion. Hízose indolente; costábale trabajo fijar la atencion.

Perdió por completo todo apego á distracciones y entretenimientos, principalmente donde pudiera reunirse el bello sexo.

Si nunca sintió atractivo hácia las mujeres, al ménos su amistad con Felisa de Negroponte sirvió para reconciliarle con su trato en tal manera, que más de una vez le encontraron ellas socialmente agradable; pero desde que cesó de ver á la condesita se apoderó de él un horror invencible hácia el otro sexo, del que huía con repugnante aversion.

Tambien perdió gradualmente su afición á los paseos, los que le producian cierta palpitacion fatigosa, obligándo-

le á pararse y tomar aliento. El menor ejercicio le cansaba y oprimia el pecho.

Su rostro fué adquiriendo marcada palidez, y sus párpados tomaron un color violado, tanto más perceptible cuanto fueron hundiéndose los ojos, cuyos movimientos parecían indicar al propio tiempo como si quisieran saltar fuera de sus órbitas.

Cada día que pasaba era un nuevo signo de debilidad que se hacía sentir en el organismo del togado, quien muchas veces se entretenía en contar los ténues latidos de su pulso, siguiendo así paulatinamente aquella extenuación, que no sólo afectaba su sistema muscular, sino las funciones también del corazón y de los pulmones.

Generalmente había sido hombre de voraz apetito, siempre dispuesto á comer á todas horas, sin que por eso se hubiesen desarrollado sus carnes y contextura en proporcion al excesivo consumo de alimento; pero también cesó esa voracidad, vino la inapetencia, y tras la inapetencia las malas digestiones, flato y pesadez en la cavidad del estómago.

Todos estos síntomas de malestar influían notablemente en el espíritu de Turbosa, quien iba volviéndose melancólico é hipocondriaco, sobre todo después que, para complemento de desazon, solían acometerle vahidos y dolores agudos de cabeza.

Entonces fué cuando comenzó á estudiar hasta en sus menores detalles todos los progresos de su singular dolencia, para poder consultar con fruto la opinión de un facultativo entendido, calculando quizá que los pacientes de esa clase de males son calificados por lo general de aprensivos é imaginarios.

De ese estudio sobre sí mismo resultó que una de las causas que parecían debilitarle más eran ciertas emisiones involuntarias durante la noche; y, ¡descubrimiento singular! aborreciendo como aborrecía despierto al bello sexo, se imaginaba asociado con él en libidinosos sueños, á los cua-

les seguía luego una postración enervante por espacio de uno ó dos días.

Además, su organismo generador sufría cierta blanda laxitud y relajación, y cierto hormigueante prurito, el cual se extendía á veces por toda la columna vertebral, mezclado otras con temblores y calambres en todas las extremidades.

A esta debilidad física acompañaba igualmente la debilidad moral: las facultades mentales estaban algún tanto resentidas.

Turbosa sentía que le flaqueaba la memoria, que no podía fijar la atención en nada, que no poseía ya aquella actividad y energía de entendimiento que en otro tiempo le caracterizaba.

Ni leyendo ni estudiando podía retener el conocimiento necesario para desempeñar sus funciones judiciales y sus deberes sociales.

¡Oh! Cuando llegó á sospechar que, en efecto, podía existir en él impotencia intelectual, experimentó amargo pesar y horrible presentimiento. Despertóse en su mente cierto tedio vago é instintivo que le llevaba á pensar en el suicidio, mas sin dejar por eso de examinar afanosamente á todo momento el estado de su salud: cómo tenía el pulso... qué tal hacía la digestión... cuántas horas dormía... qué efectos seguían á sus emisiones sensitivas, inconscientes ó voluntarias... qué síntomas nerviosos presentaba su organismo... qué impresiones recibía su cuerpo de los cambios atmosféricos... qué lesión sufrían sus dientes y muelas... y hasta qué progresos hacía la canicie de su pelo.

Decidióse, pues, el togado á ponerse en manos de un facultativo, á quien explanaría todas las circunstancias de su dolencia,... muy ajeno, sin embargo, de que sólo tenían un origen, uno solo: el abuso de sí mismo.

Escogió al médico Salces, que ya le había asistido algunas veces, y que en su concepto reunía la ventaja, no muy común en los de su facultad, de anteponer los medios filosó-

ficos á los terapéuticos, prodigando los primeros y siendo muy parco respecto de los segundos.

Aunque Turbosa no se lo presumia, poco podia decirle á Salces, que ya ántes no hubiera éste adivinado; quien, á pesar de todo, mostróse cual no advertido del caso, entreteniéndose en larga consulta con el paciente.

Tal vez más de un lector nos haria gracia del relato de esta consulta. Si así fuere, vuelva la hoja hasta el siguiente capítulo; y cuando, por fatalidad suya, se encontrare algun dia en la situacion de Turbosa, abra de nuevo el libro por la página desdeñada, que de seguro la leerá entónces con alguna meditacion para compulsar los síntomas de su propio individuo...

Díjole el médico al togado despues de haberle oído:

—El organismo humano está tan maravillosamente formado, que todas sus partes guardan entre sí una dependencia armónica tal, que las hace co-existir en equilibrio perfecto y absoluto. No puede impunemente tocarse á una parte, sin que la otra se afecte en igual manera; no puede ser sensible la una sin responder simpáticamente la otra... Hablemos, amigo Turbosa, de las circunstancias de su mal-estar de usted; veamos dónde se resiente su organismo, para inferir cuál es el verdadero asiento de la lesion... Quizá, quizá, la causa de su incomodidad no está donde aparece...

—¡Qué!—interrumpió Turbosa.—¿Empieza usted ya por prevenirme que mi molestia es puramente imaginaria?

—No, amigo mio... Bien comprende usted que no en vano he empleado mis vigiliass en el estudio de conocer las enfermedades, para ir á juzgar ahora como el vulgo de las gentes; no... Pero este estudio me ha hecho buscar las causas donde el vulgo no las descubre.

—Pregúnteme usted, pues, que creo poder satisfacerle con algun acierto, segun el largo exámen que hace tiempo vengo haciendo de mi dolencia.

—Siendo así, en primer lugar voy á preguntarle acerca de los efectos fisicos que experimenta, esto es, los que ha-

een relacion á las funciones de los sentidos: ver, oír, oler, y gustar... Despues inquiriré acerca de los efectos morales.

—Unos y otros he tenido cuidado de observar, amigo Salces.

—Advierto, amigo Turbosa, que ha disminuido la brillantez de sus ojos y su penetrante expresion, y que su mirar tiene algo de vago y confuso... Huye usted de encontrar mis ojos, como si le faltara confianza para arrostrar mi mirada; vuelve rápidamente la vista y la baja al suelo, aparentando timidez ó vergüenza.

—Sí,—respondió el magistrado, y evitando en efecto la mirada del facultativo;—es una circunstancia que no puedo vencer, y que irresistiblemente me obliga á parecer como abochornado reo... Es un síntoma muy extraordinario que no sé á qué atribuir, pero que me aflige sobremanera cuando en él medito.

—Pues va acompañado, amigo mio, de otro síntoma que le es en cierto modo análogo...

—¿Y cuál es?—se apresuró á interrogar el juez con voz temblorosa.

—Ese mismo temblor con que me pregunta, esa vacilacion en su habla, esa especie de tartamudez producida por la emocion, esa inestabilidad de sus extremidades inferiores, esa agitacion de sus manos, esa palpitacion de su seno que se advierte por las ondulaciones de la pechera de la camisa...

—¡Ah!—prorumpio Turbosa.—Todos estos síntomas se me han hecho habituales á pesar mio.

—Sí, así sucede siempre... Por lo mismo revelan el mal, aunque el paciente quiera disimularlo... Mas, pasemos ahora á otros síntomas que usted debe referirme, y que no se presentan á mi exámen, como han sido los de los ojos. Hablo del oído... ¿Qué cambios ha experimentado usted en este sentido, amigo mio?

Observo que es ménos agudo que lo era ántes, y algunas veces casi diria que estoy sordo... En este particular

me ocurren cosas singulares, pues resuenan en mi oído los ruidos más extravagantes. Ya me parece que es un silbido continuado, ya que es el redoble de un tambor lejano, ya el ruido de una cascada, de una presa de molino, de un aguacero, de una tormenta que trajera el eco á larga distancia.

— Todos esos síntomas del oído guardan analogía con los que usted experimenta en el órgano de la vista, amigo Turbosa; y supongo que lo mismo sucederá con los del olfato... ¿Qué ha notado usted en este sentido?

— Que me es muy difícil apreciar la diferencia entre unos y otros olores, y á veces ó no huelo nada, ó atribuyo equalidades extrañas y fantásticas á los objetos, que yo sé no huelen como yo me figuro; ó si no lo advierto por mí mismo, los que me oyen se asombran de mis apreciaciones... Por ejemplo, el otro día, me sirvieron de principio merluza frita, y mis narices se obstinaron en persuadirme que aquel pescado despedía un aroma fragante de rosas y azucenas. En cambio, después me presentaron fresas, y no pude comerlas, porque para mi olfato apestaban á bacalao podrido.

— Y probablemente esa sensación viciosa se comunicará asimismo al paladar... ¿No es cierto?

— Ciertísimo. Todo me parece insípido, sin gusto alguno; ó bien muchas veces amargo, ó salado, ó con sabor á tierra. En esta parte, el apetito sigue caprichos raros; la lengua aparece viscosa y como que se pega al cielo de la boca, y no siento ganas de comer; pero también me sucede tener la lengua expedita, y entonces siento una apetencia devorante.

— Supongo que esos cambios en el paladar corresponden con el desorden de los órganos digestivos.

— Completamente, amigo Salces: cólicos, diarreas, constipación, dolores de estómago,... raro es el día que la digestión no sea lenta y penosa.

— Y otro tanto puede decirse del pecho y garganta... ¿Verdad?

—Así es... Siento á veces como un ahogamiento que me embarga el respirar, grandes latidos en el corazon, sofocos en la cara; y muchas mañanas, al levantarme, me ataca una especie de carraspera con flemas, que se acumulan en la garganta y que me cuesta trabajo desembarazarme de ellas.

—Pues bien, amigo mio; ahora que hemos repasado los efectos fisicos, que, de seguro, reconocen todos una misma causa, vamos á los efectos morales, á ver si tambien proceden de igual origen...

—¿Y esa causa es?—interrogó el magistrado.

—Cuando hayamos fijado los síntomas morales, yo se lo diré, amigo mio, con toda franqueza; y se convencerá usted de que no los reputo yo imaginarios, porque pertenezcan á la fantasía... Primeramente, usted me consultó en otra ocasion sobre que le parecia que sus facultades intelectuales sufrían algun deterioro; que la memoria, la imaginacion, y sobre todo la atencion, se resentían notablemente... En segundo lugar, me habló de las perturbaciones de su carácter, el que, segun observacion de sus amigos, se habia vuelto desigual, irritable, triste, aburrido, tímido, sombrío, pusilánime; que huía usted de su compañía, y principalmente de las mujeres; y buscaba la soledad... ¿Han aumentado ó disminuido estas circunstancias, señor Turbosa?

—Puedo decirle sin equivocarme, señor Salces, que han ido cada vez en mayor aumento.

—Bien; es decir que hay en usted un estado, llamémosle de degradacion física y moral, que coincide con otro estado de sensibilidad tambien física y moral, pero de sensibilidad exaltada... Habrá en usted una gran impresionabilidad á las variaciones atmosféricas; el frio, el calor, la intemperie, la humedad, la sequedad, todo, en una palabra, le afectará al cuerpo.

—Todo, todo, amigo Salces.

—Lo mismo respecto al entendimiento. Sus sueños de usted serán extravagantes...

—¡Oh! Sí, los más fantásticos y singulares... Ladrones y asesinos que me persiguen; fieras que me acometen; gigantes que me despeñan ó arrojan de una torre; abismos en que me precipito; mares en que me ahogo; incendios en que me abraso; epidemias en que muero; hambres que padezco; sed que me devora; la fuga de mi administrador; la ruina de mi fortuna; la destitucion de mi empleo; apaleamientos, porrazos, y otros mil accidentes y dolores; pero que no siempre me ocurren dormido, sino despierto, y aún fuera del lecho... Muchas veces la imaginacion me representa todos estos lances con los colores de una vivísima realidad á mitad del día.

—De suerte, amigo mio, que asediado por tan continuos temores, aunque fantásticos, sentirá usted en sí mismo cierto disgusto de la vida...

—¡Oh! Diga usted aborrecimiento y deseo de poner fin á una existencia que de tal modo me atormenta el cuerpo y el espíritu.

—Lo cual no quita, amigo Turbosa, que busque usted todos los recursos de la ciencia para conservar la vida...

—Es cierto, amigo Salces.

—No es extraño; ámbas cosas, aunque parezcan contradictorias, son sólo dos impulsos que conducen á la vez á cuidar del propio individuo y á querer destruirle, porque ámbos son instintivos y dependen de igual causa. Esta causa no es otra que la misma dolencia que ha alterado la razon ó voluntad de pensar concertadamente.

—Tendria gusto, amigo Salces, en que me explicara usted esa teoria, que creo adivinar, pero que no percibo del todo.

—No, no es una teoria, sino un hecho fisiológico que tiene sus leyes inmutables, cuya trasgresion produce siempre unas mismas consecuencias, si bien de forma, al parecer, más ó ménos diversa... Escúcheme usted ahora, amigo Turbosa.

—Le escucho con curiosidad, amigo Salces.

—El aparato orgánico que sirve en ambos sexos para la reproduccion de la especie, se halla relacionado en íntima simpatía con el sistema nervioso y con los órganos digestivos. De esta estrechísima relacion nace que el cerebro y la espina dorsal, centro del que irradia el sistema nervioso, influyan tan marcadamente en todas las funciones generativas desde las menores impresiones sensuales hasta el orgasmo más violento. Y de esa misma relacion ó conexion nace tambien que toda pérdida experimentada por el órgano generador sea reemplazada por el sistema gástrico. Así, todo estímulo de este sistema es estímulo tambien del acto generativo, y á su vez todo ejercicio de este último despierta naturalmente las funciones del estómago, haciendo que el apetito alimenticio sea más agudo y la digestion más rápida.

—Comprendo, comprendo,—dijo el magistrado. —Por eso, cuando se abusa de los órganos sexuales, se aumentan en grado extraordinario las ganas de comer, y el apetito es á veces insaciable.

—Justamente; así es la verdad,—replicó el médico;—pero, cuando ese abuso es desmesurado, lo que sucede es que se establece una irritacion constante que distrae los materiales de la nutricion, y estos se pierden por otro conducto sin aprovechar al desarrollo y crecimiento del cuerpo.

—Explíqueme usted cuáles son los efectos de esa pérdida, amigo mio.

—Los efectos son patentes, y usted mismo los ha experimentado ya, amigo Turbosa. Primeramente, cuando la pérdida es moderada, la debilidad que se produce es tambien moderada; sólo disminuye momentáneamente la atencion mental, cayendo el individuo en profundo sueño; pero este efecto desaparece pronto, restableciéndose luégo las funciones del cerebro. Mas á medida que el abuso va siendo inmoderado, y aumentándose las pérdidas del aura vital, se necesita doble tiempo para restaurar esas funciones,

en términos de llegar á destruirse poco á poco la facultad de pensar. En segundo lugar, todas las otras partes del sistema nervioso se resienten igualmente de esa afección del cerebro; y así los órganos de los sentidos, y más especialmente el de la vista, pierden su sensibilidad y acaban por no poder ejercer tampoco sus funciones.

—¡Oh! Esa pintura me parece quizá exagerada, amigo Salces,—exclamó el juez.

—¡Exagerada, amigo Turbosa! De ningún modo, puesto que aún no lo he dicho todo.

—¿Aún hay más que decir?

—Sí, señor... Que es tan influyente la pérdida seminal en las funciones del cerebro y de los sentidos, y en todos los músculos del organismo, que la falta de memoria y de atención, la melancolía, la manía, el idiotismo, el delirio, la locura... por un lado; y la apoplejía, la epilepsia, la parálisis, los temblores en las extremidades, las dolencias espasmódicas, la gota serena, la ceguera nocturna, la impotencia y la esterilidad... por otro, no reconocen otra causa.

—¿Cuál causa?

—Ya lo he dicho: las pérdidas continuadas de esencia vital, sea por emisión abusivamente solicitada,... sea involuntariamente, que es la consecuencia inmediata del abuso.

El magistrado quedó sumiso en meditabundo silencio. Después preguntó con debilitada voz:

—Y además del sistema nervioso y sensitivo, ¿qué otros órganos se resienten en el cuerpo humano?

—Por lo que he indicado antes de la simpatía entre los órganos genésicos y los digestivos, claro es que la irritación que estos últimos sufren, por su esfuerzo en reparar las pérdidas de aquellos, ha de aumentar la sensibilidad del estómago, ha de producir inflamación en el canal alimenticio, y ha de ocasionar cólicos, diarreas y desórdenes intestinales; á todo lo cual sigue la debilidad, la palidez, la demacración y el raquitismo.

—El cuadro es completo,—observó con irónica sonrisa el magistrado.

—No del todo,—replicó vivamente el facultativo.

—Pues ¿qué más hay?

—Aún no he dicho nada de las lesiones que experimentan los órganos de la voz y respiración, y los de la circulación; sin embargo, sus simpatías con los de la generación son bien conocidas. ¿Quién no ha observado los cambios que se operan á la edad de la pubertad en el sonido de la voz y en la contextura del pecho? Si entónces llega á abusarse de la sexualidad, ¿no se nota al instante la vocecilla atiplada y la dificultad de respirar? Parece como que el pecho se estrecha, y de ahí nacen catarros crónicos, ú otras afecciones más serias de los pulmones, ó palpitaciones del corazón, y por último hasta la tisis, si no es que ocurren también congestiones sanguinolentas que terminan en aneurisma ó apoplejía.

—¡Oh! ¡oh! Eso es ya recrearse en ennegrecer el cuadro de por sí sombrío.

—No tal, amigo Turbosa, y usted mismo va á comprenderlo al instante.

—Vamos á ver, pues de ser todo eso cierto, es como pronunciar mi sentencia de muerte.

—¿Por qué, amigo mío? Conocido el mal, pronto está remediado el efecto: quitando la causa... He anunciado á usted que se lo diría con toda franqueza, y ahora se lo digo. La causa de su dolencia es el abuso de sí mismo... Todos los síntomas cesarán en cuanto ese abuso cese. Ya le he explicado la manera cómo opera en nuestro organismo; pero, para complemento, oiga usted la explicación sobre el aneurisma y apoplejía que parece haberle asombrado.

—Oigo pues.

—Durante la extremada excitación que precede y acompaña á la emisión sensitiva, el individuo parece sumergido en un paroxismo epiléptico: encendido el rostro, presurosa la respiración, convulsos los miembros, mientras su enten-

dimiento, totalmente absorbido por la intensidad del acto, permanece insensible á todo otro objeto. En el entretanto la sangre se ha ido acumulando en el pecho y en el corazon, cuya accion así redoblada arroja forzosamente esa sangre á través de los pulmones ó hácia la cabeza. Ahora bien; ¿cuál es el resultado de esa congestion violenta?... La apoplejia, esto es, la introduccion de sangre en el cerebro, lo cual viene á ocasionar súbita muerte.

—¡Pero eso será una excepcion!—prorumpió Turbosa.

—Sí, una excepcion, que se repetirá siempre que, por los esfuerzos de un organismo gastado, la delicada estructura del cerebro no pueda resistir al aflujo extraordinario de la sangre lanzada del corazon.

—¿Y el aneurisma?

—Como el corazon se ve obligado á desembarazarse de la gran cantidad de sangre de que se siente oprimido, es tal la accion precipitada y bulliciosa de sus esfuerzos, que da lugar á palpitaciones más ó ménos violentas; ó bien sus cavidades adquieren esa disposicion orgánica que termina con aneurisma, esto es, un tumor de sangre concrecionada, cuya ruptura es siempre mortífera... Pero no es esto todo; tambien los pulmones, obrando violentamente por la sangre afluida á ellos, adquieren esas irritaciones primarias, que con la repeticion consecutiva de los mismos actos de abusiva sexualidad, dan muy pronto lugar á todos los fenómenos de la consuncion pulmonar. ¡Cuántas tisis ocurridas en la edad madura no traen otro origen que los abusos sensuales de la edad juvenil!

A esta explicacion del médico siguió un nuevo silencio.

El togado volvió á sumirse en una meditacion penosa, y su interlocutor no juzgó prudente sacarle de ella. Era como una especie de recogimiento de su espiritu para ordenar intuitivamente todos los pormenores de aquella doctrina fisiológica, que él hasta entónces no habia profundizado de una manera concreta y perceptible.

Así pasó prolongado rato.

XIX.

LA EMISION INVOLUNTARIA.

Durante su meditacion, la consecuencia que Turbosa dedujo fué que él podia estar amagado de aquella ruina física y moral, cuyos sintomas le habian sido revelados por su propio examen y por las explicaciones del facultativo.

Y si bien esta consecuencia era evidente y no meramente probable, sin embargo, él no se atrevió á aceptarla aún como absoluta é indefectible.

Así, su raciocinio interior concluyó con una interrogacion, signo todavía de duda:

—Y las pérdidas que experimento de noche y de día, ¿de qué causa inmediata proceden? ¿Cuál es la parte dañada que las origina?

—El daño está, amigo Turbosa, en la debilidad del aparato generador, esto es, en la excesiva irritabilidad y relajacion de los vasos espermáticos. La esencia vital se halla contenida ó depositada en reserva en unas vejiguillas situadas inmediatamente entre la vejiga urinaria y el recto, y en estado de salud nó puede escaparse de ese depósito sino por un impulso excitador; pero cuando por cualquiera causa enervante esas vejiguillas han perdido su regular tension, se han dilatado desproporcionadamente..., dan paso sin retentiva á la esencia vital, aún sin haber llegado ésta á formarse en toda su perfeccion. Así, pues, la menor presion ejercida naturalmente al pasar las heces por el recto ó al desocuparse la vejiga, basta para ese escape involuntario de tan fatales consecuencias.

—Cierto es,—observó Turbosa;—siempre al final de una ú otra cámara, he notado la salida más ó ménos visible del flúido generador... ¡y sin emocion alguna sensitiva!

—Claro es que no puede haberla en el estado de pos-tracion total del sistema nervioso. Destituído éste de su ac-cion directa sobre los vasos y tubos que de él dependen, cesan todas las sensaciones producidas bajo la influencia de los nervios. Y lo terrible del mal es que pasa en general des-apercibido, ó porque se le atribuyen otras causas que no parecen nocivas, ó porque realmente no se advierte.

—¡Oh! ¡Oh! Me asusta usted, amigo Salces.

—Usted no debe asustarse, amigo mio, porque ya lo ha descubierto, y puede por consiguiente remediar fácilmen-te sus efectos; pero aquellos que ó no le dan importancia ó no han notado que sufren de él, y son muchísimos desgracia-damente, ¿no deben temblar por su felicidad ó su salud, por su serenidad ó su vida?

—Diga usted, diga usted, amigo mio.

—Por ejemplo, es muy comun en aquellos, que durante largo tiempo han abusado de su propia sensualidad, el que experimenten esas émisiones involuntarias, ya montando á caballo, ya en un carruaje de sacudidas violentas, ya leyen-do cualquier libro que pueda aludir por lo más remoto á ca-sos de inmoralidad, ya conversando con el otro sexo ó toman-do con él parte en juego ó diversiones en que se crucen me-ramente las manos, ya encontrándose inopinadamente con una mujer bonita, ó hallándose en el más simple contacto con la elegida de su corazon... A todo esto no se le da im-portancia, y hasta muchas veces se dice que la naturaleza, en un estado de plétora, busca ese desahogo, que se supo-ne saludable, como el de otra secrecion cualquiera del cuer-po humano. Pero, ¿y cuándo esa supuesta secrecion no se manifiesta directamente á la vista, sino que, en vez de con-tinuar hasta el exterior, retrocede é ingresa en la vejiga urinaria, para no salir sino mezclada con las aguas?... ¡Oh! Este es uno de los accidentes de esa enfermedad pérfida y destructora, inconsciente para el individuo, y que le mina traidoramente hasta aniquilar su existencia bajo todas las formas concebibles del físico y mental padecer.

—¿Y posee la ciencia medios de conocer ese terrible accidente?—preguntó con desfallecido tono el magistrado.

—Ciertamente. Con el auxilio de un poderoso microscopio se pueden ver en los líquidos mezclados con la esencia fecundante una multitud de cospúsculos semovientes ó animalillos, á que se ha dado el nombre de *espermatozoarios*, y de esa suerte descubrir si efectivamente hay ó no extravíos de esa sustancia animal, que es la vida del individuo, bastando la más mínima porcion para coadyuvar á la formacion de un nuevo sér. Y como lo que da vida, vida es, calcúlese cuán nociva será la pérdida de ese flúido generador, el cual, cuando no se disipa fuera de los justos límites marcados por la naturaleza, vuelve á ser absorbido en la masa general de la sangre, añadiendo nueva fuerza y vigor al cuerpo como al espíritu.

—¿Y cuáles son esos justos límites marcados por la naturaleza?—interrogó Turbosa.

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó el facultativo.—Por el sacudimiento nervioso y la lánguida postracion que acompañan á la emision cuando se verifica en estado de salud, puede hallar cada cual el regulador más acertado. No abusar, no abusar, no prodigar una sustancia para cuya elaboracion necesita la economía animal una cantidad de sangre cuarenta veces mayor. Si sólo la idea de perder cuarenta onzas de sangre aterra la imaginacion, júzguese cuánto no debiera aterrorar el perder una onza de esencia generadora, que es su equivalente. ¡Una onza! ¡Y en cuán breve tiempo la desperdician los hombres sensualistas! Esta es una de las circunstancias terribles á que no está sujeto el bello sexo, pues en él el gérmen vital se presenta bajo otra forma, no expuesta á igual contingencia; lo cual es para la mujer una justa compensacion de las demás prerogativas de que la naturaleza le privó avara para dárselas al hombre con mano pródiga.

—Si todo eso fuera estrictamente exacto,—observó el magistrado,—ya haria tiempo que la especie humana habria sido destruida.

—¡Y quién lo duda!—prorumpió Salces.—El mundo debería contener hoy día diez veces más al ménos de habitantes, sino fuera por la degradacion de las razas que ocasiona el vicio solitario. No hay peste ni guerra que haya causado mayores bajas en la poblacion. A eso se atribuye la decadencia gradual é incesante del imperio otomano; á eso la no reproduccion y el decrecimiento de la fecundidad en Francia desde hace medio siglo; á eso tambien en lo antiguo el estado de decrepitud del imperio colosal de Dario, que fué tan fácil presa del atrevido invasor Alejandro; á eso el embrutecimiento moral de la Roma de los Césares, de que dió igualmente cuenta la propaganda del cristianismo.

El médico se calló... Parecía que habia dicho ya lo bastante para ilustrar la conciencia de Turbosa.

Este, despues de algunas otras preguntas y observaciones hechas con angustioso acento, prometió sujetarse al régimen tónico y reparativo que le prescribió Salces, sobre todo la abstencion total de las prácticas abusivas, que habian dado origen á sus emisiones involuntarias.

XX.

LA CASA DE LOCOS.

Despues de la consulta, quedaron tan vivas en el ánimo de Turbosa las explicaciones que de su dolencia le habia dado el médico, que durante algun tiempo refrenó sus impulsos; y esto pareció procurarle alivio inmediato.

Pero ese mismo alivio volvió á hacer nacer la tentacion hácia un hábito tan arraigado de antiguo, que era en cierto modo irresistible en él.

Tal vez si hubiera cambiado de método de vida, no se habrian renovado las ocasiones de esa tentacion implacable y perseguidora.

Continuando en sus ocupaciones judiciales, y entregado todo al exámen de los expedientes en su solitario bufete, reprodujose aquella obsesion que ningun esfuerzo moral podia desechar; y la consecuencia fué recaer en sus prácticas sensuales con desenfrenado furor.

Muy pronto su cuerpo entero se sintió en un estado de febril excitacion, y la piel, especialmente de la cara, se cubrió de granillos salpicados ó pequeñas erupciones que permanecian breve tiempo, para desaparecer despues y reproducirse más tarde.

Su mente, que habia recobrado alguna serenidad, fué tambien presa sucesivamente de nuevos y más tristes pensamientos y temores.

Conteniase á veces por algunos dias, cuando la alteracion de sus funciones digestivas y el abatimiento intelectual le advertian su desvarío; pero entónces se mostraban con mayor evidencia sus emisiones involuntarias, tanto nocturnas como durante el dia, por el más insignificante roce material ó lejana idea erótica.

Este resultado deprimia más y más su ánimo con horrible y amarga tortura, y en medio de sus melancólicas divagaciones llegaba á persuadirse que quizá su comunicacion con el otro sexo, aun sin amor, restableciendo las cosas en el orden prescrito por la naturaleza, mejoraria su estado y le devolveria la salud.

Con esta idea ó imaginacion, y mientras se disponia á ejecutarla, sentia arderle la sangre en las venas; todo su ser parecia reanimado; habia cierta especie de contentamiento que se difundia por todo su cuerpo; su paso era más firme, su ademan más resuelto; brillaba la alegría en su rostro con las placenteras anticipaciones forjadas por el deseo...

Los amigos que le veian ausentarse de casa y caminar por las calles cuando llevaba ese proyecto, se asombraban al contemplarle tan cambiado, hecho todo un otro individuo restaurado y diligente.

Ocurria esto generalmente al anochecer, á la hora en

que las costumbres del vicio hacen salir en Madrid á sus sacerdotisas á recorrer los públicos sitios...

Turbosa se detenía en la calle del Príncipe, ó en las Cuatro Calles, ó en la Puerta del Sol, ó en la Red de San Luis... Pasaba revista y hacía su eleccion.

Seguia adelante...

¡Oh! ¡Cómo hervía su pecho, qué excitacion nerviosa daba movimiento á su persona!

Pero ¡ay! en el instante de alcanzar la realidad de sus imaginaciones, de ponerse en contacto con el objeto de sus deseos, todas las primeras sensaciones se desvanecian, toda su fuerza erectil venía abajo, toda su esencia se escapaba prematuramente; y en vez del ansiado placer, sólo disgusto, bochorno, apatía, tristura, desesperacion, repugnancia y aversion hacía el otro sexo, instintos horribles de abofetearle ó maltratarle en alguna manera,... tales eran las ideas que sustituian en la mente de Turbosa á los propósitos formados al salir de su casa.

¡Desconsoladora impotencia!

Y aquella noche se renovaban en él con más indómito ensañamiento sus hábitos solitarios.

¡Melancólico cuadro, que aún se reprodujo varias veces en el espacio de pocos meses!

Y mientras tanto la salud del togado fué empeorando sensiblemente; cada vez más pálido, cada vez más débil.

Dolores en la cabeza y en las espaldas; carácter más y más hipocondriaco y apático; incapacidad creciente para toda ocupacion corporal ó intelectual.

Todos estos síntomas se agravaban despues de cada emision, á la que seguia una sensacion penosa de fatiga y malestar durante muchas horas.

Y como la conexion entre el cerebro y la potencia sexual es tan íntima, se apoderaron de su mente las más extrañas alucinaciones, imaginándose que era un sér perseguido, cuya vida corria riesgo de ataques homicidas.

En cada reo, que como magistrado tenía que juzgar, no

veía sino un asesino dispuesto á estrangularle, á él solo, y solamente á él.

Así, durante la vista de los procesos, y sobre todo durante la discusion que precedía entre los oidores para acordar la sentencia, no se le oía más que murmurar con cierta febril exaltación: ¡muerte, muerte, mandarle al palo!

Y este ensañamiento jurídico acabó de convencer á sus compañeros que la razón de Turbosa desvariaba.

¡Ay! ¡Y con cuánta frecuencia hombres constituidos en poder padecen de igual desvarío, y no hay compañeros filósofos que lo observen!

¡Cuántas sentencias de muerte, cuántos fusilamientos no han reconocido otra causa que las alteraciones mentales que ocasiona el abuso de sí mismo!

Los amigos y parientes de Turbosa, por consejo del médico Salces, dispusieron que no se ocupase más en sus funciones judiciales; y como ayudaba á ello su propia debilidad y consunción física, le retuvieron dentro de casa.

Pero una vez en su interior doméstico, no conoció ya freno su sensual extravío, que en algún tanto parecía al pronto mitigar sus jaquecas, sin advertir que éstas eran resultado del propio sensualismo.

Buscaba la soledad, y en todo mostraba una profunda aversion por la existencia.

Siempre triste y moroso, se paseaba por su cuarto hablando y murmurando consigo mismo, y haciendo ridículos gestos y grotescas figuras.

Cuando notó que le espiaban, sus maneras se convirtieron en violentas; daba destempladas voces, gritando que le era odioso el vivir.

Frecuentemente, á su vocerío seguía el encerrarse en un retrete contiguo á su alcoba, y allí, en medio de interrumpidas carcajadas histéricas y de espirantes ayes, daba vado á sus frenéticos hábitos.

Venía despues una apatía letárgica que duraba muchas horas, y el despertar de ella era una especie de vértigo ó

propension al suicidio, moviéndole á abrir la ventana de su aposento para arrojarle al patio.

Como se le vigilaba sin cesar, pudo evitarse esa calamidad varias veces; mas ya al fin, viendo señales marcadas de insanidad furiosa, juzgaron oportuno sus parientes llevarle á un establecimiento, que por aquella época habia fundado en las inmediaciones de Madrid un médico catalán, dedicado exclusivamente á la curacion de los casos de locura.

En ese establecimiento se hallaban reunidos todos los perfeccionamientos que la ciencia ha inventado modernamente, sustituyendo á los potros y torturas del antiguo sistema brutal otros métodos más racionales.

Y el magistrado Turbosa pasó á ser huésped de una casa de dementes.

El doctor Mad, que así se llamaba el dueño y director, comprendió al instante el origen del mal, aun antes de las explicaciones que le dió Salces.

Precisamente era uno de esos facultativos fisiologistas, discípulo del famoso Esquirol, que en todos los casos de melancolía, delirio, manía, demencia é idiotismo, buscaba la causa primaria en el abuso sexual de los pacientes.

Y sabida la causa, se contrajo á desarraigar el vicio en Turbosa.

Es un hecho conocido de los que se dedican al tratamiento de los locos en los hospitales, que uno de los grandes obstáculos para su curacion son las prácticas solitarias á que se entregan, aun cuando su demencia haya provenido de causas ajenas al sensualismo.

Así es que ese hábito ayuda á su condicion embrutecida y estúpida.

Como en los establecimientos públicos el insano está privado de toda cópula sexual, la vida que pasa es de pura inacción, aumentada ésta con el escaso ejercicio que se le consiente. De aquí resulta prolongada y frecuente constipacion intestinal; y todos esos efectos combinados producen al cabo emisiones involuntarias.

Este último accidente es uno de los más comunes entre los locos, y de seguro al que se atiende ménos.

Y esa causa de demencia, sostenida, ó creada si no existía antes, imposibilita hasta la muerte el restablecimiento de la razon.

Por eso el doctor Mad era tan vigilante en este particular; y podriamos citar casos de muy extraña locura que llegó á sanar con sólo atender á las funciones sexuales de sus pacientes.

Desgraciadamente las costumbres en nuestro país, en todo lo referente á la ciencia que se aparta de la rutina, son difíciles de aclimatar; y el establecimiento del médico catalan sufrió la suerte de otras muchas empresas útiles... No pudo sostenerse largo tiempo.

En la época á que nos referimos eran tratados en él varios pacientes de todas categorías; y algunos de ellos podrán leer hoy esta historia en todo el lleno de su juicio y claro discernimiento.

Cierto dia fueron á visitar á Turbosa un tío suyo, el vicario individuo de la familia de Negroponte, Novoa, amigo de la misma, y el facultativo Salces.

El doctor Mad los recibió con obsequiosa solicitud, les enseñó su establecimiento, y hasta les hizo la historia de algunos de sus huéspedes.

—¿Qué vicisitudes ha seguido la dolencia de mi sobrino?—le preguntó el tío del oidor.

—Después de haberle observado durante algunos dias,—contestó el médico catalan,—adquirí la conviccion que su caso era de demencia pura, esto es, falta absoluta de atencion y de memoria en medio de la sucesion rápida y de la incoherencia de sus sensaciones é ideas. A todas mis preguntas respondió con una locuacidad extraordinaria, mas sus conceptos eran desordenados y vacios de sentido. Incapaz de fijar recuerdo alguno, sin conciencia de lo que decía y hacía, tuve que desistir de todo razonamiento, ni aun por intervalos siquiera.

—¿Y cree usted que, en efecto, no haya comprendido Turbosa ninguna de sus preguntas?—observó Salces.

—Ninguna... Como en todos los dementes, el hablar en él no es más que una continuacion, cual pudiera un autómatas, de una costumbre en otro tiempo inteligente, al paso que el pensar y escuchar lo que él mismo dice sería un trabajo superior á sus esfuerzos.

—¿Y obedece á lo que se le manda?—interrogó á esto el vicario.

—Perfectamente... En ese estado de automatismo, digámoslo así, se deja conducir fácilmente. Alguna vez ha mostrado cierta irritabilidad, pero instantánea, porque carece de toda fuerza moral. Vean ustedes cómo se pinta en su fisonomía lo vacío de sus ideas y sentimientos... ¡Qué inmovilidad, qué falta de expresion!... Y sin embargo, señores, como en todos los atacados de esa clase de demencia, hay en él todavía impulsos físicos que se refieren á sus hábitos anteriores. Así es que ha continuado en sus prácticas sensuales; y todo mi tratamiento se reduce á corregir la laxitud, la irritabilidad y ulceracion de los conductos interiores del aparato generador, que es lo que origina no sólo las emisiones involuntarias, sino la excitacion á producir otras espontáneamente; y de aquí los dobles efectos desastrosos sobre el sistema nervioso y sobre el cerebro, sitio de la inteligencia.

—¿Piensa usted poder conseguir brevemente un buen resultado?—preguntó Novoa.

—Hasta ahora he sido bastante afortunado en mis curas,—respondió el doctor Mad.—Consagrandome toda mi atencion á reparar el estado morbosó del organismo sexual, he logrado apartar á los pacientes de las manipulaciones personales, y esto ha bastado para restaurar más de un juicio perdido y más de una consuncion dorsal incipiente.

—Así pues, en concepto de usted,—observó el vicario,—las causas de la demencia propiamente tal son más bien físicas que morales.

—Completamente físicas, y de estas causas las principales son el abuso de las bebidas alcohólicas y el de los placeres sexuales.

—El de sí mismo sobre todos los abusos,—añadió sonriéndose Salces.

—¡Oh! Eso es innegable,—apoyó el doctor Mad.—Si los historiadores supieran estudiar los hechos fisiológicos, ¡á cuántos sucesos políticos encontrarían fácil interpretación! Cuando leo la historia de Carlos V, y veo todos los síntomas de sus padecimientos físicos, me explico al instante todo su carácter y todos los móviles de su política...

—Diga usted, diga usted, señor mío; todos le escuchamos con vivo interés,—prorumpió el vicario al ver que el doctor se detenía, como receloso de haber soltado alguna idea demasiado atrevida.

—Sí, señores, en mi opinión, el atraso de aquel monarca en su desarrollo juvenil, la falta de bozo á los veintiún años todavía, los ataques epilépticos en su primera edad, sus celos delirantes contra Francisco I, su incontinencia con las mujeres, su gula brutal, sus paroxismos de gota continua, sus furias guerreras, sus aberraciones místicas, sus terrores nocturnos, sus melancolías, su afición á revestir de negro todos sus aposentos, sus crueldades, su egoísta avaricia, sus odios pasajeros hacia el bello sexo, sus fustigaciones sensuales, su abdicación, sus exequias en vida, todo esto y otras muchas circunstancias de su reinado fueron efecto en Carlos V del abuso personal desde su más tierna infancia.

—¿Y su hijo Felipe II, no estuvo también sujeto al mismo vicio?—preguntó el tío de Turbosa.

—Es indudable. Desde muy pequeño fué propenso á la melancolía y á buscar la soledad, pasando largas horas de meditación mirando al cielo, y huyendo de todo contacto con el bello sexo: signo que distingue á los sensualistas solitarios. Cuando después se entregó, como su padre, á la incontinencia con las mujeres, fué de un modo seco y sin afectuoso cariño: otra circunstancia de los hombres dados á este

vicio. Además, su eterno disimulo, su no interrumpida falsía con todos sus servidores, su incapacidad para fijar la atención en los negocios sino á fuerza de largo y prolijo exámen, y áun despues de esto, su irresolucion y sus siempre postergadas decisiones, sus supersticiones místicas, su apatía, su cobardía personal, su carácter cruel y vengativo, su odio contra los protestantes, sus celos de poder, sus desconfianzas de todo personaje ó institucion de valer, y hasta su mísero fin de aislamiento y padecer, hacen de Felipe II uno de los tipos más marcados de degradacion sensual.

—¡Horrible pintura!—exclamó el vicario.

—Pero históricamente exacta,—dijo Salces.

—Pues la del último de esa raza de monarcas, malaventurados para España, no es ménos horrible,—añadió insistiendo el doctor Mad.

—¿Quién? ¿Carlos II el *Hechizado*?—prorumpió Novoa.

—Sí, señores, malaventurado rey, cuyo vicio solitario no le dejó crecer en su niñez, y luégo le mantuvo niño toda su vida. De su raquitismo juvenil y de su terrorífica aversion hácia el bello sexo pasó á los brazos de una agraciada esposa que nunca pudo galvanizar á aquel idiota, escrofuloso y epiléptico. Su única apática recreacion fueron los autos de fe, con cuyo espectáculo procuraba distraerle la Inquisicion; y acabó por morir en medio de todas las torturas de la demonomanía, enfermedad que proviene de las lesiones del cerebro cuando á un misticismo extravagante se añade un sensualismo perturbador.

—¡Triste humanidad!—exclamó Salces.—Lástima que no se escriban sus miserias, señalando los verdaderos orígenes de los sucesos históricos.

—¡Oh! sí; pero el hombre se abochorna de esos orígenes y tiembla hacerlos patentes cuando coge la pluma para relatar la historia,—dijo el vicario.

—Tan cierto es eso, señores,—observó el médico catalán,—que voy á conducir á ustedes al cuarto de un escritor que hace poco está á mi cuidado.

Llevólos en efecto al aposento donde se hallaba un jóven en mangas de camisa, sentado á horcajadas y apoyados los brazos sobre el respaldo de su silla. Su mirada era vaga y huraña, su rostro pálido y macilento, sus párpados circundados de una mancha plomiza, y su postura completamente inmóvil.

La entrada de los visitantes no alteró la impasibilidad del maniaco.

—Este jóven,—dijo el doctor,—es un periodista que se dió á conocer por sus artículos demagógicos, los cuales le condujeron á una cárcel, donde permaneció largo tiempo incomunicado en un calabozo y cargado de grillos. Dióse con furor al vicio solitario, y ahora está aquí sufriendo las tristes consecuencias.

—Es lamentable historia,—prorumpió el vicario.

—Pues bien, señores,—añadió el doctor Mad.—Aunque á este individuo le falta la fuerza de atencion y de juicio, su imaginacion y su memoria conservan todavía cierto vigor, del que he sacado partido para hablar y discurrir con él. Yo espero curarle y volverle á la sociedad libre de sus hábitos sensuales... Yo quisiera valerme de su curacion para que, cuando otra vez tome la pluma de escritor, analice filosóficamente el vicio solitario como causa de muchísimos hechos históricos... Mas esto no me atrevo á esperarlo.

—Opino lo mismo,—añadió Salces.—Creo, como el señor cura, que sintiendo entónces el bochorno de su vicio, no tendrá valor para aludir á él en sus escritos.

—Así me parece tambien,—confirmó el doctor.

—¿Y hay algun otro loco víctima del mismo abuso?—preguntó el tío de Turbosa.

—¡Oh! Casi todos los que tengo en el establecimiento. Sigame ustedes, señores, é iremos recorriendo los demás aposentos.

Y pasando por un largo corredor, fueron deteniéndose á la puerta enrejada de cada cuartito ocupado por un demente, y oyendo la descripcion del médico Mad:

—Ese que ustedes ven está poseído del frenesi que llaman de los navegantes. En efecto, era un marino distinguido que se dió al vicio con tan desordenada bestialidad, que muy pronto empezó á tener alucinaciones extrañas; unas veces le parecía que el mar era una llanura cubierta de verde yerba y esmaltadas flores, con bosquecillos en lontananza de fresca sombra y fragante perfume; otras veces se creía asediado en su camarote de apariciones fantásticas... Pero, ya fuese por disfrutar de las risueñas imágenes ó por huir de los perseguidores fantasmas, se le sorprendió frecuentemente en actitud de lanzarse fuera del navío, y al estorbárselo, prorumpía en voces, amenazas y actos violentos. Basta ponerle delante de un sitio en que haya agua para que se renueve en él un delirio furioso.

—Los navegantes españoles son los primeros que descubrieron esa *calentura* á que están sujetos los marinos; pero no supieron atribuirle su verdadera causa,—observó Salces.

—Sí, la del abuso de sí mismo,—apoyó el vicario.

—Ese melancólico que llama la atención de ustedes,—dijo el doctor á los visitantes, que se pararon delante de otra reja,—es un antiguo general, que, aunque nunca se batió, fusiló, sin embargo, á mucha gente. No sólo toda su vida ha sido una continuada orgía en los placeres de la gula y de la incontinencia sexual, sino que el abuso personal dominaba en él á todas las otras sensualidades. Padece una dolencia crónica del hígado, la que sólo se aplacaba viendo derramar sangre. Era un pequeño Neron, que hoy día está en ese encierro, y que me temo sea loco incurable. Todo lo más que espero, es que muera tranquilo en su lecho, imaginándose que es un grande hombre que reina sobre los destinos de España.

—¿Y qué síntomas mostró en el mundo... de su melancolía demente?—preguntó el vicario.

—Siempre fué afecto á la inacción y á una vida sedentaria; pero las afecciones de su alma llegaron á alcanzar

suma violencia. Se encaprichó con furor de bailarinas de teatro y de las esposas é hijas de sus amigos; llevó su cólera hasta el frenesí, y el deseo de la venganza hasta la crueldad. A veces se le veía taciturno y sombrío, mas de repente cambiaba en vivo y alegre, diciendo chistes risueños y picantes. Pero con la edad creció su morosidad acompañada de actos de repentina brutalidad, como romper los muebles y apalear á los criados, y ha sido menester encerrarle. Es tan cínico como un mono en su jaula... Apartémonos, señores, de ese aspecto repugnante.

En efecto, el general se disponia á mostrar á sus visitantes las lubricidades de un jinio.

Al apartarse de allí, iban á torcer por otro pasillo, á cuyo ángulo habian llegado, cuando los contuvo el doctor Mad, diciéndoles:

—Permítanme ustedes, señores, no sigan por ese corredor... Aquella señora que allí ven, es la esposa desgraciada del loco á cuya puerta se halla parada. Su marido en este instante estará entregado delante de ella á ese mismo acto que nos ha hecho apartar del aposento del general... ¡Mísera, mísera humanidad!

—Y ¿qué medios directos ha encontrado usted, señor doctor, —inquirió el vicario, —para impedir que esos infelices se abandonen así á tales torpezas?

—No hay otros sino regularizar los apetitos naturales, poniéndolos en consonancia con la vía indicada por la propia naturaleza... Vengan ustedes, si gustan, y visitarán el departamento que tengo destinado á la comunicacion entre ámbos sexos.....

No seguiremos más en su curiosa visita á los amigos de Turbosa.

Salieron muy satisfechos de la casa de locos, con la esperanza de que el doctor Mad, que tan perfectamente conocia los resortes sensuales que impulsaban á la demencia, sabria encontrar la manera de paralizarlos en el sensualista togado.

XXI.

EL HISTÉRICO.

No habrá olvidado el lector que la causa de la ruina del conde de Negroponte fué el haber prestado su firma en operaciones de Bolsa.

Fué aquella una época de gran inmoralidad en la corte.

Algunos de los ministros, abusando de la candidez de sus compañeros, que se las prometían muy felices de ciertas negociaciones diplomático-eclesiásticas, y en connivencia misteriosa con los representantes oficiales, jugaban á la baja secretamente, mientras en la apariencia impulsaban al alza de los fondos públicos.

Ministro hubo que tenía ocupados dos agentes de Bolsa; uno ostentosamente, á quien daba órdenes de compra delante de sus convidados en espléndido festín.

El otro agente no pisaba los salones del ministro; éste le visitaba muy recatadamente en casa de un amigo, letrado por cierto, y en amoríos con la mujer de un banquero. Las órdenes que así le trasmitía eran de venta por cantidades enormes.

Los concurrentes á las fiestas del ministro, que veían que uno de los principales individuos del Gabinete compraba fondos, compraban ellos también; y duques y marqueses, y jueces y togados, y caballeros y condecorados, y obispos y capellanes, y brigadierés y generales, todos jugaban á la Bolsa, todos eran alcistas.

Un pequeñísimo círculo, iniciado en el secreto, era únicamente el de los bajistas.

Hízose público el resultado malhadado del convenio diplomático; la Bolsa se pronunció en baja, y el desastre alcanzó á numerosas familias que no se habrían acordado ja-

más de operaciones bursátiles sin el incentivo á que las convidó el infame ministro.

Este ministro murió años despues en su lecho, rodeado de altas consideraciones y honores.

El hecho no será edificante, pero es histórico.

Una de las víctimas de ese cataclismo bursátil fué un miembro del alto clero, quien no pagó lo que no tenía, es cierto; pero se desquitó más tarde en las dilapidaciones de su empleo.

El conde de Negroponte, que habia autorizado con su firma las operaciones del faustoso eclesiástico, nunca pudo recabar de él indemnizacion alguna; pero, pasados los años, le tocó su hora suprema, y en esa hora hizo algo por la familia arruinada del que pagó por él.

A la condesita le fué entregada, por una mano misteriosa, una cartera que contenia en títulos de la Deuda y en billetes de Banco una suma de diez mil duros, quinta parte de lo que el eclesiástico quedó debiendo al conde; y su tío el vicario recibió la credencial de un puesto lucrativo á la par que honorífico en el clero.

Esta circunstancia varió las condiciones de existencia de Felisa y del párroco; los que, abandonando el lugar á orillas del Guadarrama, vinieron á establecerse en la capital.

La condesita no cambió de costumbres; siguió guardando el mismo género de misticismo que habia adoptado cuando se reunió con el vicario.

No ignoraba la posicion de Turbosa, encerrado como un demente; pero, aún cuando le era desconocida la causa de su trastorno, ella habia logrado por fin afirmarse en su fuerza de voluntad para desechar por completo sus antiguos hábitos.

Poco más de un año hacía que perseveraba en esa situacion, cuando volvió á Madrid, y aún en Madrid continuó algunos meses todavía perseverando animosa contra los impulsos de la carne.

Habia cumplido veinticuatro años de edad.

Su antigua amiga Aurora seguía en París, y su correspondencia con ella era el único desahogo de su corazón...

No recibía visitas, no frecuentaba reuniones. Los libros, los paseos solitarios y los sermones de su tío, que se había hecho célebre predicador en la corte, eran su única expansión y recreo.

Pero con esa vida de aislamiento, huyendo de la sociedad, y engolfada su imaginación en lecturas que la transportaban á mundos fantásticos cuando se hallaba enteramente sola, sola durante las largas veladas de invierno, al lado de una chimenea bien encendida, sentada en una mullida butaca, adormitada algunas veces después de una comida sustanciosa, como era siempre la que se servía en la mesa de su tío,... Felisa volvió á recaer.

Su recaída, sin embargo, no fué furiosa como lo había sido la del magistrado; todo lo contrario. La razón conservaba todavía bastante imperio para dominar con frecuencia el estímulo sensual.

Pero esa lucha entre la razón y los sentidos tenía que producir sus consecuencias; y las produjo en efecto.

Aquel estado de indolencia, que ya en otra ocasión se había apoderado de la condesita, volvió á aparecer de nuevo.

Debilidad en la vista y dificultad de resistir la luz del día...

Motas y puntos confusos que vagaban por los ojos...
Zumbidos y murmullos en el oído...

Pereza continua y propensión á estar siempre echada ó durmiendo...

Sofocos en la cara y dolores de cabeza...

Palpitaciones en el corazón y angustia para respirar...

Hipo incómodo y sensación penosa en el estómago...

Mal humor y genio displicente...

Suspiros violentos y gemidos involuntarios...

Impulso de risa y acceso de llanto, pero en sentido contrario, esto es, carcajadas por cosas tristes y lágrimas por objetos de alegría...

Estos y otros muchos síntomas caprichosos comenzaron á asediar á la jóven doncella, causando no poca extrañeza á las personas que la rodeaban ó que incidentalmente la trataban.

Consultado Salcés por el vicario, respondió que todos aquellos eran síntomas histéricos, y que era preciso distraer á la condesita y alejarla de su vida aislada y de sus meditaciones solitarias.

Pero el vicario no quiso contrariar las tendencias de su sobrina, resueltamente opuestas á todo trato social y á todo bullicio mundano.

Limitóse únicamente á manifestarle cuál era la opinion del médico, y á recomendarle mucho ejercicio corporal y el aire puro del campo.

Cierta noche que Novoa refirió á Felisa la visita que habian hecho á Turbosa sus amigos, en el establecimiento de locos, le produjo esto una impresion singular, muy diferente de la que otras veces habia ella experimentado.

Generalmente el recuerdo del magistrado obraba en la mente de la jóven como un poderoso baluarte que la retenia en sus flaquezas. La imágen del infortunado demente era el mejor antidoto contra toda pasion animal.

Pero aquella tarde, por una de las aberraciones del espíritu, á que pudo contribuir el que, con motivo de haber tenido su tío convidados, ella se excedió algun tanto en la mesa,... habia despues completado el exceso hasta la delectante sensualidad.

Así predispuesta, no bien oyó los pormenores de la relacion de Novoa, que la acometió una convulsion nerviosa y cayó en el suelo.

Afortunadamente estaba Salcés presente, y estorbó que algunos de los convidados quisieran aplicarle ese remedio absurdo que el vulgo aplica á los que llama atacados de mal de corazon, y consiste en sujetar fuertemente las extremidades de la paciente cuando se debate en los espasmos de su afeccion... y hasta echarse encima para sujetarla mejor.

El médico le dió á oler un frasquito de éter y con el mismo éter le frotó las sienes; y sin más medicina pronto se recobró la condesita de su síncope nervioso.

Como en esos accidentes ordinariamente sucede, buscáronse mil causas para explicar el mal, y á ninguno le ocurrió que siendo los nervios los que aparecían afectados, era menester inquirir qué es lo que podía haberlos excitado, y en qué parte había sido producida la excitacion, bien por abuso de ejercicio, bien por demasiada continencia.

Alguna pena secreta... alguna emocion moral... hé ahí lo que los convidados del vicario supusieron ser la causa de aquel accidente.

En cuanto á la palabra *histérico* pronunciada por el médico, ninguno le dió más significacion que la vulgar que hasta el mismo bello sexo le da, sin comprender que su verdadero sentido es tal que jamás una mujer modesta, ni casada ni soltera, debería publicar que se siente acometida de semejante afeccion.

Dos meses despues, y por motivo ménos aparente, renovóse la convulsion con caractéres más marcados, como respiracion interrumpida, temblor de los miembros en todos sentidos, chillidos agudos, puños cerrados y completa privacion.

Pasó el ataque, y pasaron cuatro meses, y no se creía ya que pudiera repetirse.

La salud de la condesita mostraba todos los signos de perfecta, y sólo un ojo experimentado podria haber sorprendido cierta preocupacion mental, que la hacía asustarse por lo más leve; cierta condicion tímida, digámoslo así, al propio tiempo que una displicencia continuada y sequedad para los que andaban en su derredor; cierto temperamento caprichoso y tornadizo, al paso que bastaba dirigirle la menor expresion para que asomase una viva y calorosa rubicundez en su rostro.

En medio, pues, de esta simulada salud ocurrió el tercer paroxismo, acompañado de nuevas circunstancias que revelaban distintamente todos los caractéres del *histérico*.

Tambien fué durante una noche que habia habido convidados á la mesa, y Salces y Novoa se hallaban presentes.

—Salces, no se vaya usted,—le dijo la condesita;—me parece que siento los preludios del accidente.

—¿Qué sientes, hija mia?—le preguntó el facultativo.

—Una especie de opresion en el estómago que me incomoda bastante.

—¿Hacia dónde?

—En el lado izquierdo, por la parte umbilical. Es una sensacion tanto más dolorosa cuanto más oprimo con la mano.

—Déjame probar..., Felisa.

—Ahí, ahí, amigo Salces... Parece como si hubiera una bola que se escurre al tacto.

—¿Te parece en efecto una bola, condesita?

—¡Oh! Sí, sí... Ahora la siento subir... ¡Ah!

—¿En qué direccion?

—¡Ah, ah!—fué un sollozo por respuesta.

—¿Sube todavía la bola?

—Sí, sí... Ahora la siento aquí... en... la... garganta.

—¿Incomoda mucho?

—¡Ah!... No puedo... respirar...

Y Felisa se debatía en medio de un espasmo de los músculos de la respiracion; y una diáfana palidez se esparcía por su rostro.

—¿No se pasa, amiguita?

La paciente no podía pronunciar frase alguna. Los sonidos que articulaba, ya eran gemidos violentos, ya eran gritos singulares que semejaban al cantar del gallo.

Llevábase las manos al abdómen y luego al cuello, como queriendo arrancar algun cuerpo extraño que obstruyera el pasaje al aire.

Y en efecto, el gástrico simulaba todas las apariencias de hallarse realmente dilatado.

Poco á poco fué quedando en un estado de insensibilidad aparente, con algunos sollozos y risas alternadas, las pupilas extendidas y la lengua contraída dentro de la boca.

Pero de repente comenzó un hipo, primero gradual y por intervalos, y luego aumentado convulsivamente y cual el redoble de un tambor, sin intermision alguna, hasta que el paroxismo se hizo general en todo el cuerpo.

Sacudimiento, agitacion, crispatura, síncope completo.

Los espasmos fueron cediendo despues de haber llegado á su apogeo; la paciente quedó lánguida y débil, con un vivo dolor de cabeza circunscrito al cerebelo, el cual terminó en sueño; y habiendo dormido algunas horas, la condesita recobró su habitual salud.

Pasados dos dias, explicaba así ella al médico Salces sus síntomas singulares:

—Reclinada estaba en mi butaca... mi espíritu distraido en un mundo fantástico, cuando me sacó de este estado contemplativo cierta sensacion extraña que abarcaba toda mi espina dorsal. Lléveme allí maquinalmente la mano... parecíame como si un ejército de hormigas hubiese hecho irrupcion por aquel lado... Pero en seguida otra sensacion más intensa aún que ese hormigueo, me obligó á apoyar mi palma en la parte inferior del abdómen, corriéndola luego al lado izquierdo, hacia donde se deslizaba interiormente un cuerpo redondo, cuyos botes me producian angustia vivísima...

—¿Qué clase de angustia, amiga mia?

—Yo no sé á qué compararla; pero... así como un erizo puntiagudo... que recorriera el vacío de mi seno... y me punzara con sus dardos, moviéndose y removiéndose... escapándose y volviendo á punzar,... huyendo en seguida... Pero, como si me hubiera dejado clavadas sus espinas, al subirse por el pecho hacia la garganta, ya no punzaba en su paso, sino que iba hinchándose y abultándose gradualmente hasta interceptar la respiracion é impedir el conocimiento, sumiéndome en trémula congoja y anhelante ansia.

—¿Y en qué terminó esa congoja?

—Propiamente no terminó. Parecíame como el niño que ántes de romper á llorar permanece largo rato en suspenso y sin poder articular sonido, hasta que estalla en ruidosos

ayes... Pero el quejido alivia al niño, y yo no podía quejarme... En mis esfuerzos perdí la razón,... y al volver en mí acuerdo, ya no sentía aquel animalejo hinchado y roedor que se había paseado por lo más recóndito de mi seno,... y todo mi cuerpo quedó en mortal desfallecimiento.

—¿Nada más que desfallecimiento, condesita?

—No,... algo así como sed interior, como deseo impetuoso de humedecer una sequedad que atosiga, que devora, que incendia, que martiriza... Yo no sé... yo no sé... Es un apetito del infierno.

Estas y otras explicaciones ilustraron suficientemente al médico sobre el estado de histerismo que había empezado á desarrollarse en la condesita.

Y desgraciadamente era de temer que, cuando sobreviniera nuevo ataque, sus síntomas presentasen los caracteres más marcados de la erotomanía.

Así fué en efecto. No pasó mucho tiempo sin que aquel apetito del infierno, como le llamaba Felisa, se hiciese desmesurado, tiránico, insaciable. La pasión animal cautivó todo su sér, y su voluntad no pudo resistir á las obsesiones sensuales que así la atormentaban.

En el paseo, en la iglesia, en su gabinete, en su lecho, por doquiera aquella afección morbosa ofuscaba sus virginales instintos, infiltraba la impudicia en su mente, atosigándola y exigiendo saciedad instantánea.

Y en vano era dar satisfacción de sí propia á esas ansias... El deseo y la obsesión se renovaban con furia insana.

Felisa huía de las gentes, se apartaba de cuantos la rodeaban... El recato femenino la impulsaba á disimular cuidadosamente aquellas inclinaciones sensitivas á los ojos de los que pudieran adivinar su erótica condición.

Todo fué en balde. Esos síntomas no fueron más que nuncios de los que precedieron al cuarto accidente.

Por fortuna para su decoro, sólo lo presenciaron su tío y el facultativo.

Empezó á dirigirles propósitos licenciosos, y siguió con

gestos impúdicos y posturas desenvueltas, risotadas bulliciosas y provocaciones obscenas.

El vicario la miraba con terror, el médico con compasiva lástima.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó el eclesiástico.—¿Dónde está la libertad moral? ¿Qué es del albedrío?

—La erotomanía,—respondió Salces,—es el ejemplo más palpable del dominio absoluto que sobre el alma ejercen los sentidos. Las leyes modernas no han encontrado el medio de prevenir esas afecciones horribles que se despiertan en la criatura, al igual que en los animales, cuando el estímulo sexual no es satisfecho á tiempo. La civilización hoy día se burla de las instituciones de Esparta, y sin embargo las mujeres espartanas no padecían de la enfermedad que sus contemporáneas las atenienses llamaban pintorescamente manía de las ninfas...

Cesaron las risas de la condesita, y aparecieron espasmos violentos en el vientre, en el esófago, en la garganta.

—¡Agua! ¡agua!—gritaba, llevándose las manos al cuello y á la boca como queriendo arrancar algo que la estorbara respirar.

Salces le tomó el pulso... La fiebre era intensa.

Examinó el cuerpo... Había calor, tensión en el bajo vientre y las caderas.

—... Sí,... señor vicario,—fué la última frase del médico.—El prurito voluptuoso se halla en su grado más culminante.

Y las convulsiones de la paciente la acabaron de privar del todo.

El síncope duró muchas horas.

Cuando acomete á una infeliz mujer esa perturbación erótica que la vuelve ninfomaniaca, se la considera como atacada de locura, y se la encierra, se la ata con correas, se le aplican chorros de agua fría, sangrías, vejigatorios, sedales,... tormentos al fin, en vez de consuelos.

A la condesita de Negroponte no se le propinó esa me-

dicina martirizante, pero se la aisló de todos los parientes y conocidos, cundiendo la voz de que estaba... loca.

Y hé ahí la situación moral á que dijimos llegaron Felisa y el magistrado Turbosa, producida por la represión en la una, por el desbordamiento sensual en el otro.

Ambos estaban locos.

Sin embargo, la demencia de Felisa no era tan absoluta que no pudiera curarse.

Aconsejaban á su tío que la casara...

Tal es el remedio que parece indicar la ley de las sociedades modernas.

Pero el digno eclesiástico no queria proponer ese remedio á su sobrina, rehuendo influir en su libre voluntad, mucho más en ocasion en que podia decirse la abandonaba por completo el albedrío de su propio entendimiento.

En el entretanto llegó de París Aurora del Espino con el príncipe de Emiepatopff, cuya esposa era hacía dos meses, y venía á continuar su luna de miel en Madrid.

Corrió ansiosa á visitar á su amiga la condesita, precisamente un dia en que se mostraban todos los síntomas de un nuevo ataque histérico, cuyas consecuencias temia en sumo grado el médico Salces.

Habia comunicado éste á Aurora las circunstancias que habian hecho necesaria la secuestracion de su amiga del trato de las gentes, siempre que ocurrian aquellos terribles impulsos, cuyas demostraciones lascivas, aunque involuntarias, debian permanecer ocultas hasta para los mismos individuos de la familia.

Aurora arrostró por todo, afirmándole á Salces que ella sabia con su antigua intimidad llevar consuelos á la razon extraviada de su infeliz amiga.

Ni el tío ni el facultativo pudieron rehusar á la joven recién-casada su natural pretension.

¿Qué pasó en la entrevista de las dos jóvenes? ¿Qué sentimentales confidencias se hicieron la nueva esposa y la doncella?

Algunos datos poseemos... que las conveniencias hipócritas de la sociedad nos prohíben revelar.

Ya hemos dicho otra vez que no se habían conocido donde las jóvenes entran en conexiones íntimas desde la edad infantil, esto es, durante las horas de recreo del colegio.

Por eso sus relaciones amistosas no habían profundizado ciertos misterios de la sensualidad propia, que sólo hubieran podido dejar de serlo en alguna circunstancia imprevista traída por el azar.

Esa circunstancia se presentó una vez, cuando las dos doncellas tuvieron ocasión de conversar después que el príncipe ruso se declaró á Aurora del Espino.

Pero, como ya advertimos, las dos amigas no se espontanearon; y continuó siendo entre ellas un arcano el hábito á que cada una se entregaba aisladamente, y sin sospechar que ambas de por sí eran igualmente sensualistas.

Después de su entrevista, Aurora declaró con toda la resolución de su carácter, que ella se quedaría á cuidar á su amiga, y que de noche ella misma la velaría.

Fue preciso consentir; el médico no veía inconveniente en ello. Sólo le dijo en voz baja al oído á la recién-casada:

—Aurorita, ¿te acuerdas cuando á tí y á tu amiguita os llamaba yo *amorosas*?

—¿Y por qué ese recuerdo ahora, señor Salces?—le preguntó la joven.

—Porque ahora que eres ya esposa, comprenderás lo que daba á entender al recomendarte que disimularas la nuca con tus cabellos.

—Sí, supone usted que el órgano de la amatividad se encuentra en mí muy desarrollado.

—No lo supongo, Aurorita; lo afirmo.

—¡Já! ¡Já!.. ¡Já!—contestó riendo la recién-casada.

Y fue á encerrarse con su amiga en su alcoba.

Felisa no permitió que la velase vestida, é insistió por que Aurora partiese su lecho.

.....

Preguntando al día siguiente el facultativo á la criada María cómo habia pasado su señorita la noche, ella respondió:

—Creo que no habrá dormido mucho... Yo me quedé al cuidado en la pieza inmediata, y las dos amigas no han hecho más que reír... y más reír...

—¿Qué clase de risa?

—Así como carcajadas de loco... á las que seguía un cuchicheo que yo no sé cómo explicar,... y luego... así como quejidos ó suspiros... ¿Qué sé yo!... Una cosa muy singular.

—¿Y se han levantado temprano?

—¡Quiá! No, señor; muy tarde. Pero la señorita Felisa tenía las mejillas como una rosa,... tan animada, tan alegre... De seguro, no le dará hoy el accidente.

—¿Y qué tal ha almorzado?

—¡Oh! Las dos amigas han devorado con furioso apetito... Y durante el almuerzo han reído y jugueteado mucho, y se han besado mucho. ¡Oh! ¡Oh! De esta hecha yo creo que mi señorita está curada.

—¡María, María!—gritó una voz desde el gabinete.

—¡Ah! Dispénseme usted, señor Salces; la señorita me llama. La está peinando su buena amiga.

El vicario habia entrado á mitad de la conversacion.

—Y bien, amigo mio, ¿qué opina usted de eso?—le preguntó al médico.

—Una cosa muy sencilla. La visita de la amiga ha prevenido el ataque inminente de histerismo,—respondió el facultativo.

—¿De qué manera?

—Aurora del Espino ha sido esta noche una nueva Saffo de Lesbos.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir, amigo Salces?

—¿No ha leído usted en la historia de Roma lo que eran las frictrices, las tribades, las subrigatrices, las sacerdotisas del amor lesbio?

—¡Flaca humanidad!—exclamó el eclesiástico.

XXII.

DIARIO DE SENSACIONES.

(Manuscrito de Aurora.)

¿Qué vicisitudes de sentimiento condujeron á Aurora del Espino á acordarle por fin su mano al príncipe ruso Emiepatopff?

Mejor que toda la descripción que pudiéramos dar nosotros, preferimos entresacar de sus cartas y escritos aquellos trozos y períodos que día por día fueron saliendo de su propia pluma, y explican su vida y la de otros muchos que frecuentaron su trato.

Pero sólo trascribimos lo que meramente interesa al objeto fisiológico de esta historia.

Habla Aurora:

Desde muy niña habia concurrido yo á comedias caseras, pero nunca á ningun teatro público. Poco más de trece años tendria cuando me llevaron por vez primera á una ópera italiana.

No tenía, pues, idea de lo que era esa clase de espectáculos. Así, cuando entré en el palco y tendí la vista por el ámbito de la sala, mi admiración fué extraordinaria.

Parecíame aquello un mundo encantado que excedia á todos los cuentos y relaciones maravillosas que yo habia leído en mi infancia.

Mi asombro fué creciendo á medida que mis ojos fueron abrazando aquel cuadro deslumbrador.

¡Tantas galas, tantos colores, tantas plumas, tantos diamantes... y luégo tanta luz! ¡Oh! ¡Aquellos torrentes luminosos que daban nuevo realce á aquel animado conjunto!

Y cuando me fui fijando en los detalles, mi atención quedó como arrobada y en suspenso.

Los hombres desde las butacas, vestidos como de fiesta, haciendo ostentacion de sus almidonadas pecheras, de sus guantes amarillos, de su rizado cabello, dirigian hácia los palcos sus enormes anteojos; y desde los palcos las damas, espléndidas y radiantes, devolvian las curiosas miradas con otros no ménos abultados gemelos.

Sacóme de mi suspension la sinfonía de la orquesta. ¡Qué musical! ¡Qué melodía! ¡Qué instrumentos tan acordes! ¡Qué sonidos tan vibrantes en ordenado compás!

Producíame aquello una especie de choque en los nervios, una palpitacion en el seno, que tan pronto parecia sacudimiento angustioso como impulso placentero...

Subieron el telon... Yo creí desvanecerme.

Todavía recuerdo las emociones inexplicables que circularon por todo mi sér, infiltrándose por no sé dónde, pero inundándome de cierta beatitud y contento, que me embargaban el sentido y me ahogaban en una corriente de voluptuosas delicias.

Durante el primer acto me imaginé trasportada á otro mundo desconocido, y ciertamente, yo no debí entender ni percibir nada de los objetos que á mi lado estaban, bebiendo y aspirando únicamente aquellos raudales de sensitiva armonía.

Y en lo recóndito de mi seno se repercutian los vaivenes y pulsaciones de tan embriagante cadencia.

En el entreaeto, y hasta concluir la ópera, no cesé de sentirme agitada y palpitante, y dos dias despues aún me duró cierta vaga impresion de aquellas emociones, aquellos latidos, aquel deliquio que parecia convertir mi cuerpo en un terron de azúcar embebido de rocío.

Esas sensaciones musicales fueron para mí una verdadera revelacion. Desde entónces comencé á experimentar un cambio completo en mi manera de raciocinar.

Comprendí que habia en la vida misterios que yo no alcanzaba; y tanto más me pareció ser así, cuanto que por la lectura de cuentos y novelas, á que yo era muy aficionada,

veía que mi entendimiento estaba á oscuras de todo lo que hacía referencia á amores, sentimientos, pasiones, afectos del corazon y otras ideas para mí enigmáticas, y de las cuales hablaban los autores como de cosa muy corriente y al alcance de todo lector.

¿Qué connexion existia entre aquellas emociones que me habian embriagado en la Ópera y las otras emociones que, segun mis lecturas, producía sobre un hombre el aspecto de una mujer?

¿Qué significaba ese impulso amatorio, sentido á la vez por ámbos sexos en mútua correspondencia, y en qué podía parecerse al otro impulso melodioso que removía todas las fibras sensitivas?

¿Era por ventura indiferente la causa exterior y múltiple, y sólo importante el efecto íntimo y único de todas esas sensaciones?

¿Acaso la vista, el sonido, el tacto, cualquiera manifestación que obrase sobre nuestro organismo, bastaba para despertar todo ese capítulo de impresiones diversas, que en último resultado viene á resumirse en la excitación de alguna parte privilegiada de los nervios?

Toda esta série de razonamientos, demasiado metafísicos para mi comprensión, ni me ocurrió de una vez, ni yo la percibí en este orden inmediatamente. Llegué á ella poniendo en juego una curiosidad no interrumpida, que hicieron nacer en mí aquellos primeros raptos de la Ópera.

Y esa curiosidad mía empezó á ejercerse la segunda vez que asistí al espectáculo musical.

Más posesionada de mí entónces, advertí que no en todos los concurrentes producian el mismo grado de éxtasis que en mí produjeran aquellos deliciosos acordes.

Noté que si habia damas y caballeros en éxtasis, podía ayudar sin duda alguna la música, pero era acompañada de ciertas inteligencias entre los dos sexos, que yo no podía apreciar seguramente en mi ignorancia, pero que una instintiva perspicacia me hacía descubrir á pesar, ó más bien á

causa de ciertos disimulos que punzaban y avivaban mi curiosidad.

Así es, que fué despertando gradualmente en mí misma un deseo invencible de averiguar y conocer los arcanos del sentimiento, y con tanto mayor motivo cuanto que cada funcion de ópera, á cuyo espectáculo se habia abonado mi familia, era para mí un nuevo manantial de sensaciones desconocidas.

Ocurrió al propio tiempo otra circunstancia. El artista que nos enseñaba á dibujar á mi hermana y á mí juzgó que estábamos en disposicion de pintar al óleo; y como yo habia mostrado notables adelantos en la figura, empecé á copiar cuadros de historia, en tanto que mi hermana se dedicó á los países y bodegones.

Y con este motivo íbamos todos los domingos á visitar el Museo del Prado, para formarnos el estilo en la contemplacion de los grandes pintores.

Yo me apasioné de todos los cuadros en que campeaba la figura al natural, y me extasiaba horas enteras ante los desnudos, ante las encarnaciones de la escuela italiana.

Mis ojos estudiaban la forma de los contornos, el colorido de las tintas, la morbidez de las carnes, el plegado de los paños; pero la imaginacion les daba nueva forma, nueva apariencia, nuevo sér; y aquellas figuras así vivificadas venian á reflejarse con nueva impresion allá en lo más íntimo de mi organismo.

Mis sensaciones en las galerías del Museo, no por ser mudas eran ménos conmovedoras que las bulliciosas de la Ópera.

Y otro tanto me ocurrió en las salas de escultura; pero aquí, donde la fantasía tenía que trabajar ménos para crear la redondez y el volúmen, el efecto sensitivo fué en mí más poderoso; pues la imagen de todas aquellas estátuas inanimadas se asoció en mi espíritu á la imagen de los hombres vivos que en sociedad, que en los paseos, que en el escenario tenía continuamente á la vista.

¡Oh! ¡Qué amalgama de ideas y de impresiones, de imágenes y de realidades, de apariencias y de metamorfosis!

Y todo este trabajo de mi fantasía se revelaba en mis acciones, y me hacía parecer cada día de otro muy distinto carácter.

Ya me tenían por distraída y ensimismada, ya por casquivana y locuela, ya por burlona y satírica.

A los catorce años, ya me consideraban como una coqueta cumplida.

¡Cuántas veces se acercaba á decirme una lisonja un joven cualquiera, y mientras me hablaba, yo me estaba acordando de la figura de Adónis ó de Apolo en el Museo, y mi caballerete se me representaba en todo su desnudo cual hermoso adolescente ó bellísimo mancebo, y yo le sonreía cariñosa, y me dejaba coger la mano!... Creíame en el Olimpo de los dioses...

Mas de repente venía su aliento ó su mano sudorosa á recordarme que era humano mortal y no habitante del etéreo el que me dirigía la palabra; y huyendo de él con estrepitosa carcajada, le dejaba trastornado y confuso en medio de una frase almibarada.

La comparacion entre el sueño de mis potencias y la realidad de mis sentidos, producía esa hilaridad, con que seguramente no trataba yo de ofender al mísero mortal.

Otras veces no era un mozalvete, sino un señor ya de edad quien con ménos timidez me dirigía alguna galantería ó algun propósito sazonado de malicia. Tambien entónces mi fantasía me recordaba algun Sátiro ó algun Fauno, algun Priapo ó algun Centáuro en toda su repugnante carnosidad,... y cuando llegaba á mostrarme sus dientes ó su risa impura, yo volvía en mí para hacer un gesto de desden ó responder con desenfadado sarcasmo.

Y en verdad que, más que al libertino señor, contestaban mis labios al recuerdo del personaje mitológico.

¡Ah! Era una especie de desórden moral el que así obraba en mi mente para luego reflejarse en mis sentidos.

Hasta en la misma iglesia esa desordenada fantasía producía sus efectos.

Como vivíamos cerca de San Sebastian, á esta parroquia acudía yo con mi mamá y hermana; y ¡cuántas veces me ponía á contemplar el hermoso cristo de la capilla de la Fe, y corría en seguida á compararle con el otro de la capilla de los Cómicos!... ¡Y luego súbitamente volvía al primer crucifijo para estudiar mejor sus perfecciones!

Pero este exámen y este estudio iba acompañado en mi fantasía de las formas que yo le atribuía al tenor ó al barítono á quien había oído cantar la noche anterior... ¡Siempre la idea espiritual unida á la materia carnal!

Para mí el arte en sus dos más bellas manifestaciones, la que place á la vista como la que place al oído, venía á resumirse en una misma sensación corpórea.

Pero, ántes de llegar por completo á esta última sensación, mi curiosidad había hecho otro análisis más tangible, ménos artístico, no muy espiritual.

De resultas de un gran negocio con el Tesoro, que hizo mi padre adelantando sumas futuras que no tenía, por valores de presente que le dió el ministro, nos regaló á sus hijas una gruesa cantidad para alfileres.

Mi hermana la consumió toda en dijes y galas; yo guardé la mitad para los pobres, y empleé parte de la otra mitad en dos grandes espejos de tremor, que hice colocar en mi gabinete.

Y allí encerrada, una de las ocupaciones más importantes de ejercer mi curiosidad fué la de escudriñar toda mi persona y apurar hasta sus últimos términos las líneas y contornos, las sinuosidades y repliegues de mi carnal estructura.

¡Con qué avidez miré y remiré... inquirí y examiné... comparé y profundicé todos los menores detalles de mi humano sér!

¡De cuántas maneras coloqué las movibles lunas, de cuántas suertes busqué sus reflejos, con qué sutileza inter-

puse otro manual espejuelo para darme mejor cuenta de las recónditas formas!

Pero ¡cosa singular! en ese exámen plástico, digámoslo así, siempre venía á resultar aquella misma emocion que me trasportaba en la Ópera y en el Museo.

Y hé ahí por qué vino mi raciocinio gradualmente á aquella série de ideas en que, tomando parte el oído, la vista y el tacto, se engendraba la situacion nerviosa bajo cuya influencia me hallaba de continuo.

Nunca olvidaré un domingo en que todas esas impresiones se acumularon sucesivamente, para desarrollar en toda su intensidad la evolucion completa de mis nervios.

Asistí á la iglesia de San Sebastian á una misa cantada con magnífico acompañamiento de voces é instrumentos. Costeábala un alto personaje en accion de gracias por un pleito ganado que duraba hacia ya tres generaciones.

A causa del mucho gentío, difícilmente hallé colocacion dentro de la capilla de la Fe, lateralmente al bello crucifijo, el cual así podia yo contemplar sin deliberado esfuerzo.

No era posible ver la misa; mi atencion, pues, se hallaba ocupada con las armonías de la música y con la belleza del cristo.

Yo estaba sumida en una especie de arrobamiento íntimo, que parecia levantarme del suelo bajo una lluvia de suavísimo licor.

¿Era aquello el éxtasis de los santos; era acaso la trasverberacion de Santa Teresa de Jesus?

No lo sé; pero mis miradas no se apartaban de la desnudez del cristo, y en mi fantasia hacia yo un raciocinio singular: ¿la emocion que la mujer produce en el hombre, la recibe tambien del hombre la mujer?

Las aspiraciones ocultas de la mujer, ¿concluyen siempre en su absorcion por el hombre?

¿Y es esto el amor, es esto la pasion?

Entregada así mi mente á estas cavilaciones, desde la iglesia fui con mi hermana y otras amigas al Museo.

Recorrimos las galerías de pintura, y bajamos luego á las de escultura.

Siempre habia yo pasado sin detenerme por la estatua del hermafrodita recostado; su color negro sin duda me atraía poco; pero aquel dia, ensimismada como me hallaba, paréme á contemplar aquella figura desnuda tendida en su lecho, y ostentando patentes los atributos de ámbos sexos.

¡Oh! Yo no sé cómo expresar la impresion que mis nervios, ya sobreexcitados por las emociones de la iglesia, sintieron en aquel momento.

Mi cuerpo pareció caer en deliquio y consumirse en una ánsia interior, lo cual me obligó á sentarme en una de las banquetas de la sala.

Como el banco estaba todo ocupado, apenas pude acoplarme en una punta; pero ¡con qué bajar y subir, con qué continuo escurrirme! La impasibilidad de las personas sentadas me forzaba á esa movediza postura, á la cual tal vez coadyuvaba placentera mi propia voluntad.

Y este agitado movimiento de tal suerte acrecentó mi alteracion, que hube de volverme presurosa á casa.

Entré en mi gabinete... Aquella turbacion habia seguido inflamando mi sér... Todo me incomodaba,... y buscando alivio, me despojé de todas mis ropas.

Viéndome desnuda y reflejadas mis formas en ámbas lunas, apoderóse de mí una especie de vértigo...

Todas las sensaciones que gradualmente habian ido tomando vuelo en aquella mañana, por la música de la misa... por la capilla de la Fe... por el Museo del Prado... se resumieron en una sensacion única, que hasta entónces yo no habia descubierto directamente...

¡Ah! ¡En aquel instante acabé de comprender cuál era la parte privilegiada de mis nervios!

¡Oh amor fisico... oh sensualidad revelada!

.....
No, el amor no es el hombre; no, el amor no es la mujer.

Respecto al otro sexo no aseguro lo que es; pero si he de juzgar por lo que en mi experimento, el amor en ámbos debe ser el deseo del placer.

Leyendo las famosas *Máximas* de Laroche-foucault, encuentro que «el amor, en el alma, es una pasión de reinar; en los espíritus, es una simpatía; y en el cuerpo no es otra cosa que una ánsia oculta y delicada de poseer lo que se ama después de muchos misterios.»

Esta definición podrá estar muy bien dicha, pero para mí es un logogrifo, cuya solución pudiera muy bien ser la misma del egoísmo.

Y si el hombre busca á la mujer por su propio goce, y á esto titula amor, no necesito yo del hombre para amar.

Diré como un filósofo moderno que «el objetivo del amor es la generación, cuya fuerza de impulsión es el ideal. Con el ideal se eleva por cima del instinto orgánico, apoderándose del alma, á la que, ó bien en alas del deseo arrebatada hasta el último cielo, ó bien con la impaciencia de la posesión precipita hasta el frenesí de la impudicia.»

Yo no habia leído esto todavía, cuando las reflexiones de Jorge Sand en su *Lelia* me habian hecho en cierto modo pensar lo mismo.

«Para las almas poéticas, dice la célebre novelista, el sentimiento de la adoración entra hasta en el amor físico. Así, cuando cae el velo divino y que la criatura se muestra raquítica é imperfecta detrás de aquellas nubes de incienso, detrás de aquella aureola de amor, nos espantamos de nuestra ilusión, nos abochornamos, derribamos el ídolo y le pisoteamos. ¡Y luego buscamos otro! porque nos es preciso amar; y todavía nos volvemos á engañar...»

¡Oh! Sí, es verdad; y para no ser víctima de esas ilusiones engañadoras, me propuse no amar á ningún hombre; y si el ideal conduce al placer, ¿por qué adorar á la criatura física para gozar?

Como dice otra célebre escritora, «las mujeres se pierden por su sensibilidad, y sólo se salvan por la coquetería.»

Aurora del Espino será coqueta: tal fué la conclusion que yo saqué de todas mis lecturas.

Pero mi coqueteria no tenía por objeto, como suponen los que desconocen á la mujer, el agradar á muchos hombres á la vez engañándolos á todos, sino no ser desagradable á ninguno miéntras no exigiesen de mí un placer á sabiendas, que yo resolví no conceder á nadie.

Y de esta resolucion nació que jamás encontrase á ningún hombre digno de unirme á él ni como amante ni como esposa. Decidí no crearme ídolos que tuviera que pisotear despues.

Cuando mis amigas se asombraban de la fortaleza con que resistia á todas las provocaciones indecentes de los hombres, lo mismo que á todas las peticiones de himeneo, las dejaba en su extrañeza, porque en todas nuestras pláticas advertia yo que no comprendian ellas ese sentimiento mio que me llevaba á no experimentar ningun placer directo con el otro sexo, en quien sólo dominaba el egoismo de la lascivia y el impudor del cinismo.

Y á esto llamaban unos insensibilidad y otros vanidosa coqueteria.

Pero lo cierto es que, no siendo aficionada á vivir en reclusion y habiendo de terciar en los festines del mundo, preciso era armarme de un escudo contra los asaltos provocadores.

Precisamente hube menester más de esta proteccion sacada de mí misma, en un tiempo en que comenzó á estilar-se un nuevo baile que llamaban la polca.

Hasta entónces el rigodon, la galop, la mazurca, el mismo vals, se bailaban con toda decencia y recato; pero la polca en su esencia era una danza libidinosa, y llegó á ser completamente lasciva, tal como la introdujeron en los salones algunos señoritos de la aristocracia española.

Las damas y las doncellas se extrañaban de que en París pudiera bailarse así; pero al ver que el duquesito tal y el marquesito cual polcaban tan obscenamente, acabó por acli-

matarse en las reuniones de mejor sociedad esa manera abusiva que los procaces noblezuelos habian aprendido, no en Tullerías, sino en los bailes de las cortesanas de *Mabille* y *Chateau des fleurs*.

Diez años han pasado desde que me entregaba á todas las evoluciones de esa danza, y por experiencia puedo asegurar hoy dia que todas las jóvenes que han caído en flaqueza ó seducción, las ha precipitado en su caída la dichosa polca.

Dotada yo de una condicion amatoria excesivamente desarrollada, como me decia el médico Salcez, mi amor físico requería aquella gratificacion natural que es propia á mi sexo. Yo la habia descubierto en mi gabinete de los espejos; pero ¡cuántos incentivos exteriores venian á dar nuevo estímulo á ese mi organismo amatorio!

La polca era uno de ellos. Las posturas, los movimientos, el contacto que exige en la dama respecto á su pareja masculina, engendraban en mí un sentimiento difficilísimo de dominar.

Mientras yo sola participaba de él, me dejaba arrastrar por todos los giros de la danza sin temor alguno; pero apenas advertia que en mi caballero iba tomando creces igual sentimiento, el instinto de mi propia razon me aconsejaba desprenderme vivamente del polcante, y le dejaba plantado en medio de la danza.

Esto me salvaba de que el naufragio de mi pareja no viniese á anegarme á mí.

Mas á veces lo crítico de mi situacion sensual llegaba á límites tan premiosos, tan excitantes, tan indomables, que tenía que huir del baile, de la reunion, de la plática, del diálogo...

Y ya cuando, por acceder á una obra de caridad, entregaba mi rostro á los ósculos de un libertino,... ya cuando, por no disimular mi complacencia en la lectura de un erótico literato, no prevenia su irreflexiva ligereza en convertir la sensibilidad ideal en física sensualidad,... ya cuando,

en otros muchos lances, la desenvoltura de las costumbres sociales pone á ruda prueba la fibra femenina,... huía, vuelvo á decir, huía á la soledad...

¡Ay! Mi critica situacion exigia inmediato consuelo.

.....
Quiso mi padre que toda la familia hiciéramos durante un verano un viaje de recreo á París. Yo hablaba regularmente el francés, y tenía gran deseo de perfeccionarme en el idioma.

París y su manera de vivir cautivaron mi atencion.

Estudiando aquellas costumbres me expliqué la ruindad de las nuestras. Allí el lujo es una necesidad, en nosotros es un vicio.

En París el trabajo crea necesidades de bienestar y de aspiracion hácia lo bello; en Madrid la holganza produce miserias é instintos degradantes.

Pero aquella ánsia en el gozar es causa tambien de refinamientos perjudiciales. Pronto tuve ocasion de aprenderlo.

No hay extranjera á quien no seduzca en París la forma de los corsés, tan artística y plásticamente presentada en los escaparates de las modistas.

Al ver aquellas figuras, que parecen propiamente imágenes vivas de mujer, ostentando su pulida ropa interior, se siente una atraída hácia el taller de la hábil modista.

Yo me mandé hacer uno de esos corsés cómodos y elegantes; y habiendo pasado á probármelo al gabinetito reservado, fijóse mi atencion en una caja de carton que, por estudio ó negligencia, habia quedado sin cubrir sobre el tocador.

Contenia dicha caja vários instrumentos de gruesos y longitudes diferentes.

Yo tenía una vaga idea de la existencia de los tales instrumentos; además, su forma era tan significativa, que me revelaba cuál pudiera ser su aplicacion.

Mis ojos debian parecer atónitos, porque la modista exclamó como turbada:

—¡Ay! ¡Perdone usted, señorita! Esto no debía estar aquí. E hizo ademan, fingido sin duda alguna, de alzar la caja.

—No, no,—le respondí;—bien creo que entre mujeres la curiosidad es permitida.

—¡Ah, señorita!... ¡Hay tantas de nuestro sexo que hacen falsos melindres!

—¡Y por qué había de hacer melindres yo!... Siempre es bueno aprender... ¿Tienen ustedes eso de venta aquí,—pregunté señalando á la caja.

—Cuando... lo piden,... señorita...—contestó la modista balbuceando.

—Entonces, si yo compro uno,... y si me enseña usted su... mejor uso...

—¡Oh! Es un admirable consuelo...

.....
Decididamente, me iba ya cansando de despedir á tanto aspirante á mi mano, y, sin embargo, no veía yo un hombre de carácter bastante generoso para desear unirse á mí por el placer de mí misma, y no por el placer de sí propio.

Llegué á juzgar que esto no podría existir en la humana naturaleza; y luégo... desde que fui iniciada en el gabinetito de la modista de París, ¿qué necesidad tenía yo de degradarme en union con el otro sexo ruin, egoista, dominador, exigente, siempre injusto para la mujer, siempre dispuesto á no ver en su compañera sino una esclava de sus caprichos, un instrumento de sus deleites, un escabel de sus pretensiones, un estorbo repugnante cuando no sirve á sus pasiones?

Pero de repente, presentóse á mí un extranjero; su lenguaje difería del que yo había oído hasta entonces; su modo de raciocinar llevaba otras tendencias, á que yo no estaba acostumbrada,... y le presté oídos.

Logró persuadirme que mi espíritu había llegado á un estado de exaltacion,—y al decirme esto, aludía de un modo delicado al estado de mis sentidos,—el cual necesitaba, para calmarse, de otro país, de otro cielo, de otra lengua,

de otra sociedad,... por lo que debía ir á residir durante algun tiempo en París.

A mamá no le pareció mal este proyecto, tanto más cuanto que mi hermana, por negocios de su marido, hacía ya algunos meses se hallaba allí.

En París el príncipe Emiepatopff fué insinuándose poco á poco en mi corazon, valiéndose de un recurso que me sorprendió: explicóme de una manera sagaz todas las manifestaciones más recónditas de mi propia sensualidad, toda la historia desde mi instinto digital hasta mis hábitos de iniciación parisiense...

¡Oh! ¿Hay un hombre, me pregunté á mí misma, que así puede leer en el secreto de una mujer?

Y cuando creí convencerme que el príncipe, en efecto, leía así en mí, no por sarcasmo sino por delicada pasión,... no dudé ya más: acepté su mano.

Mi noche nupcial no fué noche de fingimiento.

.....
¡Oh decepcion! Mi esposo es incapaz de satisfacer mis sensaciones amorosas. Con toda su pasión, con todo su ardor, con toda su ilimitada sumisión á las exigencias todas de la voluptuosidad... mis goces son incompletos. ¡Amarga, amarguísima realidad!

He vuelto á mis hábitos de doncella... ¿Y para esto he tomado marido? ¿Para esto he trocado mi independencia femenina por el vanidoso é ilusorio título de mujer casada?

.....
¡Ah! Yo ignoraba que había aún placeres en la vida de mujer. He vuelto á ver á mi amiga Felisa,... ¿Cómo hemos podido tratarnos durante tantos años sin comprendernos, sin revelarnos nuestras sensaciones secretas?

¡Ay! Si los deleites que ámbas hemos pasado esta noche juntas, los hubiera yo conocido ántes... ¡Ay! ¡No sería yo hoy día princesa de Emiepatopff!

.....

XXIII.

EL CELIBATO.

La naturaleza humana está sujeta á bien miserables contingencias.

Existen afecciones nerviosas que llevan por sí mismas el contagio, y no hay energía de voluntad que pueda evitarlo, ejerciendo mayor imperio la fuerza de imitación.

El espectáculo del orgasmo sexual ha producido efectos libidinosos en naturalezas puras y candorosas que lo han presenciado, y en quienes toda otra seducción habría sido impotente.

De ahí que muchos libertinos, gastados por los excesos, acudan á ese medio concupiscente de hacer nacer algún calor en sus ateridas fibras.

Los síntomas de la epilepsia y del histérico suelen comunicar efectos parecidos en aquellos que los observan atentamente y sin recelosa prevención.

Y el tío de la condesita que, acostumbrado á dominar sus sentidos, no sospechaba que el histerismo de Felisa pudiera despertar en él otro sentimiento que la conmiseración más profunda, fué víctima de su confianza, ó más bien de la irresistible impulsión imitativa, tanto mayor en una naturaleza toda virgen como la suya.

Bien advirtió que sus imaginaciones y sensibilidades habían adquirido más fuerte intensidad; y varias veces, para no sucumbir á su estímulo devorante, tuvo que renunciar á oír en confesión al bello sexo; pero nunca llegó á persuadirse que aquellas nuevas y más solicitantes ansias pudiesen provenir de haber asistido á los accidentes de su sobrina.

Fatalmente para el vicario, después de la revelación que le hizo Salces, y muy ajeno él de toda idea al parecer libi-

dinosa, quedóse la segunda noche, que pasó Aurora cuidando de su amiga, en la pieza anterior donde la víspera se habia quedado la Maria.

¿Qué perturbadora curiosidad le incitó á ello? No hay duda: aquel su mismo estado de sobreexcitacion nerviosa.

Muy pronto empezó á oir las mismas risas convulsas, ayes y cuchicheos, los mismos murmullos singulares que tanto habian impresionado á la criada, pero que el tio de Felisa perfectamente definia.

Trató de retirarse á su aposento; mas su corazon latia con violencia, y aquellas palpitaciones eran una mezcla de angustia y de voluptuosidad, que le impedian arrancarse de aquel sitio.

A medida que los suspiros y los ecos osculatorios de la alcoba llegaban á su oido, todo su organismo iba entrando en delirio.

Por los síntomas que él mismo refirió algun tiempo despues á los médicos Salces y Mad, y por otras indicaciones expresadas en el borrador de una carta suya, que creemos no fué nunca á su destino, hallóse poseido de una convulsion muy parecida á la epilepsis simpática.

Sintió elevarse de cierta parte interior de su cuerpo esa especie de vapor que precede y anuncia el acceso, y á que se da el nombre de *aura epiléptica*.

Su respiracion se hizo difícil, entrecortada y ruidosa...

A la suspension del aliento siguió como un hipo angustioso...

Los ojos fijamente abiertos y como rodando en sus órbitas... las pupilas dilatadas... la cara convulsa... los dientes crujendo...

La boca se le llenó de espuma, y sin poderlo evitar se mordió repetidamente la lengua...

Sentado en un sofá, su cabeza, brazos, piernas y tronco se extendieron y encogieron sucesivamente con rigidez violenta...

Su inteligencia pareció quedar como suspendida; pero

por una intuición extraña veía distintamente todo lo que pasaba en la alcoba voluptuosa...

Y á compás de lo que creía contemplar, se iban repercutiendo en su ser los mismos espasmos de aquel lecho enigmático...

Y esa repercusión sensitiva produjo en su organismo emisión de la esencia vital, seguida de abundantes aguas...

¡Oh humana flaqueza! ¡Oh polución desordenada!

Al cabo de breves minutos paró aquella tormenta: cesó la agitación muscular, se disipó el vértigo, la mente volvió á su recta percepción; y ya entonces el vicario pudo huir de aquel sitio, pero poseído de fatiga, quebranto, estupor, sorpresa, tristura y falsa vergüenza.

¡Ay! Aquella crisis le había revelado que es en vano querer luchar contra la ley de la naturaleza. Los ardores sensuales habían tenido en él su natural consecuencia... Era hombre.

Las victorias que tantas veces consiguiera sobre su carne, ¿estuvieron siempre exentas de toda polución?

¡Ah! El rubor de su frente le decía que no...

Y como llevado de la mano por algún demonio tentador... ¡el eclesiástico por vez primera abusó de sí mismo!

Desde entonces dióse á meditar sobre la castidad clerical; y mil argumentos, que contra ella le habían parecido anteriormente fútiles, comenzó á apreciarlos bajo muy diferente aspecto.

Discurría con nueva lucidez que la castidad de que habla el Evangelio como virtud, no era la forzosa é impuesta contra los impulsos legítimos, sino la meramente voluntaria, excepcional y por un tiempo dado.

Volvió á leer la vida de Martín Lutero; y aquellas luchas del fraile agustino, debatiéndose en su celda contra las incitaciones de su sensualidad indomable, le parecieron menos seráficas que ántes.

Según iba leyendo y meditando, le surgió la idea nueva de que aquel mismo Lutero era más casto en los brazos de

su esposa Catalina Bora que despues de las poluciones irremediables de sus antiguos combates.

Concluida la lectura, tendia su imaginacion hácia la inmensa cohorte de sus colegas de sacerdocio, viviendo sin recato alguno en el concubinaje con el asentimiento de los pueblos y de las autoridades...

Y la consecuencia que deducia de sus nuevas meditaciones, era que los tiempos no debian estar léjos en que los verdaderos católicos romanos, para no ver naufragar su Iglesia, pedirian la abolicion del celibato de los clérigos y el volver á la antigua disciplina conservada en Oriente.

Para distraerse de estas ideas, que le atormentaban de muy distinta manera que sus obsesiones de otras veces, recurría á su breviario y trataba de fijar su mente en la oracion.

¡Inútil preservativo! Allá en el fondo de su gabinete, atendiendo nominalmente á esos ejercicios de obligada devocion, entregábase casi delirante á las prácticas abusivas.

Aquel aposento immaculado perdió su primitiva pureza.

Pero la salud del infortunado eclesiástico llegó á resentirse; fuéle preciso consultar á los facultativos; y tanto Salces como Mad, el director de la casa de locos, ámbos le dieron igual consejo: no abusar de sí mismo y sustituir á las prácticas solitarias las caricias femeniles.

¡Oh! ¡Un ministro del santuario entregarse en brazos de una mujer para obedecer á la ley natural!... ¡Oh! Jamás.

Era él demasiado esclavo de la disciplina eclesiástica para faltar á ella sin pudor.

No entraremos en toda la série de razonamientos que le condujeron á una solucion... que parecerá extraña quizá, pero que en el estado actual de la Iglesia católica, y hasta que ese estado no sufra reforma, es la única racional y á la que debiera someterse todo eclesiástico verdaderamente observador de la disciplina romana.

Y ántes de decir cuál fué esa solucion adoptada por el vicario, trascribiremos una conversacion que de sobremesa tuvo con los dos médicos.

—Sí, amigo mio,—le dijo Salces,—ménos vergonzoso es vivir en el concubinage que entregarse al vicio solitario, y yo por mi parte no me siento con fuerzas para culpar á tantos y tantos curas que viven en familia con sus amas y sus sobrinos putativos.

—Ya; pero, aún prescindiendo de la trasgresion al voto de continencia,—observó el vicario,—¿y todos esos pobres hijos á quienes la ley no ampara, juzgándolos de peor condicion casi que los hijos incestuosos?

—Sí, es cierto; mas esa legislacion no puede durar... Si en tiempo de Felipe II se reconocia la validez de los hijos de clérigo, mediante una retribucion pagada por el diploma de legitimacion, ¿por qué hoy dia no habiamos de volver á ese mismo sistema?

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó el eclesiástico.—Hoy dia somos más hipócritas que en tiempo de Felipe II. Lo lógico sería... no volver á esa legislacion viciosa, sino á la antigua disciplina que abolió Gregorio VII para las Iglesias de Occidente, y que, sin embargo, no pudo hacer adoptar por los sacerdotes católicos greco-unidos, por los sacerdotes católicos del Líbano y de las diversas comuniones orientales; lo que no quita que hayan continuado sometidos á la autoridad del Papa romano.

—Positivamente, ese es el gran remedio,—dijo el doctor Mad;—no hay salvacion para la pureza de la Iglesia católica fuera de la abolicion del celibato de los clérigos.

—Y habrá que venir á parar á ella,—apoyó Salces.—Yo que he viajado por toda la América española y por el Brasil, donde está públicamente admitido el concubinage de curas y frailes; y que oí á un respetable prelado en Rio Janeiro que se estaba en negociaciones secretas con Roma para aplicar á América el matrimonio clerical al modo de Oriente, debo creer que al fin se venga á esa medida para todo el catolicismo en general.

—Lo dudo mucho,—replicó el vicario;—y tal vez no estará tanto la culpa en Roma como en el clero mismo. Siem-

pre que entre eclesiásticos se suscita esta cuestion, los más puros, los más fieles observantes del voto de continencia, son los que opinan en favor del matrimonio, al paso que los más encenagados en el libertinaje, los que han ido desechando sucesivamente sus amas envejecidas para reemplazarlas con otras jovencitas, esos clérigos concupiscentes son los que con mayor hipocresía abogan por el celibato.

—Hacen mal,—observó el doctor Mad;—el poder de la teocracia, sostenido hasta ahora por medio de la influencia bastarda ejercida sobre las mujeres y los niños, no podrá conservarse sino por medio de la influencia legítima nacida de la familia propia. Si los protestantes, á pesar de su inmensidad de sectas, han podido difundirse y constituir las naciones más vigorosas y adelantadas, lo deben principalmente á que sus pastores no forman una Iglesia hostil dentro de un Estado hostil, sino una Iglesia social en cuerpo con un Estado social, unidos por la vida de familia legítima.

—¡Ah, ah, señor doctor!—prorumpió el vicario.—Toca usted ahí un punto que es el gran caballo de batalla de los partidarios del celibato clerical. Dicen éstos que enhorabuena sean casados los clérigos protestantes, pues entre ellos no existe la confesion, pero que entre los católicos no es posible porque sería abolir la confesion ó profanarla.

—Pues bien, señor vicario,—replicó el doctor Mad;—usted convendrá conmigo que los que tal dicen, ó yerran por ignorancia ó por malicia. ¿No están ahí las Iglesias greco-unidas en Roma, no está ahí el Líbano todo entero, donde los sacerdotes son casados, y que la disciplina les prohíbe que no lo sean; y sin embargo, no acuden á ellos las poblaciones, muy fieles y muy católicamente creyentes, y se confiesan sin la menor repugnancia con hombres, á quienes la práctica formal de las cosas de la vida los hace más aptos para el desempeño de su cargo espiritual?

—Efectivamente, convengo en ello,—apoyó el vicario,—y ese ha sido siempre mi modo de pensar; pero yo no opongo argumentos, todo lo contrario. Mas, tratándose de este

asunto, en el cual soy yo víctima, cito hechos... y desgraciadamente sin esperanza de verles un remedio.

—¿No espera usted en el progreso de las ideas, amigo vicario?—interrogó Salces.

—Espero, sí, amigos míos,... pero no para nuestros días,—respondió con un suspiro el eclesiástico.

—Cierto es; el progreso es lento, y en materias religiosas más lento todavía, especialmente en nuestra España; pero yo creo que, á imitación de lo que pasa en otros países, el primer día que se establezca algo que se parezca... no á la libertad absoluta de cultos, pero sí á la libertad de conciencia ó á la tolerancia religiosa, se adoptará alguna medida racional y católica que ponga coto al concubinaje escandaloso de los clérigos...

—¿Y esa medida es?—preguntaron á un tiempo á Salces el vicario y el doctor Mad.

—Una medida que está en las atribuciones de los obispos y en la práctica seguida en todo tiempo por los papas: la de las dispensas. Que el arzobispo de Toledo, y con él otros de los prelados más principales, pida en secreto dispensa á Roma para secularizar á tal y tal clérigo que lo solicite; y una vez secularizado, una vez vuelto á la vida civil, que le case sacramentalmente, como si nunca hubiese estado ordenado *in sacris*. Por motivos políticos, por razones sociales, ¿no han solido dispensar los papas á monges y á obispos, á unos para ser reyes, á otros para perpetuar una casa ilustre, por medio del matrimonio legítimo?

A esta idea así presentada siguió un rato de silencio. O á los oyentes les parecía atrevida ó tal vez irrealizable.

Después de esa suspensión prorumpió el vicario con un movimiento triste de cabeza:

—No, no son esas las ideas que pueden hallar hoy día eco en Roma.

—Sin embargo,—repuso Salces,—en Inglaterra y los Estados-Unidos nada más común que ver á un clérigo católico renunciar á su estado y casarse legalmente. Y no por eso de-

ja de ser ménos considerado y respetable en su nuevo estado.

—¡Ah!—exclamó el eclesiástico.—El continente europeo tiene muy singulares aberraciones; todo le parece bien con respecto á la Inglaterra y los Estados-Unidos, y sin embargo no se atreve á imitarlos. Ahí está la misma Francia; con toda su libertad de cultos, un clérigo católico que renuncia al altar no puede casarse civilmente.

—Es cierto,—observó Salces;—por eso Francia será la primera nacion de Europa donde naufragará el catolicismo.

Renovóse el silencio entre los interlocutores, pero mucho más prolongado. Todos ellos meditaban como abrumados de cierta pesada congoja.

Por fin el eclesiástico hizo esta singular pregunta:

—¿No hay entre los turcos una especie de monges que, para no faltar al voto de castidad que pronuncian, se sujetan á la misma operacion que los eunucos?

—Sí, los derviches,—contestó el doctor Mad.

—Pues bien, amigos míos; yo he encontrado una solucion para la continencia de los clérigos católicos.

—¿Y esa solucion es?—interrogaron ávidamente los dos facultativos como presintiendo cuál era.

—Que hagan los clérigos verdaderamente castos como los derviches.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Y quiénes querrán sujetarse á esa operacion?—le preguntaron.

—Yo... y esta misma noche, amigos míos.

Cuantas reflexiones hicieron los dos médicos para disuadir de su propósito al vicario fueron inútiles.

Todo lo más que consiguieron de él fué que la operacion no sería cruenta y de una vez; sino lentamente y por medio de la ligadura testicular...

Pero el digno hombre, que comprendió que la fuerza de voluntad, despues de tan continuadas luchas, habia sido vencida por la omnipotente naturaleza, se sometió al único preservativo que en la situacion actual de la disciplina romana le es dado adoptar á un eclesiástico virtuoso.

XXIV.

EL CONVENTO DE MONJAS.

Tres meses duraron las nuevas relaciones entre la condesita de Negroponte y la princesa Emiepatopff.

Volvieron à aparecer ámbas amigas en todos los saraos y espectáculos de la corte, más bellas y esplendorosas que en sus primeros tiempos juveniles.

Alegres, radiantes y contentas, gozaban de la vida cual tortolillas en celo, sin más afán que aspirar las brisas perfumadas, sin más solicitud que contemplar en éxtasis la risueña naturaleza.

Enlazadas cual ninfas amorosas, se las veía por el Retiro, por la Flórida, por el Canal, por todos los sitios de arboleda, ya paseando, ya sentadas al borde del Manzanares ó del gran estanque, ya jugueteando por el interior de alguna sombría enramada.

El príncipe ruso, à quien raras veces le permitian ser su acompañante, llegó à mostrarse celoso; y aunque no lo dijo, pareció como sospechar...

¿Tenía fundamento para ello?

Sin duda él mismo se hizo à sí propio esa cuestion; pero no se atrevió à resolverla.

¿Podíalo en verdad?

¡Oh! Seguramente no. Nunca encontró indolente ó agotada la condicion amatoria de su esposa.

Pero la muerte del czar Nicolás le obligó à hacer un viaje à San Petersburgo, y se llevó consigo à Aurora.

La ausencia de su amiga produjo cierta melancolía en Felisa, renovando todos aquellos escrúpulos religiosos, que empezaron à asediarse cuando fué à la feligresía de su tío vicario.

Dedicóse otra vez no sólo á lecturas místicas, sino á la meditacion de algunas obras de moral abstracta, que influyeron fatalmente en la conciencia no preparada por otros estudios de sana filosofía.

Cierto pasaje de uno de esos autores moralistas la impresionó vivamente. Dice así:

«Si rara vez disfrutamos por completo de alegría en esta vida, aún más rara vez sentimos la acre amargura de »desesperanzada angustia, á ménos ciertamente de haber- »nos encenagado como bestias en los apetitos sensuales, y »abusado, extenuado, estimulado, agotado de nuevo, y, por »último, arruinado nuestras facultades para gozar; entón- »ces, sí, nos hallamos sin amparo destituidos de toda espe- »ranza. ¡Oh! Sí, entónce es grande nuestra agonía. Y ¿cuál »podrá ser su fin?—Hemos destruido el manantial de nues- »tras potencias; y ya la vida no puede ser más que sufri- »miento. Harto débiles para concebir fe, la muerte sólo ti- »nieblas nos presenta.»

Ni esperanza, ni fe... ¡Triste moral!

La condesita llegó á impregnarse de todas las ideas tétricas de la desesperacion más punzante, de todos los escrúpulos de la conciencia más angustiada; y creyendo que el mundo no podría en efecto ofrecerle ya consuelos, persuadida que en verdad su cuerpo se habia manchado con todas las impurezas, que su alma no podia ser redimida, decidió hacerse monja.

No diremos en cuál convento tomó el hábito de novicia; pero si narraremos las circunstancias que impidieron que se cubriese con el velo de profesa.

Durante los primeros dias sintióse animada de un fervor religioso extremado; y las prácticas de la vida contemplativa, ó, mejor dicho, de la quietud silenciosa del coro y del compás de los cánticos monacales, calmaron algun tanto aquel espíritu atribulado.

Toda entera á su fervorosa meditacion y al fantasma de su crimen imaginario, no veia en derredor de sí, no percibia

distintamente aquel nuevo mundo, reflejo diminuto del que habia abandonado.

Pero cuando todas aquellas ritualidades monótonas de misas y maitines, de misereres y letanias, de rezos y genuflexiones, ocupacion puramente maquinal de la vida del claustro, que en nada afecta al espíritu, se hicieron en ella, como en las demás monjas, un hábito, una costumbre, un acto de autómeta movido por igual resorte que el de un acompasado reloj,... su mente volvió á caer en tristura y desfallecimiento.

Naturalmente, esa languidez intelectual buscó otro apoyo más confortativo en los objetos de la atmósfera que la rodeaba; y entónces tuvo ocasion Felisa de ir advirtiéndole un dia y otro dia que las pasiones humanas no abandonan á la criatura al cerrarse tras ella las puertas interiores de un convento.

¡Cuán grande fué su sorpresa al descubrir que ella, que se creía sola culpable en la tierra, ella que juzgaba haber envilecido su cuerpo, haciéndole impropio para unirse á otro cuerpo en himeneo, ella que se persuadia haber profanado en el seno de su amiga Aurora los atributos de digna esposa, ella que lloraba amargamente su pecado,... cuán grande fué su sorpresa al descubrir que tenía por compañeras en ese mismo pecado á casi todas las monjas!

¡Y eso no era un misterio, no era una de esas circunstancias extraordinarias que asombran y escandalizan cuando algun maligno las propala!

¡Oh misera aberracion la suya! ¡Oh loco extravío el de su enlutado corazon!

Una tarde que reclinada en meditacion contra la reja del coro bajo, y oculto su cuerpo por la cortina, no podia ser distinguida desde la iglesia, oyó el siguiente diálogo entre el capellan y otro eclesiástico que parecia delegado ó representante del arzobispo de la diócesis.

—Repito á usted,—decia el capellan del convento,—lo que le tengo dicho á su Eminencia. Ese cuadro es motivo de

gran escándalo entre las monjas; y aunque les tengo prohibido que se complazcan en mirarle, no es posible conseguirlo; pues todas me contestan que, so pena de no dirigir los ojos al altar mayor ó á la iglesia, sus miradas han de ir á fijarse necesariamente en ese malhadado cuadro que se les presenta de frente.

—¡Bah! ¡Niñerías!—respondió el otro clérigo.—Algun consuelo han de tener las pobres reclusas... Supongo, padre capellan, que no será por celos por lo que quiere usted que desaparezca esa pintura de la iglesia... ¿Eh?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué refinada malicia!

—¡Já! ¡Já! Deje usted correr el mundo como está, y no vuelva á incomodar á su Eminencia con esa pretension.

El lector querrá saber qué asunto representaba ese cuadro que el capellan queria quitar á la contemplacion de las monjas.

Era simplemente el bautismo de Jesus por Juan el precursor en las aguas del Jordan. El pintor se habia excedido á sí mismo, reproduciendo los dos personajes con toda la verdad del natural: admirables líneas, bellissimo colorido, sorprendente encarnacion, todo el desnudo de la figura humana con formas divinas trasladado al lienzo.

¡Qué mucho que las monjas se recrearan en su extática contemplacion!

En otra ocasion, volviendo Felisa de la huerta, y habiéndose quedado rezagada detrás de las demás novicias, hallóse sola á la puerta de la celda de la priora.

Se sentia penosamente fatigada y se paró á cobrar aliento.

Ciertos ayes misteriosos llamaron su atencion, y casi á pesar suyo oyó algunas frases entrecortadas.

¡Qué ilusion! ¡Qué falso eco de su mente extraviada!...

¡Oh! No... Sí, eso es...

¡Imposible!... ¡Dentro de los muros de una casa religiosa!...

¡Las vírgenes del Señor!... ¡Las esposas de Cristo!...

¡Ah! Tal vez algun éxtasis, algun arrobamiento, alguna

conversacion mística como se cuenta de Santa Teresa de Jesus...

Pero... esas palabras tiernas... esos quejidos amorosos... ese murmullo de los labios...

¡Oh! Esa es la pasion de los sentidos...

El histerismo, ¡ataca tambien bajo el sayal de la religiosa?...

Sí, sí,... no hay duda... Felisa recuerda sus escenas histericas con Aurora...

.....
Al dia siguiente medió un diálogo curioso entre la condesita y la hija de la portera, muchacha de once años que servia en el convento:

—¡Ay, hermana Felisa!—exclamó la chicuela.—No diga que yo se lo he dicho; pero la maestra de novicias está muy enfadada con usted.

—¿Por qué, hija mia?

—La escucha de servicio la acusó ayer.

—¡Escucha! ¿Y qué oficio es ese?

—¡Ay! ¡No sabe, hermana Felisa! Aquí en el convento, se espian las monjas unas á otras, y no puede darse un paso, sin que la escucha, que así se llama la espía que se le pone á cada hermana, se entere de todo cuanto dice y hace, para ir á contarlo luégo á la madre priora.

—Y á la espía, ¿la espían tambien?

—Es claro; todas tienen su escucha, en el coro, en el locutorio, en la huerta, y hasta... donde ménos se piensa.

—Y bien, ¿qué he hecho yo de malo, hija mia, para que me haya denunciado mi escucha?

—¡Ahí es nada! ¡Pararse á la puerta de la madre priora, justamente cuando estaba encerrada con la hermana secretaria!

—¡Ah! ¡La secretaria! ¿Yo he espiado los asuntos reservados tal vez?

—Chiton, hermana... ¿No sabe que la secretaria es la niña dulce de la priora?

—¡Niña dulce! ¿Y qué empleo es ese?

—¡Já! ¡Já! ¿No lo sabe, hermana?

—No, á fe, hermanita...

—¡Vaya que sí! —exclamó con zalamería la muchacha.

Esta exclamacion acabó de revelar á la condesita lo que ella no queria comprender; pero si esto en sí la sorprendía, mucho más la sorprendió que aquella criatura, casi impúbera todavía, estuviese ya al corriente de los secretos íntimos monjiles.

Y cuando su entendimiento, oscurecido hasta entónces, llegó á penetrarse de la verdadera realidad; cuando su juicio se ilustró, convenciéndose de que la flaca naturaleza no la habia escogido á ella sola por victima, sino que hasta en el mismo claustro, donde pensara hallar refugio contra esa flaqueza, habia tantas otras que no habian podido resistir á ella; cuando abarcó bajo otro muy diferente aspecto las consecuencias de la suya propia, y vió que el magistrado Turbosa habria muy bien podido considerarla esposa dignísima,... su razon principió á resentirse de otros signos de melancolía...

Temerosa de que la permanencia en el claustro pudiera alterar por completo sus facultades, pensó en abandonarle.

Pero este pensamiento fué una nueva lucha en su cerebro, resultado de aquella su concienciosidad tan fuertemente desarrollada como su amatividad.

Parecíale un acto informal, una resolucion sin delicadeza, despojarse del hábito religioso y volver á parecer en sociedad con las galas mundanas.

Si en el mundo le amargaba su pecado, ¿á qué volver al mundo?

Pero ¡ay! en el claustro habia aprendido que no era todo amargura su pecado, que sus martirizantes escrúpulos no eran completamente fundados.

Y empezó á sospechar que dentro del convento podria verse asaltada de algun nuevo accidente, tan terrible como los pasados.

Desgraciadamente, su naturaleza habia sufrido tan violentas sacudidas, que se le declararon todos los síntomas de una consuncion pulmonar.

Hacia algunas semanas que experimentaba una tosecilla ligera, de la que no habia hecho caso, suponiéndola efecto de un simple romadizo.

Despues se convirtió en tos más formal, unas veces seca, otras acompañada de escupitinas claras, espumosas y semejantes á saliva batida.

No pasó mucho tiempo sin que esas escupitinas tomaran un color verduzco y opaco, y apareciesen teñidas de sangre.

Este último síntoma asustó á Felisa, que mandó llamar al instante á Salces.

El médico, que de tan antiguo conocia el temperamento y vicisitudes de la paciente, le hizo varias preguntas para corroborar la sospecha que concibió al momento.

No habia duda: la condesita estaba amagada de tisis.

Y junto con los síntomas héticos habia otro más grave aún que corresponde á la hipocondría, y es la aprension.

Felisa de Negroponte, desde la primera consulta con el facultativo, fué adquiriendo la persuasion de que era llegada su hora postrera; y esto con tal intensidad, que todas sus facultades intelectuales se fijaron en esa idea.

Su sueño era agitado y penoso, su apetito nulo, su estómago en un continuo espasmo.

Palpitaciones crecientes de corazon, sofocos en la cara, estremezon en los músculos.

Y luégo siempre triste, siempre pensativa; nada la distraía que no fuese hablar de su próximo fin.

Salces se alarmó de todas estas circunstancias que podian precipitar el desarrollo de la afeccion pulmonar, y propuso, para calmar aquella inquietud hipocondriaca, que la condesita saliese del convento.

Pero, persistente ella en que sus dias eran contados, aplazó la ejecucion de su salida, y muy pronto nuevos síntomas la hicieron completamente inútil.

La tos se volvió más frecuente é incómoda; aumentaron los esputos sanguíneos; la calentura fué haciéndose más continua; la traspiracion venia al menor esfuerzo, sobre todo en el pecho, y los sudores nocturnos apénas permitian un leve sueño al amanecer.

La excavacion de los ojos y lo saliente de los pomos, en medio de la demacracion general, indicaron ya el término fatal cercano.

Felisa pidió los sacramentos...

Salces y el vicario tentaron un último raciocinio para convencerla de que, saliendo del convento, curaria de su enfermedad más fácilmente.

—¿Sanaria mi físico para siempre?—le preguntó ella al médico.

—Seria un grandísimo alivio,—respondió Salces.

—¿Se tranquilizaría del todo mi conciencia?—le preguntó luego á su tío.

—En todos sitios la conciencia es siempre la misma,—contestó gravemente el vicario, que por nada renunciaba á la inflexibilidad de sus principios.

—¡Entónces déjenme ustedes morir en esta celda!—prorumpió Felisa con desfallecido acento.

¡La sensualidad y la conciencia! Hé ahí las dos dolencias que habian hecho presa en la condesita de Negroponte; y si cada una de por sí consume, ámbas á la vez y en lucha devoran y aniquilan.

El vicario y el médico eran impotentes para curar ese doble estrago.

Sonó la campana del convento las siete campanadas del Viático...

De repente abrióse la puerta de la celda.

Una jóven lujosamente vestida, bella todavia, pero pálida, y á través de cuyo semblante se trasparenteaba una dolencia física y moral, corrió á abrazar á la moribunda.

Era su amiga Aurora del Espino, que regresaba de Rusia.

—¡Ya puedo morir contenta!—exclamó la condesita.

Era precisamente el momento en que todo estaba preparado para administrarle el Viático...

Tenía Aurora enlazada entre sus brazos á su amiga, cuando una de las monjas la tocó en el hombro rudamente, para decirle con desabrida voz:

—¡El Santo Viático, señora!

La jóven, sin volver la vista á la impertinente monja tomó otra postura, pasando su brazo derecho por bajo de la espalda de Felisa para sostenerla mejor...

Llenóse la habitacion de todo el monjío curioso que acompañaba alumbrando al Viático, y el sacerdote se acercó á la enferma.

Esta recibió la hostia casi insensiblemente, y casi con la misma insensibilidad le fueron ungidos los piés y las manos...

Cuando la celda quedó vacía y por la ventana entreabierta pasó una ráfaga de aire puro, que disipó el humo que habian dejado las luces del acompañamiento, la moribunda pareció reanimarse.

—¡Aurora, amiga mia!— dijo con extenuado acento.

—¡Felisa mia!—prorumpió la amiga, aplicando sus labios sobre la boca de la agonizante.

—¿Eres dichosa, Aurora?

—No, querida mia.

—Si con lo que aquí he aprendido... nos hubiésemos consultado... hace cinco años...

—Yo no estaria casada, Felisa mia.

—Ni yo... moriria... ahora... ¡Ah!...

Dobló instantáneamente la cabeza, y la condesita dejó de existir.

Aurora besó un cadáver.

Apénas hacía once meses que Felisa habia entrado en el convento, y apénas dos que cumpliera los veintiseis años de su nacimiento.

XXV.

ÚLTIMA PÁGINA.

El doctor Mad cumplió su palabra: logró restablecer el juicio extraviado del magistrado Turbosa, y éste asumió de nuevo sus funciones judiciales; pero, una vez fuera de la casa de locos, volvió á sus antiguos hábitos, si bien no con impetu tan desordenado.

El facultativo le refirió la operacion á que se habia sometido su amigo el vicario para no faltar á su voto de continencia, y le aconsejó igual remedio, ya que, por la muerte de la condesita de Negroponte, no queria él abrazar el estado de matrimonio.

Turbosa se negó indignado... Y arrastró esa existencia apática y estulta de tantos personajes públicos, cuyo encumbramiento hace sospechar á los malignos si quizá el idiotismo es el mérito que así los ha ascendido.

¿Y Aurora?

La princesa Emiepatopff fué más avisada y razonadora.

Comprendió que su condicion amatoria, tan excesivamente desarrollada, podia conducirla á la locura del erotismo; é informada por el doctor Mad que la ciencia poseia un remedio para prevenir tan terrible accidente, corrigiendo la desproporcion orgánica, tuvo el mismo valor que habia tenido el vicario...

Se sometió á la cauterizacion de aquel su emblema orgánico del amor físico.

Pero si su sensualidad se calmó, su sensibilidad moral se agravó, meditando que se hallaba unida en matrimonio con un hombre, dignísimo ciertamente, pero que no podia compartir sus aspiraciones demasiado ideales, demasiado excéntricas quizá.

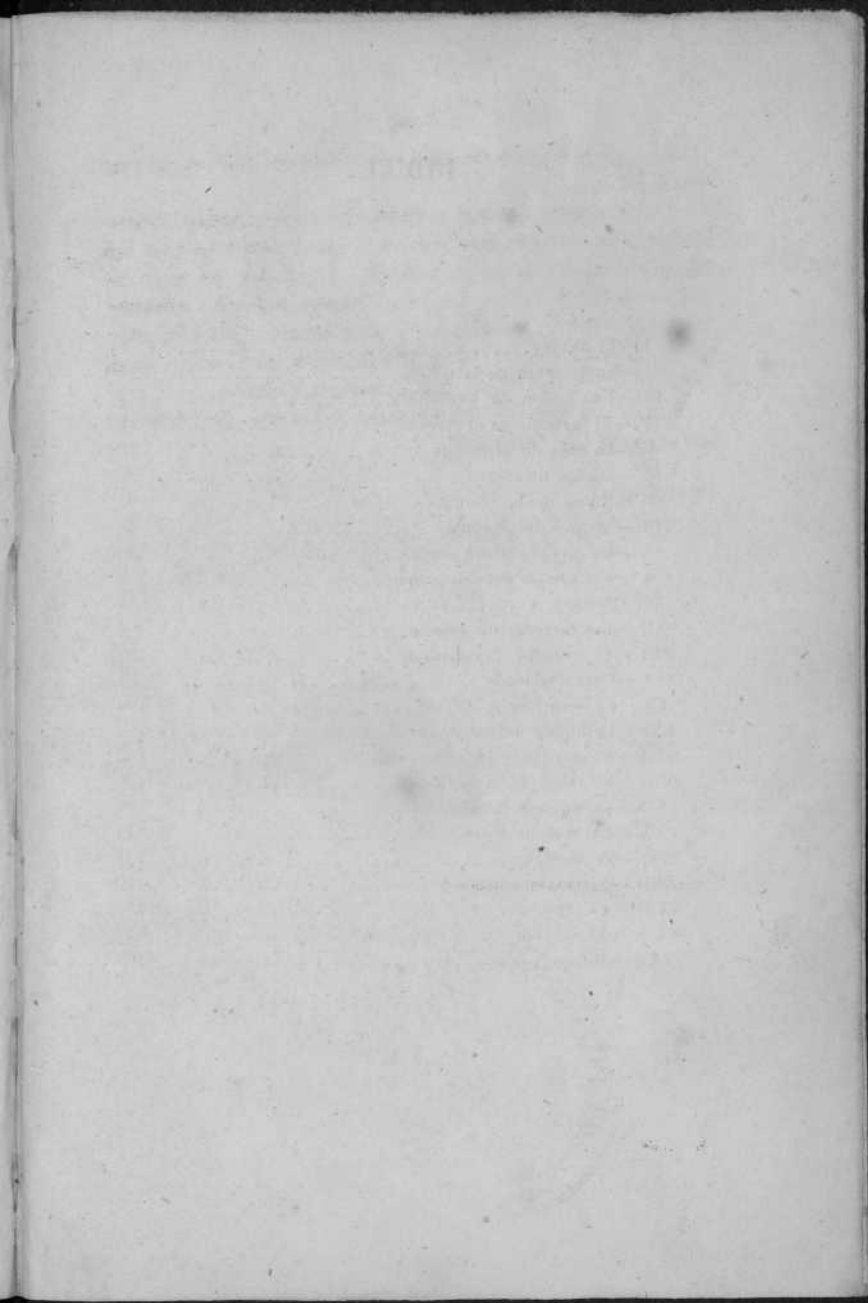
El príncipe ruso deseaba con ardor un hijo, y ella no podía dársele.

Y Aurora del Espino, viviendo para los pobres y viviendo para los placeres mundanales,... pocos meses despues del fallecimiento de su amiga, saliendo una noche del palco de la Ópera, donde todos los concurrentes pudieron admirar sus bellas formas casi desnudas, como era la moda elegante, arrojó de los hombros su pelliza de marta para entrar en el lecho, del que á los tres dias la sacaron cadáver.

Y ciertamente, no fué entónces el pecado de Onan el que la condujo á la tumba.

FIN.

Madrid; Setiembre de 1866.



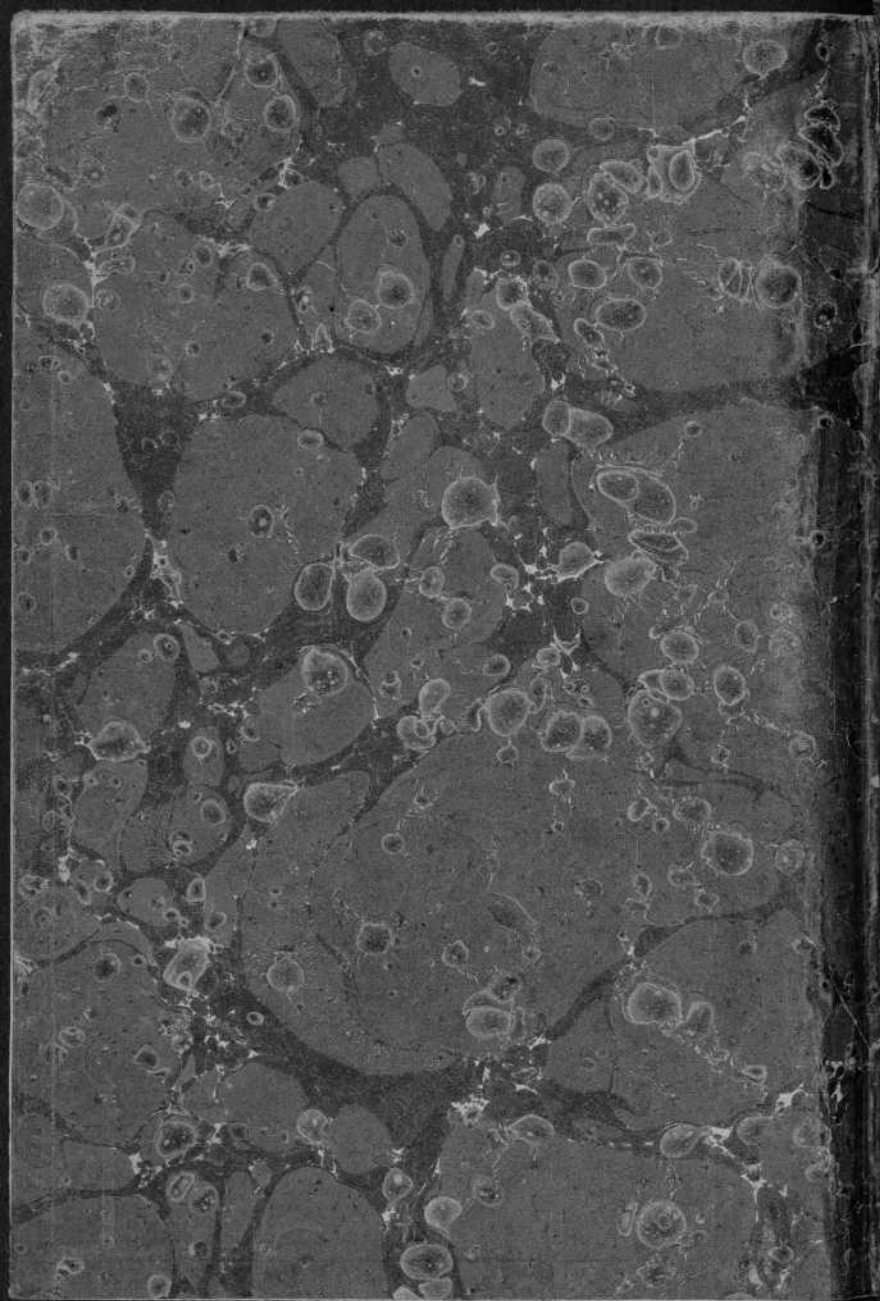
INDICE.

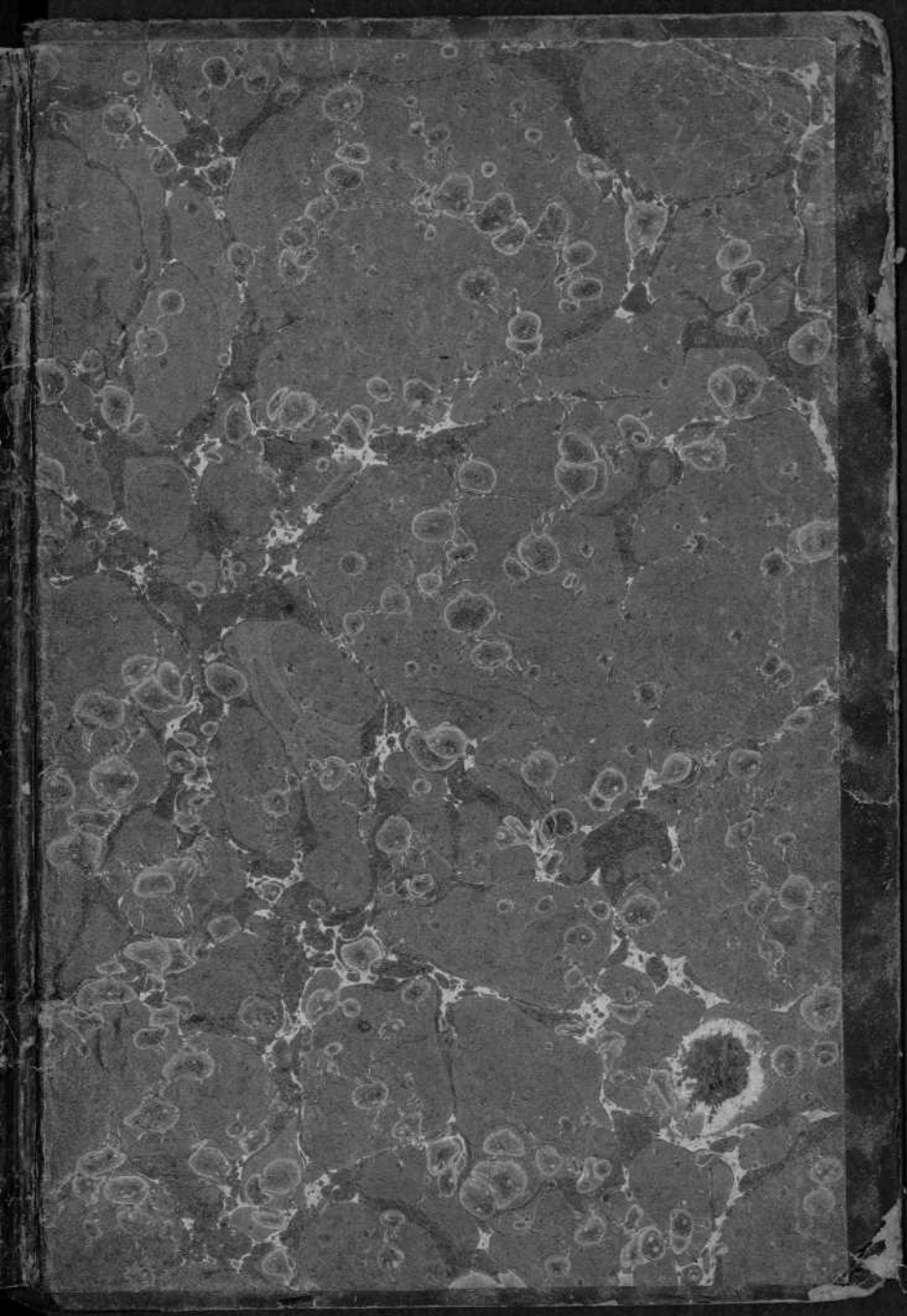
PÁGINAS.

I.—El autor.....	1
II.—Impresiones de la niñez.....	4
III.—Una sesion de frenología.....	9
IV.—El porvenir en el cerebro.....	15
V.—La casa de alemanas.....	22
VI.—Sueño fisiológico.....	27
VII.—Ruina de la familia.....	31
VIII.—Aurora del Espino.....	40
IX.—La conciencia del juez.....	48
X.—Vicisitudes del sentimiento.....	58
XI.—Pozuelo.....	66
XII.—Las carreras de caballos.....	74
XIII.—El principe Emiepatopff.....	83
XIV.—Conversaciones.....	94
XV.—El vicario.....	100
XVI.—La fuerza de voluntad.....	107
XVII.—El escrúpulo de impureza.....	116
XVIII.—El abuso de sí mismo.....	126
XIX.—La emision involuntaria.....	139
XX.—La casa de locos.....	142
XXI.—El histérico.....	154
XXII.—Diario de sensaciones.....	166
XXIII.—El celibato.....	180
XXIV.—El convento de monjas.....	188
XXV.—Última página.....	197



8465





La
condesin

16.85